

A. 6075

# A LA LUZ DE LA LAMPARA

---

NOVELAS CORTAS

POR

Javier Fernandez Pesquero

(BOABDIL)



SANTIAGO DE CHILE

Imprenta y Ene. "Victoria"

————— NATANIEL 65 —————

—  
1914

et. inolvi-  
nible amigo  
el ilustre escritor  
y benemérito ciu-  
dadano de Juan  
don Juan Obispo  
dominguez con  
foela la de  
de Chile- Santiago  
Quero 1915

¡Escucha!.....



Que habla a tu alma, lector amigo, en estas páginas, el alma mía. Entre risas de primavera y llantos del invierno de la vida. ¿Quieres que soñemos, como su felicidad perdida, entre lágrimas de recuerdo sueña, y suspira cuando al Rey último, de la Roja Colina Granadina, le imita éste tu amigo?.....

**BOABDIL**





Estos breves párrafos calientes de sinceridad, que abren el nuevo libro de Javier Fernandez Pesquero, los escribo con franca satisfaccion y alegria honrada, porque en ellos saludo la labor de un compañero entusiasta y porfiado batallador, y al mismo tiempo vierto algunas palabras propias, sugeridas en el fondo del tragin de la vida literaria.

Es muy vulgar en nuestro ambiente, la silueta del escritor joven, que, sin atreverse á obedecer a la ruta que le señalan sus intimas convicciones, acepta la esclavitud de seguir los vientos de la opinion ajena. Son temperamentos raquíticos y mudables, que se encienden de órgullo ante una alabanza de esquina, y ante la crítica adversa sufren deseos de despedirse de la literatura. Buenos muchachos son, con algun talento, que escriben al margen de los libros europeos breves apuntes poeticos, empujados á veces por la influencia, tocando a ratos los límites desnudos de la imitacion, y de tarde en tarde tropezando con el plajio pueril,

Por eso se me sube a lós ojos una llamarada de entusiasmo, al saludar á una de esas personalidades testarudas, rotundas y convencidas, que hacen de su vida una rúbrica enérgica, encogiéndose de hombros ante el rodar de las opiniones ajenas. Javier Fernandez Pesquero es uno de estos. Infatigable escritor de recio temperamento y alumbrada conviccion, no consul-

ta, no vacila. no pregunta. Trabaja el arte como el lo siente. Arroja libros con un ademán propio. La crítica no tiene asiento en su gabinete de trabajo.

Bajo el brumoso cansancio de los faenas periodísticas. entre la tumultuosa parrufería de actualidad, conocí hace dos años á Fernandez Pesquero. Trabajando en un mismo diario, charlando de asuntos pasajeros allá en las venenosas trasnochadas de nuestra profesion homicida, supe de su encendida voluntad de su energia atropelladora, de su juventud loca que no conoce los instantes crueles del abatimiento.

Ha publicado veinte y cinco libros. Bien. Ahora ha escrito otros mas, libro de corazón, de energia, de juventud, de vida...

Que bien hace el corazón, en estos días en que la primavera revienta en una cálida y olorosa germinación, decir unas cuantas palabras buenas y optimistas sobre estos hombres que no saben envejecer, que rien siempre, que siempre esperan, y tienen en el corazón hambre de horizontes, y llevan en los labios siempre delirando la canción de la fé...

DANIEL DE LA VEGA.





## Un sueño en la Alhambra

---

En medio del ancho tapiz azul de un cielo primaveral, lucia sus galas de virgen la reina de la noche, con su sonrisa pálida de blancura sin igual, escar-chaba la vasta planicie dormida; tiempo hacia, que el Muezin al trasmontar el sol las cumbres de Sierra Nevada, entonara a Albá su oracion nocturnal; alguna que otra alondra, tornaba a su nido en las altas copas de los cipreses milenarios; solo el Dauro resbalando sobre los pálidos guijarros de su lecho de aurea arenisca, irrumpia el místico silencio, deslizando su procesion de salmos de blandura soñalienta; las torres y castillos recortaban su funebre silueta entre el follaje de las praderas, que cual alfombras se tendian a sus pie-; una brisa tibia, mecia los tallos de las flores, con desmayos de odaliscas provocadoras; la soledad, invitaba a la meditacion.

Caminando al azár, Leopoldo el proscrito, habia ascendido la cuesta de Gomezlez casi automatemente, sin percatarse apenas, de que enderezaba su paso hacia la Colina Roja.

¡Maldita ambicion, que cara me cuestas!.....asi murmuraba el doncel, a tiempo que sintiendose un tanto fatigado, se dejaba caer sobre un sofá de piedra, de los esparcidos en torno de la plaza del Aljibe y fijaba su vista estraviada, sobre Granada, la que se mostraba allá abajo.

De que le servian sus riquezas.....En su propia patria, ahora era un extraño... Ella, cual, hojas que el viento arrastra en el torbellino del desprecio por lo pequeño, habia arrojado lejos de si con el tiempo, el precioso bagaje de sus recuerdos de amante prometida.....Todo porque en sus ansias de adoracion por ella, no se satisfacía con lo obtenido y allá, en el Eldorado ultra-occeano, año tras año, fué tras no pocas privaciones labrando una fortuna muy rebelde a la conquista.....Quería ofrecerle a su dama cual otro cruzado caballero, los trofeos de su victoria sobre la ingrata fortuna.....y como acicate de su voluntad de conquistador de nuevo cuño, recordaba alla en el destierro, la cruel negativa que de la Virgen de sus amores le hicieran los padres de ella, solo porque era pobre,

Martillaban siempre en sus sienes y sondaban las heridas de su corazon, aquellas palabras hurañas, egoistas, del padre de ella.

¡No basta ganarse el corazon de una mujer, es preciso saber conquistarse el porvenir de los hijos y la tranquilidad de la esposa.....Ya lo sabe jo-

ven.....El porvenir no es una dadiva, sino una conquista y muy dura.....!

¡El que ama de verdad, no desea la desgracia de la amada..... Y el hombre sin recursos si se casa, es un loco que quiere volver locos a los suyos.....!

¡Amo mucho a mi hija, y lo estimo a usted en lo que vale y por eso algun dia me agradeceran que a sus fantasias de inespertos de las traiciones de la vida, les conteste con mi experiencia de un amargo desengaño.....!

¡Ah hombre egoista!..... ¿Que responderias hoy al exigirte el cumplimiento de una promesa que no estaba a tu merced, ya que yo cumpli como leal lo ofrecido al marchar?..... ¡Dispusiste de un corazon que no te pertenecia!..... ¡ofreciste lo que no era tuyo!..... por eso la que no supo comprender, el sacrificio de un amante que por ella dejaba patria y hogar, se entrego en brazos del primero, que mas habil que yo, no se dejó seducir por la Sirena ambiciosa..... Vuelvo rico a la tierra de los mios..... Pero solo para llorar sobre la tumba de los que fueron, y para apurar el caliz de hiel de el desengaño..... El nido está vacío, la paloma remontó casquivana las azules lejanias de una ilusion dorada..... ¿Para que me sirven hoy las riquezas, sino tengo padres a quien amar, ni esposa a la que guardar en el fondo de mi corazon?..... ¡Perfido oro, como te vengas de tu conquistador!.....

Con la diestra apoyada en su frente calenturienta, se hundió en un profundo letargo.

Alucinaciones de una fantasía mitológica..... De-

lirios de otras edades mas felices, pintaban en la retina de sus ojos y en el lienzo de su memoria, las danzas que las bayaderas del Oman del Oriente, traídas para el festín de Alhamar, bailaran entre velos de ala de mariposa azul, en honor de su amo y señor en los palacios y torres morunas aun enhiestas a pesar del cincel desbastador de los siglos inclementes, y que en su torno alli se le mostraban como unicos testigos de su mudo dolor, y como fieles consoladores y acompañantes, en sus quejas de amor.

¡Cuántas tragedias contarán esos sitios, si aquellas piedras pudieran traducir al lenguaje de los hombres, lo que ellas vieron en el trascurso de los siglos de grandeza.....!

¡Que de fieras altiveces amansadas, cuando no humilladas, por el olvido de una ingrata como aquella.....!

¡Cuántos puros corazones virjinales, nacieran al amor y al arullo mentiroso de una frase de miel, bebida en la corola de una rosa, que traicionera con sus espinas de dolor ocultas en el fondo, a la candida pareja lanzada al basto espacio de una pasión lejana y engañosa, apuñaleara sin piedad!

Nada es eterno en el falaz camino de la vida..... Aquellos señores de otros tiempos, que pasearan su fiereza por los campos de Garnatta, que descansaran de las rudas batallas sobre alfombras de Taflete, adormidos al dulce son de las guzlas de nacar y oro, tañidas por los dedos de rosa de sus favoritas y esclavas, hoy apenas si son sombras de una visión muy lejana..... Todo es mutable en la tierra, solo es

cierto el proverbio de los Arabes creyentes.....Dios no cambia.....

Una campana lejana lanzó al viento sus tañidos melancólicos y apacibles, convidando a la oracion en la paz del santuario.....

Sus ecos tiernos hicieron despertar a Leopoldo, el que fijó allá muy lejos en la montaña sagrada que enfrente se levanta, una mirada curiosa..... ¡Dichosos ellos!..... exclamó.

Mas felices que yo, gozan de una paz, sin otra ambicion que el cielo; esos monjes de la Ermita, levantaron su vuelo olvidándose que eran hombres, y prefirieron la pobreza de su claustro, la renuncia de si mismos. a la libertad de esclavos de que se goza en el mundo, el que es el mayor tirano.

¿Sufrirán un desengaño?.....

Aman lo desconocido..... Pero al menos son felices en su engaño..... Los alimenta una ilusion..... y mueren con ella, en su regazo..... En cambio los abrojos de la vida en el mundo, ponen tropiezos mil a cada uno de nuestros pasos, y llegamos al final de la jornada cansados, maltrechos y sobre todo, desengañados, porque el amor y la riqueza, los honores y el alhago, se declaran impotentes para detener de la muerte, el feo estrago.

Caminaba triste y cabizbajo, volvía a la ciudad cual si fuera un derrotado.

La periferia luminosa del alumbrado publico, lo orientó en la Plaza Nueva; se dirigía a su hospedaje sin reparar en los que hasta ahora se cruzaron a su paso.

El llanto amargo y desesperado de un niño que de

la mano llevaba una mujer con la que tropezara al revolver de una esquina, lo distrajo un tanto, pues lo triste tenia para su alma acongojada, el poder muy humano de llamarlo a la realidad..... Era un ser que sufría, y nunca se avalora mas el sufrimiento de un hermano, que cuando el corazon está bajo el peso del látigo de la desgracia.

Lloraba el nene por que estaba cansado, y en sus invocaciones agonicas musitaba el nombre de su padre, para que lo llevara en brazos.

¡Tu padre hijo mio, le replicaba la mujer, es un tirano que nos hace como a el, del vicio de su juego, sus esclavos!.....

¡Apenas comimos hoy, por eso no pueden tenerte mas, mis brazos, anda un poquito, que ya llegamos.....¡Ay dios mio, cuan cara, mi locura de joven, pago.....Acreciase mas el llanto del pequeñuelo que se arrastraba de la mano de su madre hasta dar compasion, y Leopoldo que todo lo habia escuchado, al impulso de una atracción extraña, hija tal vez de su piedad, volvió sobre sus pasos, y saludando a la mujer; ¡Con un buenas noches señora! tomo en sus brazos al chico, agregando ¡Permitid que os ayude, a llevarlo!.....

Se miraron ambos estrañados, ella al principio medrosa quiso a su hijo quitarle, como si temiera de ese hombre algun daño; él todavia mas palido, la miraba interrogante, tembloroso y asombrado.

¡Jesus, Dios mio, es él!.....ella alcanzó a exclamar en un espantoso arrebató mientras el hombre la devoraba con los ojos dilatados sin exhalar una queja, sin proferir un reproche amargo, e indicando-

le con la mano al niño que lloraba asustado. tartamudeole a ella, por lo bajo, al oído

¡Seguid señora, que vuestro hijo está cansado no rompáis el silencio sino quereis de este anjel destruir su inocencia, y que alguien algun dia, os pueda mas, humillaros.....Elejisteis un esposo, bueno o malo respetadlo.....Un desconocido, al llanto de este niño apiadado, viene como caballero, a una dama desvalida, en noche oscura, a prestarle ayuda..... Sigamos.....

Doblaron silenciosos, él en pos de ella con el niño en brazos, tras una calleja cercana, a cuya primera puerta llamaron.

El caudil de una anciana que se asomó a la ventana, pronto en el dintel de la casa los recibio alumbrandolos, y mientras el chico se desprendia de sus brazos y corria hacia la abuela que lo acogio murmurando, Leopoldo, traspuso la puerta. sin que ella apuñaleada por la fria indiferencia y por el reproche de tan noble conducta, lograra alcanzarlo, para aliviar sus penas, con la disculpa preparada ya en sus labios.

Huyó él, calle arriba como alma que lleva el diáblo; ella desde su puerta desgarrado el corazon, apenas ya pudo divisarlo, mientras, la anciana que la observaba maliciosa, de un brazo empujandola con frases ironicas barbotando le dijo. ¡No estés soñando un caballero galan, jamas será tu amado, dejate de quimeras, que mas amarga te será la vida mas tarde sí despertando te encuentras con el marido, a quien piensas en mala hora, despues que libre tu lo elejistes, ahora que tienes un hijo, el dejarlo.

Ella se entró llorando el mal que sola se quiso, mientras que Leopoldo al verse tambien vengado y al recordar de hace poco su sueño de la Alhambra, exclamo con acento triste, y por tantas penas fatigado ¡Cuan amargo es el despertar, cuando uno vive soñando!.....





## Mimosa.

---

### I

¿Te acuerdas Nelida?

Y ella ocultandose picaresca y provocativa tras el varillaje del abanico, sonreía maliciosamente, un poco carminadas las mejillas, y muy brillantes sus ojuelos verdes cual el fondo risueño de un lago en calma estival.

Reía, reía como una locuela que era, con esa risa nerviosa, a veces histerica pero argentina y fresca de las niñas felices e inocentes; con esas carcajadas que suenan como el alegre glu glu de las aguas cristalinas, al caer sobre las tazas de alabastros de las fuentes; como los arrullos de tortolas embriagadas por los celos del amor; como las canciones de divina dulzura sin igual, que entónan en torno de las flores, el blando cefiro al mecerlas lujurioso, en las danzas de las horas estivales.

¡Que feliz era la hermosa doncella! Su vida hasta entonces, habia sido todo un poema, cuyas estrofas estaban representadas por cada uno de esos pocos años los que cual rosas engarzadas en su corona de virjen, en el amanecer de la primavera de esa vida, respiraban solo, los perfumes de una esencia fragante y todavia no mancillada por los desengaños de el egoismo.

Pajarillo loco, al amanecer de la vida, entre los incendios de una alborada, extendia sus alas azules y volaba placentero por las rejiones de la ilusion juvenil, pues recién comenzaba a abrir su corola de de hilillos de oro, al beso tibio de un radiante porvenir de esperanza, que le prometia su fresca belleza de doncella ideal.

¡Cuanta pasion habia en la mirada de ell.....

¡No era la adoracion carnal lo que animaba de febril entusiasmo su rostro de mancebo; no era la fruicion espasmodica de un placer torpe y sensual, el que no merecia por cierto, aquella tierna flor, niña de un candor tan grande, como su propia belleza.

¡No!.....

Divina criatura, sensitiva delicada, su alma hubiera repugnado los torpes deseos de un satiro y en cambio idolatraba las gallardias y delicadezas de ese ser noble el que con la robustez de su brazo varonil, la conducia de la mano, por el sendero tortuoso a veces, de la vida.

Por eso gozaba de la plena tranquilidad y descansaba sobre su hombro de esposo complaciente, con el amor de amante apasionada tiernamente, y con la confianza ciega de hija, en su ternura paternal.

Es claro, ambas cosas las era él para su Nelida.

Como el que toma una flor del jardín ameno, así el la condujo al altar, desde el convento colejio de las hermanas del Sagrado Corazón, en donde se educara y creciera la huérfana, bajo la tutoría de el propio padre de él.

Las diez y ocho primaveras de ella, dábanle autoridad más que sobrada al esposo, para ser no solo su conductor sino que el complemento de su educación en el mundo social; y si los treinta años de él no lo autorizasen para su querer paternal. el no haber ella disfrutado de las caricias maternas, eran motivo más que sobrado, para que él la amara más, y le hiciese gustar junto con todos los caprichos de niña mimada, todos los deseos de esposa casi infantil, inexperta e inocente mariposilla revoloteadora por las flores de la fantasía de sus pocos años.

Por eso, ella reía tan candorosamente queriendo ser picaresca, a la leve recordación de él, sobre su reciente viaje de bodas.

¡Tan viejo soy, que me tomaron por tu padre!.....

Volvio a reír estrepitosamente, y tapándole luego la boca con el abanico, mientras que con su brazo alabastrino y torneado, desnudo bajo las anchas mangas de la cosquillosa seda de su kimono de casa que la hacía parecer una diminuta Musmee de porcelana, le dio un beso en los ojos. y se le abrazó al cuello, murmurando a sus oídos.

¡Acertaron, pues solo tu amor ha conocido en la vida, mi corazón!.....

## II

Llora y suspira melancolica mirando tras la ventana que domina el parque, como los pajarillos no se cansan como traviesos muchachos, en volar unos en pos de otros sobre la arena del jardin, y en las copas del nopal.

¡Que envidia les tienen!.....

¿Que le falta a esa niña mimada para ser feliz?.....

Habita un palacio encantador escondido entre los laberintos de un precioso parque, lleno de jardines y arboledas, cuyos troncos besan las aguas de un manso lago, de rizadas espumas.

La suntuosidad del arte y del confort la rodean por doquier, es un pajarillo en dorada jaula.

Tiene libertad sobrada, carruajes y caballos, doncellas y cocheros, esperan a todas las horas las ordenes de su señora, listos para satisfacer hasta el más leve deseo de esa niña, que debiera ser feliz.

Sin embargo, un velo de tristeza nubla sus ojos, y una arruga surca su diafana frente.

Su esposo la ama con ternura y pasion sin igual es un idolatra de su Nelida; se inquieta al verla pensativa; se desespera al no comprender la causa de tal melancolia que va consumiendo ese espiritu fragil de niña sensitiva; con dolor ve desaparecer poco a poco de su rostro, a aquellos frescos colores de manzana en sazon; en valde la interroga, desmayada en sus brazos, de amor, solo sabe romper en sollozos su corazon, solo lo miran con pena esos ojos que ardián antes, en brillantes destellos de intensa pasion.

Cuando él prolonga su presencia al lado de ella, es unicamente cuando relampaguea un chispazo de fugaz alegria, algo asi como el resurjimiento de unas brasas de amor escondido entre la nieve de una desilusion, la que poco a poco mina a aquella naturaleza tierna, hecha solo para una infinita satisfaccion.

En valde, él, robando no poco a sus ocupaciones de hombre de negocios y de gran banquero, empeñado en fabulosas empresas de lucro, en las cuales se juegan no pocas fortunas y el porvenir de miles de familias, a veces la quiere aturdir con el brillo de los salones en donde su belleza ideal conquista miles de fervorosos adoradores; los bailes suntuosos, las comidas opulentas, las noches de teatro seguidas de sabrosas cenas que se prolongan las mas de las veces hasta el amanecer, las cacerias, los viajes casi ya vulgares, el vjetreo de una vida revuelta, i ajitada, no logran sino marchitar mas y mas la frescura de su tez de virjen, pero jamas sostener una alegria, que se obstina en huir de su espiritu.

Esto desespera al esposo que la adora cada dia con mas creciente delirio, y que se ha impuesto la ruda tarea de hacerla enteramente feliz, no parando mientes en gastos injentes para conseguirlo.

Pero todo inutil; apenas el esposo se aleja de su lado, como si se le fuera a ella la vida, se recoje en si misma y piensa; en la comisura de sus labios de guinda se dibuja apenas una sonrisa medio desgarrada por un forzamiento atormentador, que hasta la hace mas apetecible ante los ojos golosos de los

miles de almibarados, que la cortejan en los salones aristocráticos.

Se dijera que esa niña, aun no bien mujer, era cual una flor que muere marchita y triste, si nó la calienta el sol; algunas, muchachas, todas la envidiaban conceptuandola muy dichosa, al considerar que nada le faltaba y que la fortuna la habia hecho su favorita.

¡Pero como se engañaban!.....

Cuando a veces andando por el bosque veia a los labriegos entregados al rudo trabajo del campo, suspiraba envidiosa, y se complacia en contemplarlos.

¡Caprichos incomprensibles!.....

¡Quizas ella por un momento, hubiera gustado de trocarse por esos aldeanos, los que tan a horcajadas de la vida, llevaban su dura condicion de humildes.

### III

El esposo cayó enfermo.

Galopando una tarde cuando iba a ver unas tierras lejanas de su basta posesion, el caballo que montaba resbaló, cayó, y el jinete se dislocó una pierna, lo que si bien no era muy grave, por espacio de un mes le obligó a no salir de casa, y a guardar completa inaccion.

Ella, desde el mismo instante, se constituyó a su lado como la mas solícita enfermera, sin que inutilmente durante ese mes de completa quietud y reposo, él lograra que ella saliera a distraerse con sus amigas, a pesar de sus ruegos.

¡Cosa extraña!.....

Ella que tanto frenesi tenia por el esposo amado, lejos de entristecerse al saber que debiera estar un mes inopibilitado, para evitar malas consecuencias, de salir y moverse del lecho, no pudo ocultar un grito de alegria; casi palmoteo como un niño al ver satisfecho su capricho, y desde entonces, renació en su rostro la satisfaccion, volvieron los colores a su cara; se adornaba con mas escrupulosa atencion, se complacia en mostrarse aun mas bella y atrayente ante su esposo el que en verdad no comprendia tal mutacion en ella, y el que a veces pensaba, si es que a esta criatura no la alegraba su dolor

El, no se explicaba, como ella, al verlo enfermo, si tanto lo amaba, lejos de serle un motivo de satisfaccion, no se acrecentara su tristeza.

Al verla inseparable y renunciante a toda diversion, dudaba, pues en el rostro de Nélida no veia mas que amante y solícita adoracion; no veia mas que un cariño esmerado, una eterna preocupacion por su mejoría; y sus pronosticos para el porvenir, solo se referian, a que juntos se fuesen muy lejos a disfrutar de las caricias del mar, pero no en las playas de moda, sino en las costas lejanas de toda preocupacion.

Nunca ella, le hablaba, sino de iremos los dos.

Y cuando él mirandola muy estrañado, al fin, como no sabia negarle nada, le prometia cumplirle ese capricho, y esa pasion, ella, en un arrebatado loco, le colmaba de mimos y de caricias, palmoteando de gusto y entreteniendolo con sus cuentos de arreglos, y de diversiones para los dos

Si él hablaba de negocios los que exigian su deliberada atencion, al punto ella se ponía triste, melancolica, y le suplicaba que por entonces dejara esos asuntos, que le estorbarian su completa curacion.

Al fin intrigado él por esta actitud de Nélida que no comprendia, se atrevió a sondearle el corazon, quiso salir de el torcedor que lo atormentaba, de esa duda atroz sobre la verdad del cariño de aquella su mujercita soñadora, cuya alma que él habia pensado conocer a fondo, tan voluble se le presentaba hoy.

Era una de las últimas tardes de su convalecencia, cojidos del brazo los dos, paseando ambos por los senderos del jardin, cuando allá por el poniente se alejaba ya el sol, tiñendo con su cabellera de fuego el cielo de arboles, mientras ella juguetona le acariciaba el rostro con una flor, aproximandole él sus labios,, como si la fuera a besar, dejó vaciar en su oido con frases nerviosas de celoso temor, estas cortas palabras, que eran toda una dolorosa rebelacion.

¿Y si muriera yo?.....

De ella el brazo, al punto tembló y fijando en el muy asustada palida y llorosa sus ojos nublados por un estremecimiento atroz, apenas, tartamudeando, con desesperación, le replicó.

¡Si murieras, tambien moriria yó!.....

Y tronchando el tallo que sostenia a la fior que en sus manos jugaba sus cambiantes de color, se la mostró, agregándole con profética entonacion al punto de arrojarla á las aguas del lago.

¿Dime, que será mañana esta flor?.....

El, emocionado, con un arranque en el que iba toda una vida de amor y de intensa adoracion, la envolvió entre sus brazos, y la ahogó con sus besos. comprendiendo entonces, cuan grande era para él, de esa mujer, su sublime esposa, el cariño y la pasión.

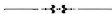
Entonces se explicó el porque de su tristeza anterior, la alegría extraña que le causó al saber la enfermedad que por un tiempo lo postraría en el lecho del dolor.

Tierno ruiseñor, necesitaba su vida la compañía de el esposo que la arrullara y protejiese de la soledad, maldecía las riquezas que abstraían por semanas, a la persona de su adorador; avara de su cariño, no se amoldaba á esa separacion.


Es claro, casi niña, sin padres y sin otro calor que el del esposo que fuera para ella no menos su amparador, todo lo que esto no fuera, no llenaba su corazón.

Nélida, cual una flor, para vivir, necesitaba de un cariño el calor, el aprecio y la caricia, que alimentara de Mimosa, el mimo de su ilusion.....

¡Cuantas como esta esposa, ó mueren de celos de pasión, ó pierden por despecho ante la avaricia del varon, el mas preciado tesoro de su hermosa reputacion, siendo causa el hombre no pocas veces, del escandalo de ocasion.







## Por una arruga.

---

Terminaba ya el baile de la duquesa de Moravia y entre los aristócratas asistentes que se retiraban al amanecer, cuando las primeras vedijas de la luz blanquecina de la aurora matinal comenzaban á blanquear el horizonte medio soñoliento, despues de una noche deliciosa, se podia anotar á los linajudos y muy encopetados Condes de Treville.

Ella, la condesa, parecia una hermosa dama del Directorio: él habria podido muy bien contarse entre los elegantes caballeros Borgoñones de Enrique IV. por su apostura y gallardia, á pesar de frisar ya en los setenta crueles y demoledores inviernos, á los que su contestura robusta habia hecho, no obstante, frente.

La condesa, con sus impertinentes de nacar y oro con su blonda cabellera tan blanca como si fuera empolvada, pero con su talle erguido aprisionado en el corpiño de seda, cuyo escote dejaba al desnudo el busto terso y aterciopelado, parecia una niña todavia envidiable; creencia mas sostenida ante la

ajilidad con que se atrevia á valsar un gracioso minué y hasta á tomar parte, no siendo de las que lo hacian peor, en el rigodon de honor.

En toda la noche parecia incansable, nadie al verla tan febril hubiera parado mientes en el peso de los sesenta y tantos aniversarios que sobre ella á toda prisa querian ya dejarse caer, pues su risa un si retozona, picaresca y atrevida, habia sonado entre el blando arrullo de los violines, y á compas de las careajadas alocadas de las nubles hijas de Venus Citerea, las que con su frescura primaveral, daban á los rejios salones profusamente alumbrados y ornados de flores y de exquisitas obras de arte un sello de alegria y elegancia sin rival.

No eran ciertamente las pálidas y nerviosillas doncellas, estrellas de este edén, las solo acaparadoras de las lisonjas varoniles, pues tambien la poesia de mas de una galanteria fina y obsequiosa, habia resonado como canto de ave del paraíso, como seductora charla de sirena alhagadora evocadora de otros tiempos, en los oidos de la bien conservada Condesa Margarita.

Alguna que otra vez, los ojos temblones del Conde se encontraron con las pupilas dormilonas de la vieja consorte, no sabiendo si en sus choques, habia algun reproche celoso, ó una severa censura de viejo tirano, avaro de la solemnidad hacia el respeto del buen nombre, mas que por los celos de un amor apagado por la nieve de la experiencia.

Quizas por eso, la senil dama, se empeñaba aún en aparecer juvenil, en rebelarse contra la jubilacion que la edad á toda fuerza queria concederla,

y de la que ella huía, como del halito de una peste.

Llamaba la atención entre los convidados, ese desborde de coquetería ya añeja, parecía la tenacidad loca del defensor del último reducto; era explicable tal hazaña; la que en sus tiempos fué la reina de la hermosura y el chic en los salones aristocráticos, en que con su cetro de hermosa y con su esplendor de distinción singular había imperado sobre no pocos corazones rendidos de varones fuertes, y llegó á ser el mas sabroso pasto de la envidia femenil, no podía, es mas, no debía, sin desmedro de sus pergaminos de emperatriz de la belleza, hacer, que se borrara la estela de luminosos recuerdos de su pasado, honra del presente.

El círculo de las matronas serias, jamás en toda la velada pudo contar á la Condesa en el número de las madres graves, eso, la sombra del ayer, lo conceptuaba ella cobarde, algo así como una abdicación de su propio existir, llegó á tildar tal afición-á arrinconarse, como una emulación de grosera burguesía; por eso entre el ramillete de frescas flores de jóvenes niñas, resaltaba entre los escotes lozanos de carnes nacaradas y palpitantes, la garganta desnuda y opacosa de la condesa, muy llena de afeites; era así como un trozo de seda antigua amarillenta, pujando entre el brillo de otras sedas recién salidas del telar, tersas y sin la que menor señal de ajamiento.

¡Cuántos sueños de color de rosa desfilarian en danza caótica al través de las celdillas de aquel cerebro, interin la soberbia fiesta!.....

Era un cuadro antiguo un tanto borroso en la pe-

numbra del tiempo, pero que todavía merecía la limosna galante de una lisonja, por los piadosos amateurs de la belleza plástica.

Las complacencias de los aduladores, no sabemos si tanto á su riqueza y influencia como al resto de buena moza que aun se traslucía en su persona, sonarían en los oídos de la anciana no como un salmo de penitencial rememoración, sino como una cántiga de fino galanteo, tributo real al ayer florido, cuando solo era una muestra del respeto á la época de sus conquistas.

Pinceladas de sonrisas agradecidas, bordeaban la comisura de sus labios color carmesí apagado.

Todavía no temblaban sus manos, cuajados los dedos afilados, de sortijas de luminicos brillantes, al llevar á sus labios la aurea copa del dulzon Santernes, que remojaba las ostras palpitantes, en la cena de media noche.

Aun sus dientecllos lechosos, conserbaban su agudeza, para rasgar las fibras de la hilosa pechuga de ave, como en sus buenos tiempos de donceller.

No por cierto sonaba el comun dictado de querida niña en su boca. al dirigirse a las jovenes contertulias, sino mas bien preferia la frase ambigua de adorable amigueta, que hasta cierto punto en su fantasia rebelde, las equiparaba y por lo que estas niñas sonreían compasivas, al aludir á la aristocratica Condesa.

¡Cuántas veces la solicita doncella, le ofreció el lujoso abrigo de pieles al salir al bufet, ella lo desdénó con un gesto de altanería un tanto cómica, y

con una esquivada sonrisa de desprecio, agregando que no hacia tanto frio para tal cosa, y que su sangre era de fuego y estaba bien broquelada, pues no era tan vieja, para que solo viviera entre las blandas caricias del raso acolchado, ni entre la cosquillosa prision de la nutria tibia en demasia; eso quedaba para las jovenes de ahora, que languidecian al menor soplo helado de el mas delicado viente-cillo!.....

Y irguiendo bastante el busto desnudo, como queriendo exajerar las erecteces de nn pecho flacido por los desgastes de los años, entraba triunfadora del brazo del joven que primero, siguiendole la corriente, mas por galanteria, que por placer y orgullo, se le brindaba á conducirla.

Fue de las ultimas en retirarse de la fiesta; no ocultó su contrariedad porque tan pronto naciera el nuevo dia, dando punto á esa noche deliciosa, y cuando al fin se vio reducida á tener que dejarse cubrir con la capa de salida. procuró colocarla sobre los hombros solamente, y al salir por entre medias de la guardia de jovenes que habrian calle á las damas, hasta los carruajes, al pie del vestibulo, su toraz descubierto, se nostraba en toda su plenitud, como desafiando al airecillo matinal un poco helado y sutil, á pesar de la temperatura veraniega.

Mientras el Conde se recojia entre los cojines del carruaje, para preservarse del frio, y aconsejaba á Margarita hiciese otro tanto, ella se le burlaba diciendole, ¡Mi querido amigo, cualquiera al oiros dijera que erais una momia prehistorica, salida de

una tumba, y que se deshacia al mas leve contacto de una brisa saludable y llena de energias tonificantes, como estal.

¡Cuan niña sois mi adorada Condesa, y á vuestros años con cuanto atrevimiento mirais á la vida, tiemblo por vos!.....

Una carcajada, ahogada bien pronto en hipos entrecortados, por un repentino desfallecimiento, pretendió contestar esas palabras.

¡Lo veis como tenia yo razon, Condesa! le agregó él, al verla subitamente medrosa abrigarse y recojerse, como si huyera de una garra invisible que la amenazara con atenacearla y hierla

Un nuevo acceso de tos bronca, se reprodujo en su garganta, y la fina batista orlada de encajes, tapó la boca.

Mas al separar el pañuelo, una gotita roja brillaba entre las alburas de el lienzo, y hacia exhalar un gritito agudo y sollozante, como una desesperacion, á la poco há desafiadora mujer.

A escape á casa. Gritó el Conde, al cochero, y los caballos aceleraron su marcha, deteniendose al pie de la amplia escalera de marmol del suntuoso palacio.

Un mes de prision en el lecho fué el fruto de aquella mascarada, que de lozania y juventud habia querido representar la imprudente Condesa.

Merced á los prolijos cuidados de la ciencia, la bronco-neumonia fue vencida y arrojada de aquel cuerpo senil.

Pero sus estragos fieros é implacables de enfermedad traidora, dejaron mal paradas las ruinas de

aquella naturaleza aplastada por el peso de los años.

Restablecida ya, y cuando comenzó á dar sus paseos por los jardines, dorados por el efluvio de un sol calentón, se detenía ante los arboles corpulentos y casi milenarios de el parque, cubierto de verdes hojas, y se complacía en mirarles su blonda cabellera oscura, diciendo para sí, y como una oración que afirmaba su razón de rebeldía. Ellos son viejos pero aun se yerguen altivos y entremezclan su lozania con el lujuriente verdor de los mas pequeños. ¿Porque no seré yo igual?

Apenas repuesta del todo, ya su fantasía animaba al Conde á que la llevase á las fiestas de los salones, pues agregaba que esa era su vida.

Tras no poca porfía, venció su tenacidad, y la doncella recibió las ordenes de disponer el traje de baile de la señora, para aquella noche.

Esperaba el Conde la salida de su compañera, el coche aguardaba en la puerta, cuando de repente la doncella asustada, pidió auxilio á su señor, pues su señora al contemplarse al espejo, ya vestida para salir á la fiesta, habia caído redonda al suelo, víctima de un violento ataque de nervios.

Présto acudió la ciencia, la enferma cayó en el lecho, y al fin la cosa no tenia remedio, la herida estaba en el corazón.

Pasada la fiebre y un tanto aliviada la Condesa, llamó á su cabecera á su consorte aflijido, y con la vista estraviada, como si visiones lejanas y terroríficas la amenazaran, mostrándole el rostro de ella, le dijo ¿Porque no me desengañaste? Ya ves, mi cara

está surcada de arrugas que destruyen mi hermosura, son las envidiosas traicioneras que han matado mi ilusión. Pobre de mi, que papel de abuela jubilada iba yo á hacer en el baile. Esto no tiene ya remedio, me siento morir de pena y de desesperación, estas arrugas han sido puñales que al mirarme en el espejo despues de mi enfermedad, esta noche, por vez primera, me hirieron en lo mas profundo, y menos mal que al menos fueron tan locas y aturdidias, que no me hirieron por entero, pues peor hubiese sido que me hnbiera desengañado, entre las sonrisas burlonas de los contertulios.

Desde entonces la vieja Condesa, no ha ido a ninguna tertulia, y cuando sus amigas le reprochan su aislamiento, exclama. No hay remedio soy reina destronada de los salones, por una arruga.





## Las Amapolas

---

Campos de sol y de alegre primavera, banquete de luz y de color era el día en su bello despertar; de azul purísimo sin la más pequeña nubecilla se había vestido el cielo; en los campos cual una cabellera rubia, mecidas por un vientecillo suave y acariciante, se movían las espigas de sazonado trigo; los prados aterciopelados con la grama verde y brillante por el húmedo rocío, convidaban incitantes y apetitosos á golosear, á los traviosos pajarillos.

Ya rato hacía que las chicuelas habían entrado á la escuela, rumor de colmena alborotada zumbaba en el local, cuando la anciana y abuegada profesora después de acariciar á unas y saludar á todas, fuese á ocupar su poltrona.

¡Hijitas mías, tiernos anjeles del hogar, futuras madres de una nueva jeneración, hasta vuestros cándidos é inocentes oídos habrá llegado como un eco extraño y aterrador el nombre de una guerra que actualmente destroza las mas bellas realidades de la vida, segando cual huracan devastador, como in-

endio voraz y cruel, millares de existencias robustas, las más de ellas promesa de ventura, y sosten de muchas familias!.....

Nosotros, lejanos testigos de tan horrenda desgracia, no podemos ser insensibles al llanto de tantos pobres niños como vosotras, que asustados lloian la horfandad y hasta el hambre; ni ver con serenidad, como huyen muchas infelices madres, al traves del desierto, para salvar la vida á los hijos de sus entrañas; hóy por tí, mañana por mí, dicen la caridad y el noble corazón.

La bandera blanca de paz y de inocencia, ondea en nuestras calles, y como un sol prometedor de una esperanza en días de ventura, brilla la cruz roja, color de sangre, de esa sangre, á rios hoy derramada, color de fuego, de ese fuego que todo lo incendia, pero esa sangre pide piedad y ese fuego reclama el cariño y el calor del hogar para los desvalidos.

Postulan nuestras damas de puerta en puerta, de hogar en hogar, suplicando una limosna para los pobres caidos en la guerra; llegarán hasta aquí, y vosotras que teneis padres y hermanos los que trabajan para vuestro contento, querriais que si algun dia la desgracia os los arrebatara, tener la esperanza de que alguien llevise á vuestro corazón oprimido por el dolor y la miseria, el bálsamo de un socorro y de un consuelo.

Pues enviad hoy que sois favorecidas por la abundancia, al menos algo que os sobre, y cuando esta tarde llame á estas puertas la Cruz Roja, yo y todas las que aquí nos congregamos tengamos el óbolo

modesto, pero no menos valioso y precioso que el de los ricos, para llenar la mano implorante; que las niñas de esta escuela manden á sus hermanitos de la guerra un trocico de pan, conque acallar los dolores de su hambre, y el llanto de su soledad; traiga cada una lo que pueda, pues en la miseria todo vale, todo sirve, hasta una buena palabra de consuelo.

Calló la virtuosa profesora, y comenzaron las tareas escolares de esa mañana, no sin haber pasado por las filas y las bancas un soplo de tristeza, y dando lugar á un rumoroso pujilato de promesas infantiles, y á no pocas consultas y discusiones, sobre lo que cada una enviaria á los huerfanitos de la guerra.

Retiraronse á almorzar las pequeñas, bulliciosas como piadoras avecillas, esparciendose por las calles y llevando á sus hogares sus cantos de alegría.

¡Cuántas pensativas, mientras los suyos comian, en su almita santa y buena, con honda pena pensaban en los niños, que en esa hora no comerian según les habia dicho en esa mañana la buena maestra.

Otras, tras solícita porfía, obtenian de los suyos, la pequeña limosnita, y con avara codicia empuñaban las monedas, en sus blancas manecitas.

Todas se propusieron no poco por caridad, y algun tanto contajadas por infantil vanidad y envidia á depositar en las manos de las bellas señoritas, que para los pobres soldados de la guerra pedian, cual mas, cual menos, una buena limosnita, miran-

do de soslayo la que su vecina envia, por si da mas que ella, si acaso es mas rica.

No es estraño, que hasta los corazones tiernos de los niños, llegue un si de envidia de emulacion y de vanidosa avaricia, al fin son retoños de un mundo un tanto egoista el que á veces hace el bien por solo la codicia de reinar sobre otros, que á ellos les pida.

Imitan cual un espejo lo que ven y lo que atisban; de ellos no es la culpa si no es mas buena su almita; son flores que crecen y fructifican con el agua que las riega, que les da sabia y vida; son productos de una accion derivados de si misma, tan expuestos al calor de una llama rediviva que los sana y santifica, como el hielo de el egoismo que mata su inspiracion noble, su bondad enfria. y hasta a su anjel bueno, de si muy lejos arroja y contrista.

Desdichado aquel que a la niñez inocente, el veneno del mal ejemplo infiltra por una enseñanza traidora que a los cielos maldiga, el castigo mayor se lo daran sus mismos hijos, imitando sus acciones las que a ellos los ultrajarán y deshonnarán en no lejano dia.

Muy antes de la hora acostumbrada para entrar en la escuela, ya las niñas se agrupaban en el pórtico, en bandadas, muy risueñas alegres y juguetonas, comentando en voz alta, la llegada tardia segun la impaciencia de ellas de la buena y noble maestra.

Se abrieron las puertas y todas en tropel entraron con ufana presteza, saludando cariñosa a la

profesora la que comenzó sus clases como siempre, tranquila y sin inquietarse nada por lo que despues sucediera, ya que tenia confianza absoluta en su enseñanza santa, virtuosa y buena.

No pocas niñas, nerviosas y pizpiretas, preguntaron a la maestra, si no vendrian ya las visitas que prometió, pues ellas tenian dispuesta la ofrenda para los huerfanitos de la guerra.

Sonreia placentera la noble señora al ver que la semilla sembrada fructificaba tan presto, y que las damas de la Cruz Roja, en esa escuela, harian no tan mala cosecha.

Calose los lentes la vieja maestra, pues cosa rara y muy extraña, le parecia que un asiento quedaba vacio entre las compactas filas de sus alumnas mas tiernas y pequeñas.

Dada la hora ya avanzada de entrada a la clase, ello era una falta, y mas en ese dia: en que el amor propio de sus alumnas estaba interesado en que estuvieran todas, para ser mas valiosa la santa limosna, que las señoritas de la caridad, llevaran de su escuela.

¡Como! exclamo asombrada. ¿Falta la pequeña Genoveva, la niña mimada de las mas mimadas discipulas tiernas, esa niña tan angelical y buena, pobre de fortuna, pero de virtudes inocentes. llena?

Quizas la pobrecita no tendria que dar a las señoritas buenas como ella las llamaba, y avergonzada por eso, no venga.

Que pena, ella la hubiese dado algo que entregar, para que no pasara vergüenza.

Clamaron a la directora para que saliera afuera,

mas pronto regresó a la sala, pero no sola, sino acompañada de cuatro señoritas bellas, que un estandarte blanco con cruz roja de seda, tremolaban muy en alto, haciendole guardia ellas.

Exclamaciones de asombro y de júbilo se esparcieron por toda la sala, las que exhalaron las boquitas de aquella tierna pollada; al ver llegada la hora tan ansiada, de depositar sus tesoros, en las manos de esas damas.

Todas fueron desfilando por delante de las bolsas petitorias, con mal turbada curiosidad insatisfecha, pues las monedas al ser introducidas por las manos infantiles entre las mallas de tupida seda, no les permitian apreciar, ni la cantidad, ni el valor de ellas, evitandose así, contrariedades nacidas de una emulacion peligrosa para la buena armonia y el compañerismo escolar.

Cuando ya habia terminado la colecta, y las postulantes agradecian a las pequeñas, su ofrenda, hizo irrupcion en la sala un hombre del pueblo, humildemente trajeado, el que mas bien arrastraba que conducia, a una pobre chicuela, de no cumplidos seis años de edad.

Llorosa y temblando, se dejaba conducir, como un tierno corderillo al matadero la pobre chiquilla, traia sus vestidos un tanto desgarrados y polvorientos y mientras con una manecita se tapaba los ojos jimoteando, con la otra empuñaba un lindo ramo de apretadas flores rojas.

Una exclamacion de estupor se produjo en las alumnas, y un algo de inquietud en la profesora y sus acompañantes; con la vista aturdida no sabien-

do explicarse ese cuadro y con la mirada inquieta, se interrogaban unas a otras, y todas a la vez, a los que acababan de entrar.

Al fin, el hombre, dando un empujón a la pequeña, la acercó a la maestra, la que al reconocerla la tomó de una mano, mientras la acariciaba y la interrogaba la causa de presentarse a esas horas. y en tal estado.

Entonces el hombre, con la brusquedad propia de un ser rudo e ignorante, en tonos muy descompuestos, y señalando a la pobrecilla, contestó de esta manera brutal.

Fiese usted de estas gatitas muertas, que parece no son capaces de romper un plato; ahí la tiene, no solo ha faltado al colejo, sino que la sorprendi en mi finca saltando la cerca como una ladrona, y llevándose este manojito de flores, casi todas las que cubrían mi hermoso campo, y se la traigo para que la castigue, usted como maestra, a más de que ya se lo contaré a su pobre madre, para que la de lo que necesita. ¡Vaya, pues, no faltaba más, que uno se dejase robar por una pilluela como esta!.....

Y dándose media vuelta, como el que satisfecho de haber cumplido una acción buena se marcha con la conciencia tranquila, el aldeano rústico, se encasquetó el sombrero, y se dispuso a salir.

La buena profesora, encarándose con el hombre le rogó esperase un momento, pues era de justicia escuchar a la acusada, de quien nunca tuvo queja, pues además de ser una niña muy obediente estudiosa y humilde, era muy digna de lástima, por ser

hija de una pobre viuda, y casi inútil, que se sostenía gracias a la caridad de sus vecinos.

Instada la pequeña por la profesora, a que explicase lo ocurrido, no sin antes acariciarla y tranquilizarla, ella refujiándose en su maestra, y con las miradas angustiosas y suplicantes en las damas de la cruz roja puestas, mientras tartamudeando por el llanto, mostrando las flores que en sus manecitas temblorosas, oscilaban sus corolas rojas, como empapadas en sangre humeante, replicó al fin.

Vos señora, nos habiais pedido una limosnita para los huerfanitos de la guerra, todas mis compañeras se prometian dar algo a estas señoras, pero yó... busqué y nada pude encontrar para obsequiar a los niños pobres, pedí una limosna y nadie me dio, tuve vergüenza de ser menos que mis compañeras. y sobre todo sentia que esos niños no pudieran tener algo mio, que vos creyeseis que no habia querido dar nada, y pensé que bien podrian agradecerles las flores, asi como le agradaban a la virjen cuando nos ordenabais traerle para el altar; tambien recordé que mi mamita cuando estaba buena, le llevaba flores de regalo, a la señora en donde habia estado de sirvienta, y esta se las agradecia mucho, y las colocaba en los salones.

Entonces, como yo no tenia jardin, sali al campo, y al ver estas amapolas tan lindas, tan coloradas, tan frescas, creyendo que ellas eran solo de Dios que alli las habia puesto para que las cojieran los pobres, salté la cerca, y contenta, recoji todas las que pude, y cuando ya venia con ellas, ese hombre me las quiso quitar, yo las defendi, y le dije que

eran para la señora maestra, y me golpeo y trajo hasta aquí á la fuerza...

Rompió de nuevo a llorar; sus lagrimas caian sobre los petalos rojos aterciopelados de las amapolas, las que al beso ardiente de esas lagrimas inocentes, parecian encenderse mas y ponerse mas brillantes, como si para ser hermosas les faltase este riego de pureza anjelical.

Conmovida la directora, sacando unas monedas de de su bolsillo, se las coloco en las manos callosas del avaro y cruel labriego, mientras le decia.

Tomad y veros muy pagado por estas flores silvestres, os doy mas de lo que puede avalorar vuestra avaricia esas campestres florecillas, las que si pudieran expresar su sentimiento de bellas obras de Dios, os reprocharian vuestra dureza, ya que han sido muy honradas al preferirlas en su candorosa inocencia esta niña, para con ellas hacer una obra tan sublime.

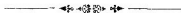
Aprendamos todos a ser caritativos, ya que una intencion vale mas que muchos tesoros, sobre todo si ella va aparejada de un sufrimiento como el de esta pobre niña, por tan noble causa.

Y abrazando a la pequeña, y haciendole que entregara a las señoritas postulantes su ramo de amapolas, que ellas recibieron entusiasmadas. y colmandola de caricias, le agradecieron no poco, dirijiendose a las alumnas, las recomendo a su compañeras, diciendoles de este modo.

No siempre el dinero hace la felicidad de los pobres, hay limosnas que valen mas que el oro, pues el sufrimiento y el sacrificio, no se cotizan sino por

Dios; vosotras disteis cuanto teniais, y ella, vuestra amiguita, pobre de bienes, pero rica de caridad y intenciones, pidió a Dios y a la naturaleza lo que realmente debiera ser de los pobres, y entregó esas flores que tienen la virtud de estar realizadas con las lagrimas arrancadas por una mano incapaz de apreciar tanta abnegacion; por eso, si todas habeis hecho una obra digna de aplauso, Genoveva, ha coronado hermosamente vuestra ofrenda con su ramo de amapolas, las que iran a mano de los niños pobres, convertidas en buenas monedas de oro, pues estas señoritas se encargan de rifarlas en la kermese de esta noche, haciendo notar como se conquistaron.

En efecto, si las amapolas no engalanaron el hogar de los pobres, en cambio cada una de esas flores se cambió por buenas monedas, mediante la caridad de galantes juvenes; y la cantidad obtenida, fué depositada a nombre de la virtuosa e inocente niña, con el titulo de las amapolas de Genoveva.





## Desde las ventanas del alma

---

Noche de insomnio, de fiebre azul, fué aquella para el poeta de la vida, para el pobre bohemio, a quien la Colómbina esquivaba, coqueta y veleidosa, abandonó en el desierto de su amor insatisfecho y ultrajado.

¡Pobre Gonzalo! Desde pequeño, había gustado ya la copa del veneno amargo del desconsuelo; huérfano cuando apenas la razón comenzaba a alborear en su mente tierna, no había tenido apenas tiempo para gustar de la suavidad, de la caricia materna, y gracias a un pariente dadivoso, el que más por el lustre de su familia que por hidalga caridad, no había sufrido el torcedor terrible y angustioso de los días de miseria corporal.

Había crecido al lado de unos primos, dueños de el hogar en donde vivía, y si bien estos lo trataban con cariño, sin que él pudiera reprocharles nada con justicia, no obstante, se conceptuaba un extra-

ño antes los mimos prodigados por el buen tutor a los suyos.

A medida que el árbol de su materia, ascendía en la escala gradual del desarrollo, se iba haciendo la luz en su imaginación fecunda y ambiciosa, veía bien clara su situación anormal en aquella casa.

¡Mas que podría hacer en esa invalidez de su apenas despierta juventud!.....

Aprovechar el tiempo, educarse lo mas pronto posible, para dejar de ser para su bienhechor, sino una carga pesada, al menos un huesped del hogar, un algo trasplantado en esa casa; queria no solo por si, sino aun mucho mas por su protector, dejar de ser objeto de caridad y preocupacion.

Cuando aun los hijos de los ricos y bienaventurados están a mitad de la carrera, ya el huérfano daba fin con asombro de todos, y no poca envidia y hasta orgullo de su protector, término brillante a sus estudios de abogado.

Mas aun, al licenciarse en derecho, disponía de una floreciente clientela, que le daría mas que suficiente para organizar su bufete, y vivir sin ser rémora de los suyos.

Estaba demasiado absorto con la formación de un nombre y de una fama; con arrancar a la fortuna los éxitos de su carrera, para que se detuviera tan presto en pueriles devaneos, y menos, mucho menos, en la formación de un hogar propio, refugio del hombre en las horas tristes del batallar ingrato con la codicia humana, y sobre todo con la hipocresía y la falsedad social.

Es cierto, que su alma joven sana y robusta, ha-

bia sentido el choque de la afeccion a esas muñequitas, idolillos no pocas veces traidores a la caricia varonil.

Pero habia tenido tan poco tiempo para bagabundear por los floridos campos de una primavera apenas vislumbrada a lo lejos. La triste realidad cual una devoradora de ilusiones, como una arpia envidiosa, lo sacudió constantemente con sus severos llamados a el reconocimiento escueto y brutal de su propia condicion. Si alguna vez libó el pólen de una esperanza y la caricia de unos ojos bonitos y seductores, bien pronto la vieja bruja, le habia traído en copa de barro, el amargo licor de la vida miserable sin hogar y sin recursos, y el pobre bohemio dejaba de serlo, para convertirse en rudo minador de una fortuna postrera, quizas nunca completa.

Siempre, una arruga surcaba su frente ancha y capacitada, era una nube de tristeza, y melancolia, le parecia que el habia nacido para sufrir, por eso cargó sobre sus hombros la toga de abogado, porque esa carrera se avenia con sus gustos y aficiones, y hasta con el principio de su vida; queria hacer justicia, queria redimir al pobre, al caído, al misèrable, de su miseria, de su pobreza de su ruina; rehabilitarlo para que en el festin de la vida, pudiese tambien él, llevar a sus labio exangues violaceos por el pesar. el licor de una paz la ambrosia de una dicha, rara vez completada.

El cenobita le llamaban sus compañeros universitarios, porque su deleite era el reconcentrarse en su gabinete de estudio, las horas que le dejaban libres las clases, y pasear por los jardines siempre

virjinales de la poesia, de la musica y de las bellas letras; el arte era para él la unica fidelidad, la unica pureza, la sola dulce compañera que lo consolaba, y en la que tranquilamente podia descansar.

¡Cuantas veces su prima, aquella gallarda niña, la mimosa de la casa, la de los ojos de cielo y el cabello de azabache, la compañera de sus juegos infantiles, la que no pocos creyeran futura esposa del futuro abogado al verlos tan amigos, le echara los brazos al cuello, con sonrisa fascinadora y le pidiese para ella, una estrofa de amor!.....

Con febril entusiasmo se ponía al trabajo, y como una cascada de blanca espuma, así iban brotando sobre el papel, las estrofas del poema cantatriz a su prima bella, a aquella chiquilla unico rayo de sol que alegrara las negruras de su vida, y que fuera para él, una hermana en el cariño, y una lisonja de pasión.

Pero ahora, ya todo se habia trocado, él era un hombre, ella una mujer ya formada, y no les eran permitidos los juegos infantiles; se saludaban con cierta ceremonia, aunque sus miradas fueran toda una protesta de convencionalismo social el que ponía vallas entre esos dos corazones casi niños.

No pocas veces, siendo niño él, sorprendió las esperanzas de sus tíos sobre la unica hija; deseaban que hiciera un brillante matrimonio con alguno de los herederos de los mas ricos hacendados de la ciudad, sus fortunas debían incrementarse.

Cuando hombre ya, él apreció toda la magnitud de esa esperanza, y si en su corazón latió alguna vez la chispa de un amor hacia la dulce compañera

de su infancia, si el alcanzó a sorprender que esa preciosa chiquilla tan ligada a el, estaba pronta a corresponder ese amor que solo ansiaba serle declarado, la sospecha solo de un desagrado de sus tios, el temor de que ellos dudaran de su intencion, creyendo que perseguia solo la fortuna, y que correspondia con una ambiciosa y desnaturalizada ingratitud al valioso socorro que le habian prestado en su desvalimiento de pobre huerfanillo, bastó para matar de un golpe certero toda ilusion, y para inmolar en el altar de la abnegacion y de la gratitud, toda ocasion de zozobra, y todo amor el que aunque puro, tuviera visos de egoismo,

Por eso, una vez obtenido su titulo, formuló en el fondo de su alma un olvido, y ordenó a su corazon con imperio, la muerte de toda fantasia imposible, y trasladandose a una ciudad muy lejana, se entregó con ardor a las labores de su profesion,

Bien pronto se hizo notar por su talento y estimar por su caracter serio y bueno; subió la escala de la fama con paso seguro, y llegó a ser el abogado de mas nombradia, y el preferido para las causas dificiles.

Ponia tanto fuego y tal sutileza en sus alegatos, habia tanta fé en su defensas, que asombrados quedaban hasta las partes contrarias, quienes bien presto se daban cuenta de haberselas con un terrible y bien armado campeon de la justicia y de la ley.

Habia muerto en X. uno de los mas ricachones del lugar, sin dejar su testamento hecho; algun tanto disipador, al casarse no hacia un año con una de las mujeres mas bellas de aquella sociedad, no lo

habia hecho, sin sumir en el abandono completo, y en la miseria, a una desgraciada mujer, la que por varios años, con suerte vaga, fuera su manceba, y de la que hubo una niña, que compartia las penurias de la necesidad, y por lo que madre e hija se consagraron al rudo trabajo en un taller de costura.

Al morir ab intestato el caballero, sin herederos forzosos, fuera de la novel esposa, alguien sujirió a la concubina, que presentase a su hija y reclamara para ella, una parte de la valiosa herencia.

La viuda, aunque tenia fe en sus derechos, pidió consejo a sus amigos, y estos la recomendaron a un antiguo abogado, el que la tranquilizó diciendola, que no tubiese cuidado, pues suya seria toda la fortuna desde el momento, en que la bastarda no estaba reconocida, y sus derechos eran en absoluto ilusorios.

El brillante y novél abogado, cediendo a un impulso de la caridad que animaba su corazon, al hablarsele de que nadie queria tomar la defensa de la niña desvalida, en un raptó de abnegacion, y ante las suplicas de las pobres, tomó a su cargo la defensa, aunque bien comprendia él, lo falso de su posicion ante los abrumadores cargos de la ley, que no sanciona sino los hechos legalizados.

Asombro causó a todos el atrevimiento del famoso abogado, quien desde luego y de antemano, expuso ante los ojos de la joven, su situacion anomala, pero se le ofreció gratis a defenderla, haber si lograba llegar a una transacion que le permitiera obtener para ella siquiera algo.

Un año duró el pleito, y ya la joven se avenía a desistir, agobiada por la inmensa pena de ver a su madre bajar al sepulcro abrumada por la miseria y el trabajo, cuando el novél abogado cuya defensa desesperada y brillantísima sin ejemplo, era asombro de todos, arremetió con mas brios, y destrozando a su adversario, logró su intencion, el que la parte contraria se viera reducida a proponer un arreglo que nadie sospechaba, y que fue debido solo, al talento y valor de este brabo defensor.

Fué la joven, la que puso condiciones, y la que al fin logró que una parte de la fortuna de su ingrato padre, se le entregara por la viuda, para cejar en la demanda, y entrar así esa mujer al completo y tranquilo disfrute de la parte mayor de los bienes del marido.

¡Que inmensa alegría sintió el novél abogado, el dia en que pudo poner en las manos de la emocionada y temblorosa niña, aquellos dineros nunca esperados y que la librarian de las garras de la miseria!.....

Los que en la notaria presenciaron el acto, quedaron sorprendidos al ver que el brillante defensor, rechazó la parte que la niña le ofrecia, pues se sentia sobradamente pagado, con la gloria obtenida con un pleito tan bien ganado, y que todos creian era perdido y desesperado.

Entonces se supo y por eso acreció el asombro, que la viuda no se recataba en confesar el que ella durante el litijio, no pocas veces habia pretendido sobornar a ese hombre singular, ofreciendole que si desistia de su demanda, y al contrario aceptaba de ella la defensa, parte de esa valiosa fortuna, se-

ria para él; mas, se aventuro a no ocultar la pasión que sentia por ese hombre merecedor del cariño de una reina, y al cual de buena gana, hoy ofreciera su mano, pues locamente estaba enamorada de ese ser tan raro en la vida, tan firme en la virtud, y tan arrogante en la defensa de un pleito que él le habia confesado ciertamente lo conceptuaba perdido, agregandole, que si no se avenia a un arreglo, la prometia hacerle mermar en mas de la mitad la herencia y no entraria en posesion de ella sino despues de largos años.

¡Que escenas aquellas, cuando la pobre repudiada, desalentada ya, se daba por vencida ante su poderosa rival, y aconsejaba a su buen protector que desistiera, que retirara la demanda, para llorar ella en la miseria su gran desgracia!.....

Entonces el joven abogado, mirándola enternecido y encendido su rostro en una ansia sublime de proteccion y cariño hacia esa tierna y desventurada criatura, tan hermosa como desgraciada, se rebelaba contra su desaliento, la confortaba, y hacia renacer en ese tierno corazon, un vislumbre de esperanza.

Ella triunfaria..... vaya si vencerian á tantos inconvenientes, el se lo decia, porque tenia fé..... sí, mucha fé en su demanda.

¿Para que se habia hecho él abogado?..... Para hacer justicia..... ¿Verdad?..... Pues que mas obra de justicia que reparar el daño de un delito moral, cometido por un hombre, no solo con la madre a quien repudió como traje viejo, despues que le habla saciado su vanidad carnal, sino con el fruto de

esos amores..... con esa hija de la desgracia..... nacida al mundo infame sin deseárselo ella..... sin tener culpa la inocente... ella iba a purgar las dolorosas consecuencias del delito ajeno... ya que no solo, le sobrevendría la pobreza más terrible, sino que también el desprecio, y la ofensiva retraición de contacto con ella, que le haría la Sociedad....!

La Sociedad..... Esa eterna Máscara negra... que hace del mundo un Carnaval sangriento.... já...já... Esa, que cubre sus manos torpes por la lujuria y la ambición.... manchadas de cuantos crímenes morales hay con el guante blanco de fina piel de Suecia.... Esa, es la que se convierte en juez y sentencia condenatoriamente a aquellos que no se doblegan a su convencionalismo... Esa Sociedad... Si esa es la que se sonríe, cuando uno sus miembros, de alma podrida, de corazón asqueroso, ultraja a una pobre mujer del pueblo, le roba con amenazas o con miseras dádivas, la virgen azucena de su virtud, y cansado de ella después, saciado su apetito de fiera, como niño caprichoso arroja el juguete, para entretenerse con otro... esa, califica tal crimen moral con el suave y gracioso dictado de una calaverada.... Es claro, los pobres no tienen espada de caballeros, conque exigir digna reparación en el campo del honor... sic...

Desgraciado del hombre o mujer que no se someten a la dura esclavitud de esa Sociedad... ella los estigmatizará con un inri de ignominia... no solo les cerrará sus puertas, sino que como es la depositaria por su poder, de el dinero, los empleos y ocupacio-

nes, los acorralará con la miseria, les negará el mísero sustento, los perseguirá peor que a alimañas peligrosas.. Esa Sociedad que no tiene otro Dios que su orgullo y vanidad..... invocará a la Divinidad ofendida, y aunque cometa un sacrilegio moral, en nombre de Dios, todo perdón y paternidad, en nombre de Dios, sí, dirá, que esa mujer o ese hombre, están malditos, y que no se les debe ayudar en nada, mas bien se les debe despreciar o quemar, si ello fuese posible..... Hay que borrar ese estigma... esa mancha misma, debe limpiar todo rastro de ignominia... Sí, la Sociedad es más poderosa que Dios mismo, puesto que implacable Nerónica, no perdona; y antes que atraer con dulzura y persuasión a la oveja descarriada, la persigue, la hostiga sin piedad, hasta hacer de ella quizás una verdugo e instrumento de castigos merecidos por su crueldad y profanación... Yo, como intérprete de la justicia, debo reparar una ofensa que hizo esa Sociedad a la que pertenezco tiránicamente..... Así monologaba el noble abogado, dirigiéndose a la humilde vivienda de su joven defendida.

Días después, cuando aún no se habían acallado las hablillas del triunfo obtenido por la joven defendida, las muchas lenguas viperinas que cual aspides mordieron en su honra, suponiendo en el abogado defensor, ideas bastardas y una segunda edición en la hija, de lo que fuera la madre; el asombro subió de punto, al ver, que el brillante juez, arrojando por la ventana de la honradez la careta de la hipocresía social, anunciaba a todos, su casamiento con aquella niña desvalida... sí, con esa joven, a quien

él, desinteresadamente defendió... con la misma... hija natural... con la no reconocida... con la pobre modistilla... Sí, con esa hermosa niña aún todavía flor blanca no caída en el fango... con esa casi una Margarita Gautier, a quien tan abatida tuvieran las malas hablillas de las Comadres envidiosas... él, sí, el abogado más ilustre... al que codiciaban las ricas herederas... al que con su belleza quiso sobornar la viuda, por él tan humillada y abatida a pesar de su belleza y de sus riquezas...

Con sencillez, cual correspondía a almas sinceras que en su unión no cifraban otro movil que el nobilísimo de su cariño puro y grande, se celebró el matrimonio, y de la mano del brillante y talentoso abogado, subió al trono de esposa, la candorosa virgen, la huerfanita, la hija del martirio.

Los antiguos parientes y protectores del abogado, hoy no poco amigos, ayer murmuraron torbos a sus oídos de esposo, frases, que él, con una mirada severa, avasalladora, supo hacer enmudecer, en los labios de los villanos e hipócritas caballeretes.

A los más, sonreía diciendo a todos:


Que queréis, el huerfanito, niño desvalido, en otro tiempo, buscaba un corazón que se le asemejara . no es la riqueza la nobleza mejor... si mi mujer era según vosotros, bella para manceba... como lo fué su madre... ¿Por qué siendo pura y honrada de cuerpo y alma, no había de ser tan bella para ser de mi casa una buena dueña?...

Ha tiempo, que yo buscaba para compañera, a una mujer, que pudiera comprender mi alma sin sonrojos ni vergüenzas... que al conocer mi pobre

vida pasada, no tuviese nada que reprocharme, nada que sus amigas le pudiesen echar en cara...

Sí, mis amigos... já... já... Yo quería a una mujer, que siempre estuviese asomada como yo a la realidad... ¿entendéis?... que lo mirara todo desde las ventanas del alma... ¿lo oís?... Sí, desde las ventanas del alma... la única que no miente, la que o nos iguala, o nos separa... Sí, desde nuestra alma, imagen de Dios... y que por eso, ella jamás nos engaña ...





## Bajo mi buardilla

---

Era un día de fiero invierno, la nieve caía como volutas de humo, como vedijas de lana blanca, como plumas de serafín que pelechaba, algodónosa blanda alfombraba las calles y plazas de la coronada Villa, y envolvía en un sudario sus contornos; los árboles sarmentosos cual esqueletos antidiluvianos, recogían entre sus ramas descarnadas, las briznas blancas, que engañosas semejaban florecillas de limonero en primavera.

Los tejados cubiertos por una espesa capa de escarcha vellosa cual cubierta de blanco terciopelo, hacían resaltar mas la oscura concavidad de las buardillas, cuyos ventanales cual fieles espejos, reflejaban la vida de sus bohemios inquilinos, pingajos de la suerte incierta, más ahitos de ilusiones insatisfechas, que de lisongeras realidades.

Allá abajo, como hormigueros en ebullición, las calles abrían sus fauces y mostraban cual hileras de dienteillos desiguales, a las gentes que por ellas

transitaban; pero era tal la altura de mi buarbilla, que los transeuntes semejábanse más à pigmeos, que a grandes personajes; eran una turba de marionettes, movidos en ese escenario, por hilos invisibles.

Allá arriba, el cielo gris y encapotado cual penitente austero, mostraba el ancho espacio, abierto a la serena contemplación, libre de obstáculos y de las distracciones pequeñas y bajas que tanto contristan el ánimo.

El quegido de un violín que lloraba al herir el arco con pulso un tanto inseguro sus cuerdas lastimeras, arrancaron mi atención, de las páginas que escribía, y como un sujestionador tirano, fueron atrayéndome hacia la ventana, con rabiosa curiosidad, por conocer a ese virtuoso del arte; escudriñé guiándome por las ondas sonoras y con asombro ví, no muy lejos de mí, en la buardilla del frente, cuyas ventanas estaban abiertas a toda intemperie, a un viejo acartonado, el que de pié ante su ventana, era el triste ejecutante de aquella serenata.

Cuando más absorto estaba yo filosofando sobre tan raro personaje, muy cerca de él ví a una bellísima joven, modestamente vestida la que acomodaba en una cesta puesta sobre la mesa pequeños ramitos de tímidas violetas frescas.

La verdad sea dicha, mudado yo recién el día antes a la altiva buardilla y a la cual solo llegué en graduación ascensiva por mi pobreza, y bohemia, al par que mis capitales a pasos agigantados, fugaces é ingratos de mi bolsillo descendían, no había tenido

tiempo, aún para reparar en el único horizonte que a mi curiosidad se abría.

Si el viejo con su blanca barba de profeta, su cabellera birsuta y grisácea, su rostro de tez amarilla, su vestimenta señorial a pesar de lo andrajosa y marchita, y la triste afinación de la extraña melodía, fueron por un instante, objeto de mi asombro, el tornóse en admiración, al ver de la joven divina, su rostro hechicero y fresco, y su gracil gallardía.

Morena, de un tinte pálido, ojos de garza azul negros y muy expresivos, sonrosada y nacarina, de cabellos abundantes ondeados y negros como la endrina, de busto esponjado, robusto y seductor de placeres y alegrías una promesa que diabólicamente atraía, talle airoso, de estatura más bien chica, con sus manos blancas y delicadas, ella humildosa y al par sonriente, las violetas en apretados ramilletes, sobre la pequeña cestita, con proligidad y sumo cuidado, absorta, ponía.

Ceñía a su cuerpo un vestido de oscura lanilla y el talle un pañolón de lana lo envolvía; pero era tal su modestia y tan bien arreglado el tocado que sus formas cubría, que ni el raso ni las blondas, ni la más costosa espumilla, la dieran mayor realce, ni más gentil gallardía.

La noche encima ya se venía, y aunque los vidrios cerraron, la luz de una lámpara mortecina que ella encendió, excitó mi curiosidad viva.

¡Qué extravagancia! Con tal noche de mil diablos y que miedo ponía, estos dos seres tan delicados, se atrevían a salir. Mientras ella alisaba sus cabellos con no exenta coquetería, el viejo ponía bajo su

brazo el violín cubriéndose con el sombrero a la vez y llevando en una mano ella la cestita de violetas, la lámpara apagó y a la calle ambos salieron.

Ligero cual un relámpago, picado de la curiosidad y con picardía, tomé el abrigo y el sombrero, salvé la larga escalera que a mi buardilla subía, y plantado en el portal en acecho me puse.

Las luces del alumbrado público ya todo lo alumbraban, los transeúntes, ligeros por las calles desaparecían, para acallar los rigores de aquel frío que atería; al fin la pareja por mí perseguida, cogidos del brazo el viejo y la que debía ser su hija, echaron a andar calle arriba.

Seguíles yo a distancia, embargado mi ánimo con una tristeza infinita; iban mudos, cual si obedecieran a una severa consigna, de pronto trás largo viaje por callejuelas escondidas, en la calle de Alcalá se detuvieron en una esquina; el viejo desfundó el violín, y después de afinarlo a la sordina, entonó una balada de amarga melancolía, mientras la pobre joven, apartándose unos pasos, ante los transeúntes se ponía, ofreciéndoles los ramitos que de violetas ella traía en la pobre cestita.

Tuve la gran paciencia, no por virtud, lo confieso, sino por liviana avaricia, de aquella fruta tan fresca, tan lozana y aperitiva, de ver en que paraba la odisea, de esa extraña bohemia, y así pude enterarme, de que el pobre viejo que ya no veía, con las monedas que con su música, por las noches, de las almas apiadadas recogía, obtenía una miseria, con la que arrastrando su existencia amarga, vivía, y

para ello la pobre joven, su nietecita, con el arbitrio de las flores que en ramos vendía, aportaba al tesoro común, no pequeña porción, para lo que su naturaleza tierna y delicada consumía.

Si las bellas señoritas, en las manos del viejo una limosna apiadada ponían, los jóvenes que de las aristócratas Peñas, un poco alegres y casquivanos, envueltos entre abrigo de pieles, fumando ricos vegueros y con carcajadas burlonas, del músico al pasar a su lado, se reían. al ver a la muchacha y comprarle los ramitos, atrevidos e insolentes, en sus oídos dejaban caer sus tentadoras picardías, queriendo hasta algunos, bien picados por la orgía, aprisionar entre sus brazos a aquella hermosa niña, la que ruborizada y tímida, al calor de su abuelito, atemorizada buscaba un refugio, que la protegiera en su huída.

¡Infames! Ultrajaban la pobreza, y su debilidad atropellaban con suma villanía, querían de la honradez de esos pobres, hacer una miserable mancebia; no comprendían, que también entre el lodo de una miseria puede caer una perla, la que no por estar en ese fango hundida, deja de ser más preciada y de mayor valía.

Al verse así atropellada y escarnecida la niña, en silencio lloraba y se recogía, pues no contaba al pobre ciego lo que él no veía, para evitarle la amargura de esa cruel agonía; antes, muy al contrario, si el viejo al sentirla a su lado sonreía, ella dándole con su cuerpo el calor de su compañía, lo animaba más y más, a que en la música pusiera toda su alma y diera la más pura belleza a la mejor melodía.

Cuando muy cerca de la media noche, del teatro y de los Clubs, la aristocracia salía, y por las calles y plazas acomodados en sus carruajes y automóviles confortables, a sus palacios se dirigían, el viejo enfundaba el violín, y la preciosa muchacha, pálida y de frío aterida, con los ramitos sobrantes de las flores que vendía, a casa, ambos con paso tardo volvían, refugiándose en su cubil, hasta la mañana siguiente, en que la joven muy temprano, al puesto de flores en que por el día servía, entraba a trabajar, casi hasta que anochecía.

Entre flores y entre lágrimas que también flores del alma son, entre del viejo sus consejos y melodías, crecía la joven hermosa, sin conocer la alegría; como era bella y era niña, aunque como pobre vivía, jamás los cortejantes le faltaron, más bien como vampiros a su sombra se cernían, ansiosos de que la miseria, la consejera más maligna, algún día en sus garras lujuriosas, esa flor tan bonita, desmayada pondría.

Más, ante su valiente virtud de mujer pobre y honrada, pero altiva, no le faltaron tampoco a la hermosa Rosalía, hombres humildes y de corazón sano, que su mano de esposos le ofrecían; ella bondadosa y agradecida, a todos con prontitud contestaba, que mientras su abuelo viviese, él, su mejor esposo sería, porque ella al quedarse huérfana y muy niña, sino hubiese sido por su abuelo, en la calle abandonada, de seguro moriría, y si él, pobre y anciano trabajó para ella cuando era huérfanilla, no era justo que ahora que estaba ciego y a la fosa ligero sus pasos dirigía, lo matara de pena, trayén-

dole a el hogar otro hombre, que su voluntad de marido, con autoridad le impondría.

Que fuese el pobre viejo mientras viviera, el dueño de su casita, y ella para el anciano ciego, sería una compañera dócil, sumisa a sus caprichos más que una revoltosa nietecilla; y por eso, cuando el abuelo, a ella entregaba las monedas que con su música recogía, riendo la decía. Cuidado con malgastarlo, picarilla, pues ya sabes que esa plata, este viejo la reserva para la dote de aquella bella huérfanilla, que algún día un feliz mortal llevará como esposa feliz, a la mas feliz casita; aunque el abuelo se muera de pena sin su chiquilla, sin la única alegría de su mísera vida, sin la única esperanza e ilusión de esta aperreada vida.

Ella, echando al cuello del tembloroso anciano, sus brazos desnudos, de carnes morbidas y tibias en su frente ya arrugada, los labios de grana ponía, y el pobre viejecillo, al sentir el beso filial de su hermosa niña, la estrechaba trémulo y muy fuerte, llorando de santa alegría, como si temiera que se la arrancasen, siendo ella su vida, como creyendo ya verla, que en brazos de algún venturoso galán, ella risueña, causada de sufrir, huía.

Por eso, cuando los vecinos le alababan la belleza de su niña y le ponderaban lo hermosa que se ponía, el viejo muy triste, arrugando la frente, con ceño adusto, respondía. Si, bella como el sol es mi Rosalía, pero para ganarla otro hombre, ello será a costa de mi vida.

No faltaba tampoco, quien le dijera a la joven,

que era una loca suicida, pues los años no en balde pasan, marchitando la belleza y lozanía, pudiera suceder, que cuando ya sea madura y el abuelo muera, ella no encuentre novio que entonces la quiera, y pobre, sola y abandonada, sin recursos, ni belleza ¿qué sería entonces de ella?.....

Muy lejos de amedrentarla con amenazas como esa, la joven miraba al ciego y con su faz risueña, muy pronto, sin vacilación contestaba, que velarían por ella desde arriba, los buenos, y sobre todo el buen Dios, que ni a las avecillas desampara y deja: si algún hombre honrado ahora le aprecia, no faltará también entonces, ni será ella tan vieja, quien la ame y la proteja, pues no todo el mundo es de tan mala ralea, y con esa esperanza seguía siendo Rosalía con su abuelito, mas solícita y buena.

Murió de una pulmonía el pobre abuelo, cuando aún la primavera de la vida para la niña recién empezaba, y al fin de un año, de soledad, aceptó al joven que la cortejaba quien con mimos la conquistó, y al altar la llevó no con pocas promesas galanas, y con las que a ella la vida le hiciera alhagüena, pues no era tan pobre el esposo, ya que alguna fortuna allegaba.

La que en sus tiempos de pobreza y miseria, ramilletes de flores vendiera, hoy que flores compran para adornarla a ella, llora, y de menos su pobreza echa, pues con su abuelito bueno y mimoso, de su casa era la dueña, nadie le pedía cuentas, entre místicas y flores entró en la primavera, y a pesar de su miseria, gozaba de paz su alma, que ahora, de mu-

cho menos echa, porque el esposo que en mala hora escogió, cansado ya de ella, cuando se embriaga y juega hasta la fortunita que el pobre viejo con sus ahorros le dejase al morir a ella, la recrimina y en cara con saña le echa, que fué una pordiosera, que hasta a la alcurnia de él la elevó a ella, que fué una florista, y hasta el lazarillo del abuelo de ella, que más, que vivió en una buardilla, única mansión que merecía ella.

Muchos años después, en noche como aquella volvía yo a mi casa, después de una alegre cena, cuando una mísera mujer el paso me interceptó, rogándome en nombre de Dios, una limosna para ella, y cuando en la mano trémula, una monedilla ponía yo que aliviara esa miseria, atónito quedé al reconocer en esa mujer, más por los sufrimientos que por los años ya una vieja, a aquella muchacha de la buardilla vecina, que yo hallara en aquel tiempo tan bella; y al querer averiguar la causa de su pobreza, con espanto me dijo: ¡Ya veis en lo que viene a parar la belleza! Cuando se nace pobre, nunca debe una doncella renegar de su cuna, y buscar, sino a quien como ella, una mano pobre pero muy honrada le ofrezca; bien me lo decía el anciano a quien conocisteis al dejarme sus consejos como la mejor herencia; quise vivir en una casa lujosa y desprecié la buardilla aquella, miré más que al cielo en donde estaba mi vivienda, aquí, sí señor, abajo de la buardilla aquella, y por eso como castigo, me he impuesto a mí misma, para mayor tortura de mi miseria, pedir una limosna bajo la buardilla vuestra.

La dejé llorando, y yo me llevé no poca pena, por

eso amo mucho más mi buardilla ésta, y al mirar para abajo en donde están las miserias, aprecio más mi modestia, que me libra de los desengaños, que el mundo traidor bajo mi alegre buardilla, abajo en el suelo, nos reserva.





## El Despertar de una Loca

¿Oís me llaman?...

Y como si en efecto sintiera una voz que la nombrase, clavando sus ojos azules y melancólicos como dos gemas enfermizas, en lontananza, respondía con voz muy lenta y dulcemente dormida... No puedo... Ven tú a libertarme....

La enfermera, que ya estaba prevenida ante la crisis nerviosa que se anunciaba, echaba en un pañuelo unas gotas de un frasquito que a mano siempre traía, y con él, humedeció a la enferma, las sienes.

Ella, dócil, sumisa, sin voluntad, cual una sonámbula, inclinaba sobre su pecho la cabeza, y se dejaba hacer.

Era una autómatas que se movía al impulso del resorte de una voluntad superior a la suya, doblegada por un mandato imperante, avasallador, que la forzaba a tenerse en pié, dando vida a una materia sumida en un letargo, desde ya hacía más de dos años.

En esta casa de salud a donde estaba reclusa, la querían todos; su locura era tranquila; los accesos tenían la desesperación de un niño asustado, pero desgraciadamente, las fuentes de sus ojos parecían haberse secado; esa alma adolorida, yerta por el simoun de la amargura más intensa, necesitaba para reverdecer a la vida, el riego refrigerador de unas lágrimas consoladoras, que desahogaran a ese corazón seco a fuerza de quemarse en tanto amor ardiente, casi hasta ser calcinado, por la llama viva de una pasión voraz, jamás correspondida.

Sus caprichos de loca, eran inocentes como su alma sencilla; gustaba de andar todo el día por el jardín, con una bata azul, y con su cabellera rubia, suelta siempre sobre sus espaldas, a las que cubría como si fuese un manto de oro.

Estaba hermosa; hasta los demás locos cuando al traves de las rejas de los otros jardines la veían pasar por los paseos de flores, y aparecer entre las arboledas de palmeras, sauces y plátanos, eucaliptus y encinas aromáticas, que embalsamaban el ambiente y se confundían con el perfume salitroso del mar, que con sus aguas rumorosas bañaba las cercas del parque, hasta los locos, repito, en medio de su inconsciencia, se detenían a mirarla, y unos se hincaban de rodillas, otros la besaban con sus ojos, y no pocos a gritos, entonaban unos cánticos sagrados a esa virgen enloquecida; pero ella, solo tenía ojos para mirar al cielo entontecida, o para quedarse horas enteras, viendo como las olas, a sus piés sonreían.

Parecía una visión beatífica, de rostro nacarino y

pálido, de frente ancha; sus mejillas ligeramente teñidas de arrebol por la fiebre, sus labios rojos como de guinda sazónada, el cuello torneado y albo como de cisne, el pecho erecto y como sus brazos desnudo, resaltaban más su blancura, entre el azul de su túnica; a veces gustaba de llevar entre las manos un ramo de rosas, y fuera de las horas de comida o de sueño, jamás se la podía obligar a estar, sino en el jardín, siendo una tortura para ella, los días de lluvia.

El alienista mejor de esa casa de salud, afamado Director, aunque el caso encontró muy difícil, puso su mayor empeño en hacer volver a la razón a esta su enferma predilecta, desahuciada por no pocas extranjeras eminencias.

Gerardo.... Gerardo era el nombre que a pronunciar acertaba todos los días; él dijérase había quedado impreso en la mente atrofiada de aquella niña, pues sí, muy niña era la pobre enfermita, aún los veinte abriles no habían coronado de rosas sus sienes de Virgen, por la ingratitud de un hombre villano marchitas.

Daba pena, cuando en la noche, semi dormida, se incorporaba en su lecho, y musitaba con dulce voz siempre la canción misma.

Mecedlo que llora el niño, dádmelo, traer a Gerardo de su camita.....

Y con los ojos muy abiertos, tendía sus brazos, agregando.

Traedlo con cuidado que no os lo vean, porque lo matan si os lo quitan.....

Y cuando la enfermera que a su lado dormía, para el caso ya prevenida, le pasaba una linda muñequita, vestida como recién nacido, para calmar esa fiebre maldita, la enferma, veía a la muñequita, pero, pronto la rechazaba diciendo, llevároslo, nó, no es esta mi guaguita, la mía está viva, y esta, está muertecita, miradla, no me mira, no me dice nada, aunque soy su mamacita.....

Y dándole a beber la enfermera una poción soporífera, volvía a aletargarse la pobre niña, y de ese modo pasaban casi todas las noches, para esa madre enloquecida.

¿Dígame Doctor, no habrá remedio para mi hija...

Así preguutaba una mañana en la sala de visitas, al Director del Sanatorio, una anciana señora, a quien su esposo acompañaba, con la ansia retratada en su cara marchita.

Aunque dos años ya lleva aquí su enfermita, yo pienso mi señora, que pronto en ella operará un milagro, la ciencia bendita...

¿Y dígame, de aquel, no se supo a dónde llevó la guaguita?.....

Porque tengo una idea, que de mi cabeza no se quita, y pienso que si tuviéramos la criatura, con ella haríamos una tentativa....

Muerta quiero yo a mi hija, repuso iracundo el caballero antes que resucitar su razón, para que quede para siempre su honra perdida.....

¡Perdida!... ¿decis?... ¿y por qué ha de estar perdida?... ¿acaso tuvo ella la culpa, de que un malvado engendrara esa pasión maldita en el pecho de esta inocente madre, la que sin sospechar tal infamia,

dió a la vida a esa niña... ¡Seamos más nobles caballero!... Su hija aún puede ser feliz, y lo puede ser también esa angelical guaguaita, que vino al mundo inocente, cuando ella no pidió la vida... No faltará un hombre de honor, que a estos dos seres redima... ustedes como padres, y yo como de la ciencia sagrada un entusiasta levita, debemos arrancar de esa muerte en vida, a esta pobrecita niña... y yo os lo juro, resucitaré esa alma muerta por un pecado, a la gloria de una vida bendita... Traedme señora a ese niño, a esa inocente víctima... traédmelo por favor, probemos la suprema tentativa... y si vuestra hija deja como yo creo por mi esfuerzo, de ser una loca, no os inquietéis por lo demás; si un hombre malvado, la hizo para vuestro honor maldita, no todos los hombres son malos, y no faltará quien redima a vuestra hija.

Y estrechando fuertemente la mano de sus visitas, abriendo la mampara de vidrios, que conducía a la puerta de salida, con una severa inclinación de cabeza, los despidió. A tiempo que ellos salían, por frente al peristilo del Sanatorio, asomó paseando por el jardín, la loca, su triste carita de Virgen sin mancha, y el doctor al verla, acercándosele, la saludó con una sonrisa tierna, diciéndola ¿cómo os sentís amiga?... Pronto tendréis a una buena visita... Ella lo miró agradecida, y le estrechó la mano, como si fuera una hija... Juntos pasearon por el jardín esa mañana, sin testigos de vista, y al llegar a la enserada, muy cerca del mar a la orilla, se sentaron los dos en una piedra, a donde las olas morían, y contemplando ella el mar, y él a las olas de inconscien-

cia que en el cerebro de ella se mecían, por largo rato, esas dos almas, en muda contemplación sumergidas permanecieron aquella mañana, como si fueran dos amantes, que allí se hubiesen dado cita.

El, absorto, no quitaba de ella su mirada, y ella a veces viéndolo a su lado, le sonreía, y reclinando sobre el pecho de él su rubia cabecita, parecía que más tranquila, por largo rato, dormía.

¡Doctor, doctor, en la sala de visitas una señora pregunta por vos, dice que os necesita! Trabajo costó al criado, el que su amo a entenderlo al fin se decida, pues encerrado en su estudio, consultando no pocos libros, y muy estraviada la vista, dos días hacía, que para nadie en el Sanatorio se había,

Mirando la tarjeta que el mozo le mostraba, alzó la vista, diciéndole: ¡Que pase esa visita!...

Una señora enlutada, seguida de una nodriza que en sus brazos a un hermoso niño traía, estrechó emocionada la mano que el doctor francamente la tendía.

Aquí está señor, el fruto maldito de los desgraciados amores de esa pobre hija mía... Trabajo me costó conseguir saber de el infame y a donde escondida tenía a esta guaguaita... El, no lo sabe... Pero doctor ello no me importa si se salva mi hija...

Dios nos ilumine señora, tengo fé en la ciencia, pero también en la sabiduría de Dios, que es infinita... Dejadme a esa criatura con la nodriza, hoy haré un ensayo y mañana la prueba definitiva... Rogad con vuestra fé, que Dios siempre a una madre oye cuando ella con confianza le suplica, y mañana a estas horas venid, porque quiero que seais

testigo de mi derrota o de mi conquista... Solo os diré, que en esta prueba cifra el médico no poco de su dicha... Adios señora, nada digais... y no faltad a la cita .. Y tocando un timbre, al par que a la dama en el umbral despedía, al mozo que acudió, ordenó que a esa mujer y a esa tierna criaturita, dieran alojamiento bueno, en la casa de Hospedería, y él con la mirada brillante, casi enloquecida, monologaba midiendo a grandes paseos la estancia que habita... ¡O mi ciencia triunfa, y mi amor conquista, o seré un inútil, a quien la ciencia abandona esquival... ¡Veremos, si gano la batalla, porque mi fama de médico, y mi primer amor peligran!...

¡Qué cosas más raras, se le ocurren al doctor!...

Murmuraba aquella noche, comentando con las otras enfermeras, en la cocina reunidas, la cuidadora de la loca Virgencita.

¿Sabéis lo que me ha ordenado que haga, lo mismo que a la nodriza de esa guaguita que ayer trajeron, para una prueba que quiere hacer, con esa enfermita?

Pues, que él se vá a acostar en mi cama, teniendo en brazos a la criaturita, y que yo y la nodriza, nos quedemos en la pieza contigua, para acudir prontas, cuando nos llame, si él nos necesita.

Es de noche, y una noche como pocas de tranquila, la luna brilla en el cielo con su luz blanquecina; las estrellas entre el puro azul juguetean con sus cambiantes prismas; el mar en calma su música parlarina bibra, las flores al suave céfiro que las acaricia exhalan fragancias, superfinas; la ventana de la alcoba está abierta, la lamparilla rosada dá una luz

mortecina, la enferma acaba de reclinar sobre la almohada su rubia cabecita, no sin antes apurar la medicina, que el doctor la ha dado, y cuando ya está, cosa rara, muy dormida, él cubre la cabeza con una caperuzita mojada en un líquido, que aún destila.

Sentado a la cabecera el doctor, a la enfermita, le pone el termómetro, la pulsa reloj en mano, y la examina a cada rato, hasta que despues de una hora en que ella aún se agita, al verla reposada y enteramente tranquila, dá unas órdenes a las mujeres las que le traen la dormida guaguita, y ordenándolas a ellas que se retiren, y no olviden la consigna, deposita a el bebé, en la cama, al lado de la enfermita, mientras él, en la otra cama se reclina, viendo como las horas de la noche angustiosas y anhelantes para él, se deslizan.

Amanece al fin, el sol sale e inunda la habitación de oleadas de luz bendita; el doctor soñoliento, al sentir el llanto de la guaguita, que se despierta y mirando a todos lados echa de menos a su nodriza, se arroja de su lecho y va a esconderse debajo de la cama de la enferma.

La criaturita, al verse al lado de una mujer dormida, se echa sobre ella llorando, y la acaricia la cara, con sus manecitas.

La loca al sentirse oprimida, abre sus ojos, y al ver cerca de ella a una guaguita, en ella sus miradas asombradas fija, de repente, da un grito, como de alma herida, e incorporándose en el lecho, toma en sus brazos a la criaturita, la besa, la estrecha contra su pecho desnudo, el que la guaguita, pen-

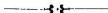
sando en la nodriza, hambrienta chupa con ansia infinita, lo que hace a la pobre loca llorar de alegría, pero llorar a gritos, con sollozos, con lágrimas expresivas, y estrechando cada vez más a esa criaturita, exclama a voces... Aquí, aquí está mi guaguita, gracias Dios mío, porque a ella la resucitas, ya nadie me la quitará. ¿Verdad hermosa, que quieres estar con tu madrecita?... y la besa y la abraza con ternura infinita... Entonces el médico, sale de su escondite riente, lleno de gozo, llama a las mujeres que esperan afuera, y que entran saltando de alegría.


Ella, la loca, al ver a todos, sonríeles agradecida, diciéndoles... Gracias, al fin tengo a mi criaturita, miradla, miradla como sonrío al sentir el calor de su mamita; vosotros sois buenos, ¡por eso me trajisteis a mi hijita... ¿He dormido mucho doctor verdad?... Pero que bello despertar... ¿Y mis padres dónde están, que ellos compartan esta alegría?... Y el médico, que asombrado la veía, todo emocionado, abriendo la puerta de la alcoba gritó: ¡Pasad, ya resucitó vuestra hija!

Una dama y un caballero se precipitaron sobre la enferma, llorando abrazados, y al par que la besaban, besaban también a la angelical guaguita, mientras el doctor exclamaba mirando al caballero... ¿Verdad que es dulce el perdonar?...

Meses después, los diarios de la localidad anunciaban el brillante desposorio del doctor X, afamado alienista, con la señorita C... una de las jóvenes más bellas y aristocráticas de la ciudad. Minutos antes de subir al tren los desposados, para hacer el

viaje de novios, por el extranjero, los padres de ella la besaban emocionados, y la decían; vete tranquila, que tu hija queda con sus abuelitos; y dirigiéndose a el doctor agregaron: ¡Cuán bueno es usted caballero, le debemos la honra y la vida de nuestra hija! El les contestó dando un beso al bebé, i mirando a su esposa que lloraba de alegría! Para un médico que se precia, es hermoso el despertar a una loca enloquecida por el dolor para que viva la vida de el más verdadero amor, el de sus hijos y de su esposo, que purifican y redimen el alma de toda mala pasión.





## El retrato de mi Musa

---

Sirena... la de los ojos de negro terciopelo y de mirada melancólica... la del cútis de nácar y marfil, ligeramente teñido con arrebos de aurora en tarde moribunda... la de carnes lechosas de manteca tentadora... la de la cabellera ampulosa de seda negra, que envuelve incitante su busto desnudo, como mariposa en sus alas... la ideal y bella coupletista Rusa, que pone en sus cantos, toda la nostalgia de sus estepas Siberianas, llenas de misterios y de dolorosas opresiones... que cuando ríe, no se sabe si canta o llora los secretos de las noches blancas... o las leyendas del Krenlim, mortíferas, agonizantes de amor salvaje por la suspirada libertad...

Me desafía con su singular mirada... huyo de ella, le tengo miedo... pero la adoro... me encadena con su fascinadora mirada... en valde es, que cambie la colocación de su retrato... a veces me resuelvo a echarla de mi taller de la idea loca y del pensamiento febril... me arde la frente... se hinchan mis venas... se retuerce mi corazón... y cuando mis manos trémulas vacilantes se acercan a ella... la muy domadora de voluntades me detiene, y me paraliza pro-

fundizando su mirada hechicera en el centro de mi corazón... clavando sus ojos adormecidos, en el fondo de mi alma... creo que en sus labios chiquitos y tentadores, retoza una sonrisa... se dibuja el rictus de una risa amante y suplicadora... siento los latidos de mi corazón, y creo en ese momento de sugestión oír una voz cantatriz, melodiosa, de virgen griega, la que mimosa me dice... Soy tu Musa... inspiro tus fantasías... evoco tus ensueños... vivo en tí... estoy dentro de tu alma... No me echarás... Nó... ¿verdad?... Amado mío cantemos... Sí, entonemos los dos, la canción divina que solo los hombres de corazón grande que se remontan a las azules lejanías de la belleza, pueden comprender... Cantemos... Y tengo que cubrirme los ojos... tapar mis oídos... y correr a la calle como un loco, huyendo de la fascinadora que se ha apoderado de mi gabinete de estudio y de trabajo, y que reina en él, con ideal soberanía... ¡Pero es tan bella!... ¡Si la vierais!... tendríais que dejaros prender en sus redes... caeríais a sus plantas... la adoraríais en su retrato... porque como ninguna otra imájen... él, tiene el poder de la vida y de la sugestión... la magia de encadenar con su mirada siempre perseguidora, como tentación... más terrible, que la del Eremita Antonio...

¡Cuántas veces, al alzar mi frente calenturienta por el trabajo torturante para divagar un rato entre las volutas azulinas del cigarro, mis ojos, tropiezan con el rostro de la hechicera, que allá, al otro extremo de mi mesa, apoyando el codo en ella, y sosteniendo con su brazo desnudo y blanco cual un jazmín, su cabeza dulcemente inclinada para mirarme

con más coquetería y espiritual abandono, fulguran sus ojos de fuego y de pasión, y me sugestiona,

La luz de la lámpara, colorea de un matiz rosado, sus carnes liliales cual hampos de nieve, de esas nieves de sus llanuras Moscovitas, y dibuja más suavemente los delicados y graciles contornos de sus erectas formas de alabastro manchadas por el corpiño de raso carmesí que aprisiona sus senos palpitantes, y por las negruras de sus cabellos, peplum de reina nocturnal.

Unos hilos de perlas, enfermas de envidia por la belleza de la que adornan, resbalan cintilantes, por sobre las líneas suaves del pecho, y se enroscan a la garganta torneada, como caricias de estrellas y de miriadas luminosas, en torno del astro rey de la noche.

A veces me parece, que sus pestañas negrísimas y muy pobladas cual parasoles, se arquean más y más para mirarme, que sus párpados sedosos, como cortinas sutiles, se entornan y ocultan las pupilas luminosas de la bella; me parece ver correr por entre sus carnes blancas y entre las azules venas, su sangre roja hirviente, y hasta creo oír, el jadeo cadencioso de una respiración blanda, suspirante como de ser que reposa tranquilo, al tibio calor del hogar apacible.

Pero... ella, siempre me mira... entreabre sus labios carnosos y finos de color guinda, me muestra al sonreír, una sarta doble de diente-cillos menudos y más blancos y brillantes que sus hilos de perlas, y me cuenta en el silencio de la callada noche, y a la luz de la lámpara, unas cosas tan tristes, tan

melancólicas, tan sombrías a veces, y otras tan risueñas, pero siempre con una risa triste de cautiva que añora... que me dá pena, pues tambien yo como ella, soy el bohemio de las tristes baladas, el emigrante de la suerte, el que vive lejos de sus estepas castellanas, siempre severas pero siempre nobles, el que no olvida los minaretes de los viejos castillos, señores de otras edades.

Sirena, me cuenta la historia del Mugick que vive allá en la estepa nevada, el que al llegar la noche, regresa en su trineo arrastrado por el mísero caballejo, al calor de la pobre choza, donde aguarda la esclava, y duermen el sueño de los ángeles, los pequeños siervos en el mañana triste del Padre Zar.

Ella se pone más alba, lagrimea una gota de rocío urente por entre las megillas de rosa moribunda, y me mira suplicante de amor, al ver que yo tambien lloro por un castillo abandonado, y por una reja desierta de flores; los dos estrechamos en un abrazo tierno, amante, idolátrico, nuestras miradas... yo aletargado por su melancolía, bebo en sus labios el beso de alivio y siento un escalofrío que corre por mi cuerpo, que inflama mi mente, y veo a una nube negra cual manto protector, que me envuelve, hasta obscurecer mis ojos; es que su cabellera me cubre, es que su fascinación me hace más suyo, es que mi Musa, Sirena, la Rusa coupletista me envía su inspiración, se encierra en mi ser, y me hace más suyo; és la embriaguez de la ilusión amante, que hace trabajar mi imaginación, es el delirio del amor a lo ideal.



## La Rebelde

---

Que me importa a mí .. já... já... tiene gracia. Y reía como una histérica.

Pero no seas niña Marta, el mundo impone deberes, exigencias y la Sociedad te llamará loca y casquicavana, tu nacimiento y la posición que aunque de mal grado tuyo tu familia en el rango social ocupa, y que tú no acatas y sabes..... tu hijo..... sí, óyelo bien, tu hijo a doblgartete a ese convencionalismo, a esa hipocresía que tirana tú llamas, te obligarán, no lo dudes, más tarde, pero al fin en un no lejano día.

Haces mal, créemelo, y lo malo es que este inocente niño, tus locuras pagará. Amóldate a las circunstancias, el mea culpa canta, y posible es que tu madre y quien sabe hasta tu esposo, sino por tí, por este hijo, a admitirte en su hogar de nuevo se allanarán!

Volverás a tener carruajes, consideraciones, y todo cuanto se debe a una dama de tu alcurnia y posición encumbrada.

Apaga a tiempo esa infernal llama que en el rojo torbellino de una vida de locuras consume tu honra y tu belleza desgasta; déjate de sádicos placeres que envenenan tu alma, y anda, corre al hogar, cual una pródiga, que mientras viva tu madre, ella te protegerá, si como creo y deber de madre es, ella te ama.

Predícame padre, predícame fraile, por un oído me entra y por el otro tus sermones me salen.

Já...já... Sabes que estás muy ocurrente hoy, y harías un buen misionero... Yo creo que errastes la vocación... Por qué no te metes a fraile... Que lástima... Pero nó, chico no hagas tal cosa, me darías pena, entonces no tendría quien me consolara... ¡Y que no te querrían las beatas!... Hasta yo, esta pecadora mundana como tú me llamas, sería quizás por tí una María Egipciaca; nó, me gustaría mejor ser una Magdalena, aunque no sea tan bella como ella, y tú... Sí, tú serías mi Jesús, que aplacarías mis penas... ¿Verdad monín?... já... já...

Y con carcajadas cristalinas como gotear de agua, como piar de pajarillos en dorada jaula, como danza loca de violines en noche de jaleo y zambra, así aquella preciosa mujer, de risa se desternillaba,

Con su kimono azul, de seda festoneada, reclinada sobre la hamaca que bajo las palmeras del jardín se balanceaba, rosada la tez nacarada, sueltos al viento los bandeaux de su espesa cabellera que negreaba, arrogante, pletórica su carne blanca apetitosa de manzana tentadora que a saborear sus placeres convidaba, fijos sus ojos grandes y de color de uva que emborrachaba con solo su ardorosa y pecadora mirada, desnudos sus brazos de marfil torneada, como

alabastrina era su garganta incitante, sendero hacia los senos que cual inquietas y desarrolladas tortolas bajo el escote escandaloso, palpitaban, semejábanse una virgen griega, evocadora de las gestas Helenas.

La luna la envolvía con su luz blanca como si un peplo de argento ese cuerpo escultural y divino lo cubriera haciendo que más negras cabrillearan sus pupilas ardientes de virgen morena, que las trenzas de ébano se enroscaran más tentadoras a las espaldas desnudas incitantes de belleza nazarena, que esta hermosa mujer carne de mercado fuese una gitana que en el alma pasional del poeta le causara no pocas y profundas penas.

El pálido artista, el bohemio y bagabundo poeta, en esa noche de luna plena, Pierrot candoroso, olvidaba que esa Colombina, en el altar de Vénus Afrodita, a Arlequín insatisfecho, su amor, como incienso quemaba.

Mientras el abanico, juguete artero en mano de toda hija de Eva, cual velo de misterio oculta la burlona risa de ella, el artista de la frase, el padre de el poema, con su estro tierno y dulce, quiere ablandar el alma de esa bella.

Vano empeño, no hay poder humano que la conmueva, y si gusta del deleite que en un alma enamorada produce una estrofa delicada espiritual y bella, no es tarea de un momento desbrozar de el fango sucio, la alma aquella hecha a vivir en orgías, en eternas francachelas, en noches de desvarío, de embriagueces y en tormentas de amor deshechas.

¡Pobre niña, ideal muñeca, de un convento cole-

gio la sacaron para casarla, sin conocer el mundo en que iba a entrar ella; un hombre, que más que a su virtud miró a su belleza, la tomó por juguete de su liviandad y torpeza; no supo hablar a su alma un lenguaje cual al que estaba acostumbrada ella; profanó con su frase brutal los oídos castos de esa doncella; deshojó esa rosa de corola aún tierna, no solo la lanzó a los salones sin adiestrarla en batallas como esas, sino que noche tras noche, la descubrió ciego por la ebriedad, su alma grosera.

Arrastró por el lodo, la pureza de esa niña aún inesperta en las lides de una esposa que a veces tiene que ejercer de sabia maestra, y como le faltaba el temple de las almas buenas, y desgraciadamente no tenía para mártir como algunas mujeres santas, tienen, esa suprema fuerza, y tampoco su fe religiosa alcanzó nunca a robustecer su espíritu, con esa hermosa fortaleza que doma a las más rebeldes naturalezas; en su corazón se infiltró el veneno del rencor y de la rebeldía suprema.

Y la hora fatal, esa que a todos persigue, la más negra, sonó para Marta, entre carcajadas diabólicas, entre espumas de oro y de ambarinas orgías y fiestas carnavalescas.

Cuando ni cómo fué su primer falta, ella no lo sabía, y se ríe cuando quiere hacérselo recordar el poeta, para llamar a su corazón a una confesión tierna, de arrepentimiento; a ver si así a redimirse empieza.

Abreme el limbo de tu corazón Marta, yo creo que en él un resto de virtud flor aún no marchita, y de pureza plena, todavía queda.

Busquémoslo los dos, a ver si todavía mi cariño de hermano en desgracia, más que de adorador de tu profana belleza, a tiempo de rescatarlo llega, antes que ese también al fango caiga, si hermosa azucena, mi ansia de libertarte de tus cadenas, a tiempo a ver si llega.

Oye Marcelo... Escucha, que música más lánguida es esa que nos llega... Mira, hasta la luna se rie, y a tí y a mí con su luz de plata nos enlaza y rodea... Déjame gozar, no seas cruel, no me des tristeza.

Y esa loquilla; con su negra melena al viento suelta, imprimiendo a su hamaca un vaiven de vals lujurioso, henchido de cadencias soñadoras y tiernas, en el silencio que el mover de las hojas y de las flores de asfisiante fragancia en sus bodas de pereza exhalaban alcanzo a turbar apenas con las notas ensoñadoras que ella entonaba de la opereta en boga, el encanto de un vals, vienesa canción que tanto a todos embelesaba.

El, absorto, como es poeta, la contempla, olvidado de su sermón, y acaba por reír como ella. Noche de amor, noche de traiciones bellas, que tentadora eres, y como en tus redes aprisionas hasta a las almas más buenas!...

Mientras canta Marta la melancólica endecha, y la noche blanca de sabrosa primavera con sus velos puros danza en el cerebro soñador de ella, él, su amantísimo poeta, recita en armoniosa melopea, una de sus más hermosas composiciones, la que escribió en noche de fiebre para él devoradora, aquella que le robó la calma, sí, por qué no decirlo, la que compuso para ella, para esa pecadora, con el fin de resu-

citar esa alma dormida, pero que todavía él cree que no está muerta.

De pronto, se vá apagando la voz de ella, y ex-tática, más atenta queda, oyendo como él despierto sueña; muere el canto de ella como una dulce queja, y lo mira con sorpresa; él, fijos los ojos en el azul turquesa del cielo, sigue recitando como si invocara a una visión que por allá apareciera; está pálido, muy pálido el poeta, solo en las megillas que de fiebre le arden, el carmín de un fuego cabrillea; lo halla hermoso ella con esa inspiración sonambulesca; ella cada vez más fascinada, se levanta de el asiento, y se le acerca tímida, vacilante, como si despertarlo temiera... Sí, ella no quiere que despierte, y la sorprenda, ya está a su lado, ya aspira la ambrosía aquella... ¡Qué milagro! esa mujer altanera, rebelde ántes, ahora, sombría tiembla..... Más todavía. Sus ojos se arrasan en lágrimas, se cierran, y ella no puede más, sobre una alfombra de erguidas azaleas cae de rodillas al lado de él, sollozando, y ocultando su rostro hechicero, entre sus piernas.

Al sentir el roce de ella, él pronunciando la última frase de su poema, baja los ojos, y despues de pasarse por ellos sus manos, como el que de un sueño despierta, sin comprender al momento asombrado se queda.

Levántale poco a poco la cabellera, aparta las manos bellas, se mira en el rostro húmedo, del llorar de ella, y muy pálido el poeta, sonríe, y su risa triste muere con el beso que piadoso estampa en la frente de la mujer aquella; beso casto, como

el que la luna al abrazarlos entónces a los dos, les envía con suma delicadeza.

Alma que llora esclama él, es alma buena.

No te avergüences Marta, amiguita bella, suelta de tus ojos las cataratas de las lágrimas redentoras, y con ellas lava tu vida funesta, bautismo de amor, son las lágrimas aquestas.

Cuantos por no llorar sus remordimientos, mueren en la ciénaga revolcándose en la rabia y en el desprecio, que al verse perdidos en su desesperación, su malhadada fortuna aumenta.

Ride Pagliacco te dicen el mundo y los placeres con su risa mefistofélica; mientras cobardes hunden en tu pecho, el puñal de la ruín sospecha, y te exponen a la burla y al desprecio, de una terrible condena.

Llora, en cambio amada mía, te dice el pobre poeta, éste, el desheredado, el que arrastra de la hohemia triste su amarga cadena, porque el llanto, solo es patrimonio de las almas virtuosas, arrepentidas y buenas.

En la comunión de nuestras almas gemelas, Marta, la pecadora, esa a quien juzgan crueles, como a una ramera los viejos sadicos de Judea, los que buscaron en tus brazos el saciar su senil idea, hoy derrotados verán, que tu corazón blanco otra vez queda, pues lo purifican las lágrimas y lo viste de inmaculada pureza el amor de mi poema, el que en los cielos se inspira, y el que como ellos perdona y todo lo regenera.

Alzó su frente ya más tranquila y serena la hermosa mujer, que mirando a Marcelo, de rodillas sigue y se embelesa.

Está divina, parece en verdad otra Magdalena, hay más brillo en sus negros ojos, hay más calma en su frente tersa y blanca como una fresca azucena; sobre el abultado seno, unidas sus manos de nieve quedan, en éxtasis arrobador ella en su figura que la luna besa, engendra todo un ideal poema.

Con razón sonríe Marcelo así al verla, y la toma levantándola del suelo, pues quiere adorarla como a una doncella Nazarena, es ahora su Diosa, libre de las torpes cadenas, y ya del fango del vicio empedernido, exenta.

Despertó su espíritu, respondió su corazón al llamar a esa puerta, con la música con que los ángeles buenos a las niñas candorosas y tiernas, en la alborada de inocencia, despiertan.

Ahora él confiaba, que de su parte también ella pondría al alcance de sus labios, la medicina que restablecerla en su concepto honrado, pueda.

¿Qué le falta? Tiene alma, tiene belleza, que implore el perdón de los suyos, que ellos le darán firmeza, que corra a postrarse de hinojos ante la madrequita buena.

¿Qué le da vergüenza?...

Esa antes enseñársela de veras, la misión de los padres debiera.

Arranca a ese falso temor la careta, sé fuerte tú ya que antes fuistes altanera, se lo ahora imperativa contigo mismo, date fortaleza.

Platicando así los dos, por el jardín pasean, del brazo cogidos, pisando la húmeda hierva por el rocío brillante y fresca, cuando de repente un nene corriendo llega, y abrazándose a las faldas de la

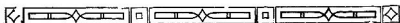
joven, picarillo y revoltoso como amoreillo travieso que con el cariño juguetea, tomándola de la mano la dice. Anda Marta, que en el salón, aquel caballero viejo, por tí pregunta y espera... ¡Ah que gusto, me trae dulces, y a tí flores, pero flores muy bellas... Que bueno es... Y mirando el chico al poeta, agrega con su media lengüecita que en su boca brinca y tartamudea. Mira, ay que risa me dá, si vieras como con mi mamá juega, algunas veces aunque con las sillas tropieza y cae, el viejo a alcanzarla llega, y entonces, já... já... que risa, él la muerde y la besa, ella se enfada, pero cuando él mucha plata la entrega, entonces...

¿Verdad Marta? que tú te pones contenta, y mientras que con don Bartolo del brazo te alejas, aunque a mí me dá mucha pena porque solo, muy solito me dejas, como tú dices que vas a guardar esa plata para cuando yo crezca, y comprar automóviles, juguetes y trompetas si estudio y soy bueno, para que yo me entretenga, me quedo aguardando, hasta que tú llegas... Anda, corre antes que don Bartolo se duerma... Yo voy a decirle que tú pronto llegas, adios Marcelo, que feo estás con esas melenas... já... já... y cual un cervatillo corriendo se aleja ese niño, quien en su loca carrera de inesperto y atolondrado, salta por entre algunos macizos de flores, las que troncha y pisotea, dejando en el suelo una lluvia de blancos pétalos marchitos.

Has visto que chiquillo tan diablo, le dijo ella, mimosa, riéndose otra vez con su risa diabólica, y alisándose los cabellos con felina coquetería, después de dar un papirotazo al poeta en sus megillas,

ella, también pisando las flores marchitas, se aleja, agregándole como despedida. Hasta mañana Marcelo, no olvides mi visita, aquí en este jardín se va una a otra vida... Pero que quieres, no me he muerto, aún no estoy marchita... Que haría yo, pobre de mí, de todos maldita, encerrada en la casa de los míos como en una ermita, sin alhagos, sin amores, ni a tí podría entonces dar una cita... Perdona chico, no pongas esa cara, toma un beso, vete contento, ya sabes, soy la rebelde a quien nadie jamás humillar podría, hasta mañana mi Jesús, Magdalena se disipa... y riendo, al par que con la punta de sus dedos de sus labios de roja purpurina, un beso al aire le tira, se alejó cantando la viuda alegre, la que al viejo don Bartolo que asomado a la ventana la llama, le provoca una hiposa risa.

Pobre Marcelo, cual una momia se petrifica, y mirando a las flores tronchadas por el chiquillo, y que aún mecidas por el viento parece que en su agonía se agitan, con el alma dolorida exclama, alejándose despues cabizbajo calle arriba. No hay remedio, esa vida maldita ha tronchado a esa mujer el alma ya por desgracia antes; me engañé, su corazón es un muerto que no palpita; ese hijo que tronchó las flores, sin saberlo el inocente, lleva a su madre a la más vil avaricia, y sin comprenderlo, es un instrumento que acaba de tronchar en su madre, para siempre me temo, la única intención buena que ha tenido en su vida... Pobre familia, son náufragos de la negra suerte, que desgraciados murieron para toda obra buena, y solo vivirán y morirán condenados a eterna rebeldía.



## Los salmos del mar

---

Huyendo del mundanal ruido; y en busca de la soledad profunda, habia llegado yo á aquella playa abierta en medio de una preciosa ensenada.

El mar, bañaba esa costa alfombrada de cesped verde, que subia hasta las montañas cercanas; el blanco caserío convidaba á la más apacible calma, aquellos comarcanos vivian de la pesca y de la fértil labranza; un cielo azul que en las aguas se reflejaba, convertian ese sitio en la más deliciosa Arcadia, y como otro Virjilio, me proponia yo pasar allí, una larga temporada, tañendo a ratos la zampoña pastoril, corriendo por los senderos tras las cabras y cervatillos, cuando no, a orillas del agua, mientras leia, pescando con la paciente caña.

Un compañero que estuviera allí el verano anterior, me animó mucho a refugiarme del calor del estio, en esa aldeilla, lejana de todo el estiramiento y de cuanta farsa vana se encuentra en los balnearios de moda, a donde se vacia la aristocracia, que

allí trasladada sus tiranías y sus ironicas carnavales.

Bien al amanecer, casi de madrugada, el balar de los corderillos que iban a la majada; las esquilas del ganado, que el caserío trasmontaba; la campana de la iglesia, que el alba sagrada anunciaba a los creyentes; el revolotear de los pajarillos que se detenían sobre el alfeizar de mi ventana, con las fragancias de las flores y el airecillo fresco de la mañana, el cantar alegre y retozon de una moza aldeana de tentadores colores y de carnes abundosas y como la leche de blancas, me despertaban incitantes diciendome, Arriba perezoso, mira que el sol ya abrasa, vete a tomar el baño que después el chocolate con leche, te aguarda en la humeante y apetitosa taza.

¡Adios señorito, yo creí que usted no madrugaba! y la muy picarilla criada, una chica preciosa, santa, robusta, tentadora y cándida, dejando que unos oyuelos lujuriosos, al reirse, en su cara fresca se asomaran, alegre me miraba, y huía cuando yo al pasar un abrazo la daba, pero por lo que no por eso, ella protestaba, pues buena prueba de ello, que todas las mañanas se hacia la encontradiza a mi pasada, y no pocas hermosas flores, de rocío aun manchadas, coquetona en el ojal de mi traje, me ofrecia y yo a colocarlas en él la invitaba.

Una de las delicias de que yo allí más gustaba, sin disputa era, el ir todas las tardes al ponerse el sol tras las montañas, a sentarme en una peña blanca, lamida por las aguas, que habia a la entrada de la ensenada; y allí, fumando pitillo tras pitillo, esperaba que llegase la reina blanca, la señora de la noche, la lu-

na casta, la que arrastrando por sobre la superficie del agua su rejio manto de plata, ante su corte de estrellas, en la limpia esfera azul, se sentaba.

Encanto como aquel, pocas veces experimentó mi alma; a lo lejos oía a los perros de las alquerías vecinas que ladraban, el canto de algun gañan que volvía, pícanearo sus bueyes al refugio de su casa, quizás alguna que otra guitarra, la que bibrando sus cuerdas por las manos de una hada, soñaba en sus penas y cantaba sus ansias; más dominándolo todo, a mis pies venían a morir, las olas que en el mar bramaban.

Placer como este placer, ciertamente por nada jamás a cambiar dispuesto yo estaba; mi alma se acrecia, mi corazon se ajigantaba; para el hombre pensaba yo, hizo Dios grandeza tanta, luego el hombre debe ser lo mejor que en el mundo y los Kosmos haya, por eso de vergüenza el hombre que por los vicios se arrastra, debiera pulverizarse, para que así la obra divina, no se malograra.

Meditaba yo, en ese sitio, una de las noches, cuando apenas hacían dos días de mi llegada, sobre lo que era la vida al hombre supeditada; cuando veo, que de repente, junto a mí, sin saber de donde había salido, un viejo de andar tardo, traje haraposo y barba blanca, mirándome con extrañeza, a mi lado se sentaba.

La mirada dulce, y hasta su debilidad muy acentuada, mas que sorprenderme con algun vago temor, movieronme a compasión, abrieron el apetito de mi curiosidad y interroguele de esta manera para saciarla.

Buenas noches señor ¿Venis de la aldea cercana?...

¿Os gusta tambien a vos, disfrutar de esta solitaria calma?...

Perdonad buen anciano, si interrumpo con mi presencia, el abandono que al venir aqui a estas horas, sin duda buscabais.

Pero que quereis, soy forastero, y poeta por mi mala andanza, y para inspirar a un cerebro no encuentro por estos sitios otro mejor que este que me mostraron, de la peña blanca, en donde en el misterio de la noche, uno estudia el lenguaje sagrado e imponente de este coloso, que se detiene en una valla de arena, por una mano oculta, y sujeta su terrible saña.

Mientras el viejo, apoyado en su cayado, en la misma peña que yo, se sentaba, al oír mi platica se fijó en mí y arrugando su frente cual un mapa con rayas trazada, por un momento vi que en sus ojos un relámpago de ira cruzaba; mas de pronto, me sorprendió como devorando al mar con sus miradas, alzaba apretado los puños, y lo amenazaba, entre dientes, quien sabe con que amenazas.

Temí hallarme con un loco o con algo que se le asemejara, pero muy pronto me convencí, de que nada debía temer, pues no era demente; en su desgracia, era un naufrago que venia á echarle al mar en cara, cuanto él lo habia querido, y lo mal que él le pagara.

Joven. Al fin tranquilo, aceptando el cigarro que yo le ofrecí, me dijo.

No sabeis cuan perverso es este gigante, y cuanto

daño mas ocasionara, si la mano de Dios, con su poder, no lo sujetara.

Viste de azul y blanco cual una virjen, pero lleva én su alma toda la perfidia humana, es gloton como el solo. con nada se sacia, aun que el mundo entero con todos nosotros se tragara, mas hambre tendria; es ingrato, pérfido, no conoce mas que la saña, y si supierais lo que dice cuando con sus olas habla, temblariais de horror, y huiriais de su orilla, por no caer en sus garras.

Año tras año, y cuidado que ya hace muchos, yo vengo todas las tardes a preguntarle, que ha hecho de los seres amados de mis entrañas; a enrostrarle su perfidia, y a apartar a los incautos, para que a caer en sus traidores alhagos no vayan.

Y rujiendo el viéjo, al mar de nuevo con sus puños amenazaba.

¿Tanto daño os ha hecho, buen anciano, el mar, para que asi tanto rencor le guardéis, y seais tan constante en echarselo todos los dias en cara?...

Me gustaria aprender de vuestra experiencia, para saber defenderme, del que tan pérfidamente paga.

Escuchad joven, y despues me direis si tengo yo o no razón.

Mi primer llanto al nacer, lo apagó el mar con sus rujidos en día de tormenta; las primeras caricias paternas estaban húmedas por el agua salada, que aún goteaba de las manos de el autor de mis días; y hasta se me figura que el cura que me bautizó, lo hizo con la agua que tomó de la costa cercana. Me crié, arrastrándome por la arena de la playa, y alimentándome casi con megillones y ostras, por eso

no era extraño, que mis compañeros de escuela, me apodaran con el nombre del hijo de la mar, aunque no pocos de ellos, eran hijos de pescadores como yo.

Yo no tuve nunca miedo a las olas, aprendí a nadar como un pez, saltaba en las barcas de unas en otras como si solo ellas fuesen una maroma, y cuando joven, aunque mi padre se oponía, entré de grumete en una flota mercante que a las Indias iba, hasta que una noche, estando de guardia en una cofia, sentí un miedo atroz, me pareció que me tragaba una ola la que hasta mí subió.

Triste predestinación, una ola era a esa hora, la cruel asesina, y no fué a mí a quien eligió por su víctima, era a mi padre, al pobre pescador, al que la tormenta marina, al zozobrar su barquilla, engullía; me lo contó otra ola que hasta la cofia parlera y mensajera cruel a decírmelo subió.

Durante ese viaje, jamás desde entonces tuve hora tranquila, contaba las singladuras que faltaban para llegar a esta mi aldea querida.

Ay, con que ansia salté a tierra, apenas anclamos!...

En un santiamen, llegué a mi chocita, y cómo iría, cuando al encontrar en la playa a mi novia, a aquella pobre niña bendita, ni reparé en ella, de loco que iba.

Bien el corazón en ese viaje me lo decía. Al entrar en mi choza, mi madre, la buena viejecita, me salió al encuentro, de luto vestida, y colgándose a mi cuello, por todo saludo, me decía.

¡Pobre hijo mío, no tienes padre, se lo llevó una noche, la maldita!...

La galerna, la que todos los años viene a reclamar a estos sitios su contribución de vidas, se llevó al viejo Pascual y a su barquilla.

Juré vengar a mi padre, y burlarme de la fiera maldita, y como no a mi vieja abandonar ya que solita estaba, debía, compré una lanchilla, y suplí al pescador de nuestra chocilla, aunque mi madre no quería, y me rogaba que en tierra, me buscara la vida.

Yo creo, que con las horribles zozobras que todas las noches al salir yo a la pesca, sufría la madre mía, meses escasos tardó en seguir a la fosa, a su viejecillo, al que como a su Dios quería, la pobre-cilla.

Murió mi madre, y yo de pescador seguía, hasta que estalló la guerra, y a mi patria mis brazos ofrecí, entrando al servicio de su marina.

Para que contaros, lo que vos ya de olvidado sabeis en demasía.

Una noche, se nos ordenó salir a buscar a vida o a muerte a el enemigo, porque esa era nuestra consigna, y salimos, claro, si no teníamos honra, para qué queríamos la vida, por eso fuimos a buscar la honra, fuese ella, con muerte o con vida.

No sé lo que pasó despues, me cegaba la ira, pero no creais que ere mi indignación tanta contra el enemigo, nó, sino contra los cobardes asesinos de mi patria, que sin barcos dignos de su nombradía, sin cañones ni dinamita, hacian alarde ellos, lejos de la guerra de una irrisoria valentía, y querían que nosotros, inmoláramos nuestras vidas, en su villana porfía.

En fin, para que seguir; nuestro buque, no fué del enemigo una presa marítima, pues al ver que nuestros cañones eran impotentes para lesionar siquiera a la marina enemiga, nos estrellamos contra la costa, se salvaron los vivos, y el barco en el fondo del mar hundió su quilla, mientras otros y yo, ganamos la orilla, y heridos, pero rabiosos, abriéndonos paso con nuestra cuchilla, llegamos al campamento, y nos unimos a una guerrilla:

Aquí, en la patria, después me casé, formé más tarde una familia, y cuando ya el pobre viejo, nietecillos tenía, cuando empezaba a perdonar al mar sus muchas felonías, yo que no quise que mi único hijo, marino fuese, una noche como esta tan linda. ¿Sabeis, lo que pasó? Pues con otros amigos, mi hijo a pasear en el mar fué, en una barquilla, y esa mar que veís tan tranquila, de repente envió una ola, que dió vuelta a la navecilla, y entre los ahogados, al fondo del mar hambriento, se llevó a mi hijo.

Y el viejo reía, reía con esa risa idiotizada, irónica, fúnebre, macabra, como ríen los locos, los torturados por el dolor del alma.

Metía miedo su risa.

¿Sabeis?

Me agregó también. Al conocer la terrible noticia, murió aquella, mi mujercita, como la otra mujer, como mi madre.

¡Pícara, condenada, sí, condenada!...

Y con los puños apretados, amenazaba al mar.

Escuchad joven amigo, oídla como me contesta.

Todos los días, vengo a pelear con ella, sí, con ella, que no pudo vencerme; con ella, a la que para

que no me devorase, la eché como carnaza, a mí buque, y mientras engulléndolo se entretenía, yo huí, y gané la orilla.

Pero, que bien se vengó de mi jugarreta, la muy indina.

Es muy rencorosa y vengativa, por eso, años despues, cuando yo más descuidado estaba, me arrebató a mi hijo, como antes me arrebatara a mi padre.

¿Creeis que esos rumores son de ella? N6...

Son las muchas víctimas que viven en sus entrañas, que la maldicen y que la muerden el corazón, y por eso ella, salta, se queja y grita.

Es un Gargantua insaciable, es una tumba traidora.

¿Si supierais cuántos tesoros, la muy avara, en su corazón guarda...

Se irrita y brama, cuando sobre sus lomos se monta una escuadra, y como es muy mala, sí señor, pero que muy mala, al menor descuido, a su vencedor se traga.

En los combates, ríe con los blancos dientes de sus olas blancas, y la sangre de los héroes, con ausia se traga.

Millones de pobres barquichuelas, su tributo, a esta fiera todos los años pagan.

Y cuando desde las orillas le imploran, en día de tormenta, piedad para sus hombres, las mujeres, madres o esposas, ella, riéndose de su dolor, se escapa.

Ni el llanto de los pequeñuelos, a aplacarla bastan, ella glotona, sigue, traga que traga.

Cuando más tranquila y azul la veais en las ma-

ñanas, no le creais, a esta malvada; está preparando el lazo para que caiga la presa humana.

¡Ah caballero, yo la conozco mucho, por eso a mí ya no me engaña!...

Miradla, sí, miradla, está de luto, la veis oscura como a una alma mala, pero no creais que ese luto, es de duelo por sus víctimas inmoladas. Nó.....

Es, que para atacar a traición a las buenas almas, se viste de negro, porque así le es más fácil esconderse en las sombras de la noche, y desorientar a las inocentes barcas.

¡Cuántos tesoros, cuántas riquezas guarda, en su fondo esta avara!...

Barcos cargados de oro, de joyas, y de alhajas, de sedas y de lo que en el mundo más valga; ella robó ha muchos siglos, y ella aún seguirá robando; es, creédmelo una pirata.

Cuando en el combate, el héroe por ser un héroe se ufana, ella entonces no llora, sino que ríe como una mujer sanguinaria, y se adorna con sus más ricas galas de luz y de color.

Asiste al festín de la matanza, en donde ella bien sabe, que como a una diosa pagana, se la inmola, lo mejor que haya

Já... já... que perversa es, miradla como viene aquí a nuestros pies, como oveja mansa.

¡Anda, mala, pícara, sanguinaria, ya te conozco, a mí no se me engaña!...

Y cuando las olas a nuestros pies venían a morir tranquilas, el pobre viejo, pisoteando con sus zapatos gruesos, a el agua, le parecía que a la mar entera, él con su rabia, pisoteaba.

Estaba hermoso el anciano, encolerizado y en esa facha.

Cuando yo me había quedado profundizando esa amargura, y el dolor de esa alma, siento unos pasos menudos, y veo a mis espaldas, nada menos que a la hermosa moza, que hay en mi hospedaje, de criada.

Fatuo y allagado, me puse contento, pues creí que esa muchacha a buscarme venía, porque estaba de mí enamorada, y a la verdad, la aventura no me desagradaba.

Ya me disponía a unirme a ella, para cortejarla, cuando dirigiéndose al viejo, ella exclama.

Vamos abuelito, que la noche está fría y muy mala, venid conmigo, volvamos a la cabaña.

Y tomándolo de la mano, dócil como un chiquillo sorprendido en una picardía, el buen viejo, se dejó llevar, con la cabeza sobre el pecho hundida, murmurando entre dientes al echar al mar, una última mirada.

¡Es mala, sí, bonita, pero muy mala!...

Buenas noches señorito, perdonad, si antes no os había conocido, pero pensando en el abuelito y temiendo algo le pasara, vine a buscarlo en este sitio, segura de que aquí lo encontraba.

¡Qué quereis, ha sufrido tanto desde que mi padre aquí se ahogara, que el pobre, tiene su manía, y en insultar a la mar, un consuelo halla!...

Adios, señorito, hasta mañana.

Y arrastrando de el brazo, al viejo, llorando se fué la muchacha.

Yo triste me puse, cuando allí todos los días tan alegre llegara.

Y cuando al poco rato me alejé hacia mi casa, temblaba al oír el mugido que hacía, la mar no muy mansa.

Desde entonces, cuando por las noches voy en los veranos a la playa, al escuchar del mar el rumor de sus aguas, me parece que gimen en su fondo, muchas almas acongojadas.

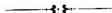
Y al morir en la peña blanca, las olas de espuma rizadas, yo alcanzo a descifrar lo que dicen, quizás arrepentidas rezan por sus víctimas, las que en sus entrañas, su sepultura halláran.

Sí, en la noche callada, el mar lúgubre, entona los salmos penitenciales, por aquellas almas que él mató en sus oleadas.

Años después, volví un verano a aquella playa, y al preguntar a los vecinos por la muchacha, con espanto supe, que una roche de borrasca, fué a buscar a su abuelo, allá, al volver de la ensenada, y como el mar tan bravo estaba, una ola tremenda envolvió al viejo y a la muchacha, los que arrastrados mar adentro, como no tenían en esa soledad a nadie que los amparara se los tragó, ahogándolos en sus entrañas, y a la mañana siguiente, los pescadores hallaron los dos cadáveres muy abrazados, en la agonía y en sus ausias.

Movido a piedad, fuí al cementerio de la aldea, a rezar un padre nuestro en la sepultura, por esas dos almas, y al volver al pueblo, en la noche ya cerca de la ensenada, me pareció que sentado sobre la peña blanca, el viejo, aún amenazaba a las aguas, las que

al morir a mis pies, y oírlas su rumorosa charla, también yo las pisoteé con rabia, a tiempo que como un loco, a la mar insultaba, diciéndola, reza malvada, reza por la nueva víctima de tu ambruna sanguinaria, muchos salmos de penitencia tienes en los siglos que decir, para que por los hombres, tú seas perdonada.







## La Muñeca

---

¿Madre, madre, voy ya a llevarle la comida a mi padre al taller?...

Bueno niña, pero cuida de no llegar tarde, pues ya sabes que entonces no almuerza.

Al poco rato, de la humilde casita del menéstral, salía una pobrecita niña, de no más de ocho años, llevando al brazo una cestita y en la otra mano, un porta viandas.

La mañana estaba lluviosa, las calles resbalosas por el agua que las barría, el cierzo helado entumecía los miembros, y la pequeñuela mal cubiertas sus carnes con unas ropillas si bien aseadas y limpias no muy gruesas, daba diente con diente, y tenía morada la carita.

Más ella, con paso menudo, atravesó la calleja, y se confundió entre el ir y venir agitado y poblado de las calles más centrales, sorteando con rápidos quites, su cuerpecito endeble, para no ser atropellada por los tranvías y automóviles, coches y carretones, que obstruían el tráfico.

Sin detenerse, iba ligera como un gámo, por las anchas aceras, pero cosa extraña, no era en esa calle aristocrática en donde el taller del padre estaba, más ella avanzaba nerviosa, como quien algo afana.

Al fin hizo un alto en su carrera, junto a el escaparate de una tienda o Bazar de juguetería y otras muchas chucherías y valiosas prendas.

Con mirada febril, anhelante, y conteniendo la respiración, pegó su cara a la lujosa vidriera, y tras un corto instante de buscar con sus ojos, lanzó una exclamación de gozo, un grito de satisfacción, y se iluminó su rostro de una intensa alegría, al tiempo que entre dientes decía.

Allí está... Que bonita es... y sus labios sonreían.

Cuando con su aliento el vidrio opacoso y empañado se ponía, ella le pasaba su manecita, de frío aterida, y ese solo movimiento casi decirse podría que era la única señal, de que en ese cuerpecito había una vida, pues era tal el recogimiento, la quietud y la atención de la niña, que bien podía asegurarse, que para mirar tras de ese vidrio, solo el alma ella tenía.

Con sus deditos violáceos de frío, puestos en sus labios, ella miraba con envidia lo que allí dentro tanto su atención atraía.

Inútil era que la llovizna silenciosamente le mojara sus ropitas, que sus cabellos lacios por la humedad y el viento que corría, se deshilacharan como míseras briznas; que no pocos, al pasar ligeros la empujaran como cosa que estorba y que im-

pide la salida; ella, solo tenía existencia en ese momento, para extasiarse en aquello que era su mayor delicia, y cuando sus labios movía, para rezar solo era los afanes que pasaba por aquella imagen de idolatría.

No faltaban algunas almas que al verla tan en muda contemplación sumida, sobre todo algunas damas apiadadas, exclamaran; pobrecita niña, quien fuese rica, para satisfacer del pobre, esa inocente envidia.

No por cierto eran los vestidos de seda, ni las alhajas fascinantes, ni los jarrones de Sevres, ni otras mil baratijas de no poca valía, las que tanto seducían a esta niña. No era el lujo y las riquezas, lo que la causaba tanta envidia. Había para ella, otra cosa de mucha mayor valía.

Era una preciosa muñeca de rubios rizos, vestida con traje azul como sus ojos, la que puesta a la venta en la vidriera, a la pequeña le sonreía seductora, y sus bracitos de goznes que se movían; tendidos hacia ella, que se la llevara; la muy picarilla con la boquita de porcelana abierta, le decía todos los días, al pasar por allí su pobre amiguita.

Muñeca como esa, ni la hija de la señorita a donde su madre llevaba la ropa que cosía, podía igualar la que ella tenía, pues esta era más grande, y mucho más linda.

Y al decir esto la pobre niña, parecía que la pícara muñeca la oía, pues inclinaba hacia atrás su cabe-cita de oro, y entornando los ojos con no exenta coquetería, más y más acentuaba su sonrisilla y que con ella decirle quería; llévame, llévame contigo,

verás como juegas, y entonces siempre tú tendrás alegría, correremos juntas por esas calles, y dormiremos juntas en tu misma camita, yo seré tu hermana, y así no estarás tan solita!...

Y le tendía la muñeca sus rosadas manecitas, y a la pobre pequeña se le arrasaban los ojos, de muchas tristes lagrimitas.

Ya está chiquilla, lejos de aquí ladroncilla, que ensucias el vidrio y no dejas que miren las señoritas, pues al verte tan sucia tienen temor a que tú las robes, o con gemidos embusteros las pidas una limosnita, y por tí no se vende esa muñequita, yo creo que la has hecho ojo y por eso no la vendemos aún que es la más bonita... Vaya; vaya, auda ladroncilla... Y empujándola grosera el brutal hortericilla, la separó de la ventana, en donde la muñeca miraba triste, como su amigueta se iba.

Llorando la pobrecilla, miraba a la vidriera, y en su congoja, solo una frase tenía. ¡Dejadme que la mire, está tan bonita!... No soy ladrona yo, pero me gusta tanto, esa muñequita... y seguía gimiendo, pero desde lejos, a la vidriera no perdía de vista.

A aquel hombre rudo, esclavo de la avaricia, ella no le guardaba rencor por las cosas tan bárbaras que la decía, solo le suplicaba que de lejos siquiera, la permitiese mirar a su adorada muñequita.

Era una mártir la chiquilla que con gusto por su ídolo cualquier cosa sufriría, todo menos que la privasen de recrear su vista en la muda adoración, de esa su muñequita.

Desde el borde de la acera, aún seguía mirando hacia la vidriera, cuando a alguien sintió que decía,

ya falta poco para la una, hay que volver al trabajo de la oficina.

Entonces, volvió en sí la chiquilla, y mirando asustada a la vianda que traía, se acordó que a su padre aún el almuerzo no le llevó y que de seguro furioso y enfadado con ella estaría; y dando un salto, se puso a correr calle arriba, pasando por entre los vehículos que por allí corrían; más de repente siente del tranvía el toque de la campanilla, y al querer separarse, resbala y cae, alcanzándola a atropellar un automóvil que veloz iba, quedando casi muerta, allá, la niña.

Al grito de las gentes que corrían a socorrer a la pequeña, un obrero, de la imperial del tranvía, movido por su buen corazón, también se bajó y a aliviar a no sabía quien, como los otros, corría.

Llegó al grupo que ya impedía la policía, y lleno de curiosidad, al fin logró pasar a la primera fila, y cuando sus ojos fijó en la pequeña, allí caída, lanzó un rugido de fiera acorralada y herida, y se avalanzó sobre el cuerpecillo inerte y herido de la pobrecilla niña, besándola la cara, y poniéndola sobre sus rodillas, a la vez que decía, pobre hijita mía, que bien el corazón me lo decía, si ella no viene es porque algo muy grave, en mi casa ocurría, y era ella, ella la que sufría.

¡Infames, que picardía, atropellar así a una pobre, porque la ven desvalida; ya averiguaré quien es, y si mi hija muere, tendrá el muy cobarde que pagar con su vida!... ¿Que acaso la sangre de los pobres no tiene el derecho a vida? y desechando los socorros que se le ofrecían, tomó el cuerpecillo inerte, y

en el coche de la Asistencia Pública que acababa de llegar, con él se metía, cuando la pequeña abrió los ojos mortecinos y con una amarga sonrisa que pronto acalló el dolor terrible de sus heridas, exclamó. ¡Que bonita que es la muñequita! y cual un lirio blanco tronchado por el vendabal de la vida, inclinó de nuevo su lastimada cabecita.

No, yo no me separo de mi hija, y si ella muere, que sea al lado de sus padres, y en su misma cama.

Y se la llevó el hombre a su casa, y entró con esa carga bendita, mientras que su mujer y todas las vecinas al saber la noticia lloraban y de dolor se retorcían, gritando todas, con esa solidaridad que solo se encuentra para la desgracia endondela miseria y el pueblo bajo habita. ¡Debíamos de linchar a todas las ricas, pues mientras ellas con sedas y lujos a costa de el sudor de el pobre gozan y se regocijan, como si fuéramos andrajos viejos que se tiran a la cocina, aún con esos endiablados coches, a nuestros hijos, nos sacrifican.....

Que días de angustia y de asfisia se pasaban en la mísera casita del pobre menestral, viendo y pareciéndoles ya que agonizaba su hijita; cuanto él ganaba, era poco para médicos y medicinas; ella la madre no se separaba del lecho en el día, no podía trabajar, no solo como antes hacía sino aún hoy más, porque era poco cuanto el pobre marido a la casa traía.

A veces, ya la carga demasiado pesada, se les aparecía y les amenazaba con abatir su amor por la hija, y sucumbir al consejo de todos, de que lleva-

ran a la enfermita al hospital, en donde la cuidarían, y a ellos nada les costaría.

En las noches, cuando marido y mujer velando a la enfermita despertaban asustados si rendidos ambos al fin se dormían, con los ojos húmedos de pena y de reproches mutuos se interrogaban. Si esto se prolongaba mucho tiempo que harían, sus almas a veces parece que se decían, si no sería mejor dejar que se llevaran al hospital, a la niña.

Pero si por sus corazones como un celaje a veces ese pensamiento se detenía, él, bien presto derrotado huía de sus cerebros, porque la pobrecilla chica, abría los ojos de vez en cuando, y mirando con ansia a su lado, llamaba a sus padres, y con pena honda, suspirando, que no la dejaran sola les pedía, porque tenía miedo de no tenerlos a su lado, si moría.

Aquella tarde, el médico había venido, y si bien algo mejor la había encontrado, sin embargo agregó, que él ilusiones no se hacía, que vigilaran mucho a la enferma, porque no le gustaba esa fiebre tan intensa que de repente le subía, y sobre todo, que no la contradijeran en nada, porque ello podría echar a perder la leve mejoría y para matarla bastaría.

En el curso de esa agonía, no pocas veces la niña cuando sus ojos abría, mirando a sus padres sonriente exclamaba. ¿Verdad que es muy bella aquella muñequita?... ¡Ay! quien pudiera ir a verla como antes, todos los días yo iba!... ¿Si la habrán vendido esos hombres que ladrona, porque yo miraba la muñequita, me dijeron aquel día?... y suspirando la pequeña, de nuevo al sopor volvía.

Pero esa noche de la mejoría, la pobre chiquilla casi toda, la pasó delirando con que esa muñeca quería. Que se la trajeran, a sus padres ella con ansia pedía. Y lloraba, y a cada momento a hablar de la muñeca volvía. No pocas veces, cuando la fiebre terriblemente subía de grados y casi loca la ponía, la niña de pié, sobre el lecho, con los brazos tendidos, a gritos espantosos, que le trajeran su muñeca quería, y forcejeaba con sus padres, pues a la calle irse amenazaba, a por ese juguete que tan fuera de sí la ponía.

Que horror, decía la madre, el médico aconsejó que no se le contradijese, porque si no, ella moriría.

¿Será posible que por cosa tan pequeña, se muera mi hijita?...

Vete mañana; empeña todo y tráele esa muñeca. ¿Pues para que quiero yo nada, si sé me muere mi hija?...

Y la pobre madre, como loca, los brazos, de dolor se retorció.

Olvidaba la infeliz que ya por empeñar nada en su casa quedaba, que todo se había ido en medicinas, que hasta el escaso jornal de él, por mucho tiempo en el taller empeñado lo tenía, porque para la enfermedad de su niña, los anticipos pedidos subían de una suma en su proporción subida, y que si no fuese por la ayuda de algunas pobres vecinas, ni que comer ya tendrían, y eso que el médico hacía gratis, por compasión esas visitas.

¡Que poco se preocupó aquel rico, dueño del automóvil que atropelló a la niña, de averiguar el estado

de su víctima, y si no por un deber de remordimiento, por su villanía, por piedad y por lástima, al menos socorrer con una limosna, debía a esa pobre familia, ya que no pocas sumas, quizás en lujos vanos y orgías, con los suyos, él gastaría!

Horrible noche, la madre lloraba arrastrándose por los suelos, la niña, de la cama, gritando por su muñeca, salía, y el padre, ese hombre fuerte, a veces rugía, y huraño el rostro de hielo por el sufrimiento moral, él ponía.

Amaneció al fin tras de tan larga agonía, pero no por eso la niña dejó de pedir con ayes lastimeros, su muñequita.

El padre, honrado obrero, ya no podía más, ya de dolor se retorció, poniéndose el sombrero, sin decir a su mujer a donde iba, salió como alma que lleva el diablo, y echó a andar, monologando consigo mismo, calle arriba.

Sin saber cómo ni de que manera, aunque él no lo quería, llegó ante la juguetería en donde estaba esa muñeca, si la maldita a quien su hija codicia.

Allí estaba, con sus bracitos de goznes extendidos, que pedían llevarla al lado de su amiguita.

Se detuvo él también, mirando la muñeca con la misma ansiedad y envidia que su hija.

Se registró los bolsillos; escasos dos pesos halló y esos eran para medicinas. Pero no importaba, si pudiera ser; con ellos él compraría esa muñequita.

Sobre el vestido azul, un papel tenía, y en signos negros, tan negros como es la envidia cuando es mala, pero no cuando ella es para salvar la inocente

vida de una niña, decía ese papel, que treinta pesos, el juguete valía.

Aterrorizado el hombre se quedó, pues eso era un imposible, jamás treinta pesos, él para una muñeca juntar podría, y la cosa era urgente, la niña se moría, no había remedio, esa contradicción al borde del sepulcro la ponía.

Hablaría a esos hombres, al tendero que la vendía... Quizas el tambien hijos tendría, y por sus hijos un buen padre ¿qué no haría?...

No se atrevía a entrar... ¿Cómo se le ocurría que al primero que llegase, treinta pesos le regalarían, así, como quien un pedazo de pan de limosna ofrecía?

Además, que no le creerían... Como si los niños pobres; no tuvieran en sus almas, la misma alegría que los ricos, para gozar con el juguete, que provoca en ellos, las más tiernas felicidades y sonrisas.

Arrugó la frente, apretó los puños de rabia y golpeándose el pecho, decíase a si mismo ¡Cobarde, y si por eso tu hija se muere!... Anda, atrevete... Ya comprenderán que no solo de pan se vive, que tambien los pobres tienen alma y saben sentir... Anda, atrevete... y vacilando un momento, pero pálido, ojeroso, con las orbitas dilatadas, como un loco, no sin mirar a su alrededor; y como era tan de mañana casi nadie por la calle transitaba, con fuerza, dió sobre el vidrio un puñetazo, haciéndolo saltar hecho añicos, y aunque herido su brazo con los rotos vidrios, alargó la mano, y sacó la muñeca, con avaricia.

Como un relampago echó a correr con su presa,

ocultabajo la chaqueta y seguido de los horteras de la tienda que gritaban. ¡Al ladron, al ladron!...

El, mas que correr, volaba por entre los coches, desaparecia, sin aliento al fin a su casa logró entrar y corriendo hacia la cama en donde la niña mas tranquila miraba hacia la puerta, la dió un beso en la frente y la entregó la muñequita diciendola toma hija mia!... la niña al ver su muñeca querida, alli, en sus brazos, dió un grito, y saltando en la cama, la besaba la carita, la colmaba de caricias, lloraba de alegria, mientras el padre, como un loco, miraba a todas partes, lloraba y reia, y la madre, la pobre mujer, de dolor transida, tambien reia, pero miraba a su esposo asustada, preguntandole con los jos, como era, que la muñeca traía.

De repente tocaron a la puerta de la casita, pero con fuerza, con furia, y con gritos; vacilaron un momento, pero al fin la mujer que nada sabia, mirando a su hombre que se abrazaba de la niña, abrió la puerta, y espantada, vió como en su casa entraba la policia, y con ella el horterilla, que dias antes habia dicho ladrona a la chiquilla, el que señalando al hombre y a la muñeca que la chiquilla en la cama tenia acariciandola muy tranquila. exclamó ¡Ved al ladron, y tambien a esa ladroncilla, esa muñeca, es la que ese hombre robada nos traia!...

¡Infame! rujió el padre de la niña. No culpes a nadie, y menos a mi hija que está en agonía; ella es inocente, aunque la muñeca queria, solo yo fui el ladron, y para ella se la traia, si fueras padre y vie-

ras que por un capricho tu hija se moria, y aunque fuera robando, la vida de ese ser se salvaria.

¿Acaso infame avaro, y sin entrañas, tu tambien no robarias?...

Prendedme guardianes, lo confieso, yo he robado esa muñeca, porque mi hija por ella se moria, y dinero no tenia para comprarla, pero a mi hija respetad en su agonía!... Vamos, a vuestras ordenes estoy, pero cuidado con mi hija, porque el que se atreva a tocarla, en ello le irá la vida...

Miraronse unos a otros los guardianes de la policia, también ellos eran padres, y eran pobres, por eso ellos comprendian... Pero maldita tiranía, ellos ante todo eran policias, y cumplir con su deber era la consigna; no vacilaron mas, y al hombre se llevaban a la comisaria, cuando el hortera de la tienda, señalando a la muñeca, agregó ¿Pero que, el robo queda en poder de la chiquilla?... Pues no faltaba mas... Y ciego se abalanzó sobre la enfermita, le arrebató la muñeca, y á correr con ella se disponia, cuando el obrero dando un empujon, a los guardias que lo detenian, se arrojó sobre el tendero, y de un feroz puñetazo lo tendio en el suelo, y quitandole el juguete se lo entregó a su hija de nuevo, diciendo a los guardias: Pague yo con mi vida, pero no mateis a esta niña...

Y cuando la policia con los dos hombres salia, la madre que suplicaba que a su marido no lo llevaran, que ella limosna pediria, y con eso la muñeca pagaria, al cerrarse la puerta tras de los que se iban, miró a la camita, y con espanto vió, que su hija abrazada a la muñeca, agonizaba y moria.

Al preso, el juez, que en su causa entendia, sometió a interrogatorio, que el soportó con valentia, pues a los que en la sala de audiencia le escuchaban el sereno, tranquilo les decia; Honrado era, y honrado soy, aunque el mundo llame a mi accion, una rateria, porque el mundo solo es una pura cobardia, no comprende sino el placer; y todo lo que no sea convencional él llama villania... Cree, que el pobre no debe tener alegria, que es menos que un bruto, que no debe aspirar a la vida mas que de el esclavo, y que solo para el rico deben ser las alegrías... Mientras otros sin necesidad solo por avaricia de placeres y de orjias, de vanidades y tropelias roban grandes caudales, con bastante picardia, a esos, como son de su esfera y del circulo de su compañía, los disculpa y llama abusadores de confianza, pero cuando un pobre roba para comer, un pedazo de pan, o un juguete el que para sus pobres hijos es quizas el manjar del que para ellos depende la vida, por treinta miseros pesos, enloda a un hombre, y le echa en cara, lo que el mundo ese llama una villania

Si fueran padres, y en mi caso algun dia se pusieran, verian como entonces darian por bueno lo que hoy llaman rateria.

Juzgueme señor juez segun su justicia, muerta mi hija, que me importa ya la vida, pero Dios desde el cielo sabrá perdonar esa accion mia.

Y aunque todos en silencio estaban, y bien convencidos quedaban, de que á aquél honrado padre de familia, en verbad no se le podia acusar de villania;

aunque en el fondo de su alma, todos decían que en caso tal, como padres ellos, otro tanto harían, sin embargo, esclavos a las leyes llamadas de justicia, al padre que robó una muñeca, para satisfacer el único capricho de una hija pobre y misera, que atropellada por un rico, moría, lo condenaron por ladrón a cinco años de Penitenciaría, mientras la muñeca, que como cuerpo del delito, allí sobre la mesa del juez se exponía, una sonrisilla burlona dibujaba en su cara de porcelana fría, fiel símbolo del mundo egoísta y duro, que no concibe el que los pobres deben tener también sus alegrías.





## La Fiera

---

¡Hola, compañero Mala Trazal...

Y el aludido, alzando sus ojos tristes, de sobre el imaculado papel en el que se disponia a escribir, sonrió melancolicamente al fijarse, en quien así le apellidaba; y encojiendose de hombros con displicencia, prosiguió su tarea sin proferir ni una sílaba.

En el diario, sus compañeros de Redaccion, casi todos, lo llamaban Maltrana, pues con rara conformidad, todos le hallaron un paralelo con el de la Horda; y afirmaban, que si el popular autor de esa novela, lo hubiese conocido, quizás no lo hubiera retratado con mas fidelidad física y moral, ya que hasta para tener un exacto parecido, como el Maltrona de los Argonautas, este compañero de tareas periodísticas, era un importado de la tierra de Maria Santisima, Indiano, porque vivia en Indias, pero fracasado, porque habia sido emigrante de levita y no de calzon corto y almadreñas.

Las mas de las noches, allá en las horas crueles y asesinas de la madrugada que ponen frio en el alma, y el sello de la muerte en el cuerpo, despues de terminar la tarea ingrata, la cuotidiana comida de la fiera popular, habia que oir las polemicas trabadas entre si, por aquellos muchachos febricantes, los que en vez de retirarse agobiados a descansar, tadavia les sobraban alientos para diseccionar con ardor belicoso no pocas veces, sobre política demolédora, pero en especial su mas sabrosa comida solia ser, sobre arte y costumbres, ya que de todo era fecundo el arbol de esta muchachada jovial y bohemia, agrupada como pajarillos locos, en torno de la mesa reporteril.

Estos caballeros de la noche, se merecian unos á los otros.

Aquel muchacho pálido, color de cera, enjuto, alto, de ojos restallantes aunque dormidos en una triste melancolía, cuya cabellera negra, cual ramas de sauce sombrío cae en desmayados mechones por sobre la ancha frente, ese que de luto viste, es el poeta cálido de versos fluídos, saturados de un idealismo sustancioso cual blanda caricia de inocente flor en mañana primaveral, ese del cabello ensortijado, bozo incipiente, aire cansino, que a veces se revela, bajito de cuerpo, pero muy alto de aspiraciones insatisfechas, siempre discutidor de empirismos y de spicología, es un sibarita que revolotea en el hormiguero de la política; aquel otro, flexible como un alambre eléctrico, inquieto como una ardilla, charlador, enciclopédico, aunque lleva un nombre bíblico, es revolucionario por temperamento, pró-

digo despilfarrador de su pluma, mariposea en todas las redacciones, ofreciéndose lo mismo para escribir sobre política, que sobre un chisme del cable, pero es un ratón de bastidores, que poetiza en escenarios, y dice amar el arte porque sí; ese de bigote rubio engomado, kaiserino, pulida cabellera, prosopopeyico al hablar, como dando a entender ¡algo puedo! aunque no sea tal, es autor nacional, interpreta con fortuna caprichosa el alma campesina y lo inciensan los farandulistas; aquel indolente que mira a todos como si estuviera haciendo un estudio de ellos, que no le importa nada la vida, es un bohemio predilecto de las letras, se ríe displicente de todo, un ardite le importa lo que diga el mundo, quien para él, es Siempre Caín, y por eso entra en la diplomacia; este otro, buen mozo, irreprochable en el vestir como una dama elegante, impecable en el acicalamiento de su físico, que parece adorarse a sí mismo como si fuese una muchacha bonita, es un habil pintor de trozos de vida carnosa y social, mueve con acierto artístico los muñecos parlantes del teatro clásico; es todo un corazón de artista pensador, serio, sí, pero no menos de gran imaginación, el sabe imponer su voluntad al corazón; sobre los sentimentalismos, pone el ansia de vivir, es un disecador de idealismos, los sabe ajustar a la forja de el positivismo; aquel que habla quedito, pausado, como un comentador bíblico, sentencioso como si fuera Máximo el viejo, es una alma tranquila, que siente la belleza del arte, es digno compañero de su amigo el poeta, ambos, para castigo de sus pecadillos, están cuales otros Prometeos, encadenados a la roca Tarpeya del chis-

me burdo y grosero del cable, que coarta sus fantasías, y los obliga a arrastrar la cadena de la materialidad más funambulesca.

Es un contrasentido, que estos dos espíritus idealistas, por anacronismo, hagan hablar a la torpe realidad sus frases insulsas y brutales.

No faltan en esta Peña de barrio latino, algunos melenudos, como los llama irónicamente, un compañero, esos aficionados a las redacciones, a las que se afilian por no acostarse temprano, que tienen apego al cuarto poder, con la esperanza de que alguna que otra vez se les permita un rincón a sus floraciones poéticas, desahogos neuróticos, ensoñaciones de luna meridional.

Maltrana comulga con todos, aunque mira sombríamente a esos que viven entre pompas de jabón, encadenados a un fanatismo convencionalista, como ciertos vagabundos.

Sentados hasta en las mesas, reclinados en los sofás, cabalgando en las sillas, cuando no recostados en las paredes, de pié, como en una taberna Montt-Parnassina, esta turba, jesticula y charla con calor, ríen y comentan trozos palpitantes de vida, recuerdan críticas acervas. hacen tribuna de elocuencia desgranadora, no falta quien entre un dicho agudo, espiritual, de fina ironía, resbale una arenga revolucionaria cual un apóstol libertador del arte, y así esos muchachos trasnochadores, viciosos empedernidos, no pueden nunca retirarse a sus casas hasta casi el alba, cuando Febo comienza a sacudir sus barbas de oro, allá por el oriente.

¿Habla Maltrana?...

Déjalo hombre. Mala Traza piensa, que el mundo es un fandango, y que el que no lo baila es un tonto ¿verdad godito?

Mala Traza, sin inmutarse, alzando de nuevo su rostro cetrino, de ojos oscuros y enfermizos, de bigote moteado de canas prematuras, alto, delgado cual huesosa y romántica figura de Quijano, sarcástico, lleno de amargura cual fiera enjaulada, oprimida por el látigo implacable de una fuerza indestructible, pero de voluntad indómita y de coraje jamás domeñado, respondió.

Lo que yo digo, araucanito, es, que ya no hay vergüenza, que se profana cuanto hay más digno en el mundo, que somos llotas, dignos del escupo despreciante del déspota, vasallos del mercader de conciencias, usurero de la suerte.

Y apretando los puños con rabia, como si amenazara a alguien, clavó en el vacío, sus ojos turbios.

Gozaban aquellos muchachos, exaltándole los nervios, haciéndole hablar con desprecio nihilista de los ricos; tenía ideas sui generis, a las que él llamaba golpeándose con rencor su pecho, generación del mundo maldito.

Al fin los más picarillos, lograron romper su hielo, y dejando a un lado las cuartillas que embozaba con geroglíficos, pesadilla cruel de los cajistas, engarabitando nervioso su cabellera partida al medio, fulgiendo chispas de sus ojos, terció en la disputa de esta manera.

Já... já,... me haceis reír con vuestros alardes bravíos, que no pasan de ser inofensivos alardes, e

inocentes desahogos, muertos en flor, en este recinto.

Temblais como azogados, os deshacéis en zalemas, sois aduladores ante cualquier chupa tintas de la burocracia política, o de la usura bancaria.

Esos, se ríen de la prensa como el gigante se ríe de un niño brabucón.

¿Y sabéis por qué?...

Porque ellos disponen de una llave que abre todas las puertas, de una espada que vence toda resistencia; tienen dinero, pueden acallar vuestra hambre, y satisfacer con creces vuestra humilde vanidad, solo con un destinillo, es decir, con las migajas que caen de sus mesas de sátrapas.

Vuestro carácter, no sirve para nada; cualquier pelagatos adulator lacayo del potentado, os toma de un brazo, y os echa a ún lado, como a un mendigo molesto.

¡Que teneis talento!... Quien lo niega... Pero a ellos les basta con tener dinero... el dinero es la riqueza, y la riqueza el despotismo y el poder.

Hoy, no se pregunta en el gran mundo, quien es fulano, sino con cuanto cuenta... Si es un pillo, se alaba el ingenio de ese pillo; hasta la prensa, si ese pertenece a su partido, lo defiende si lo ataca otro despechado político, y guay de vosotros, si quisierais imponer justicia, os aplastarán, pobres gusanillos.

En vuestros diarios, no siempre, por temor o por convencionalismos, os permitirán que escribais lo que vosotros creais digno, ni siempre admitirán los artículos si acaso teneis por sinceros, poderosos ene-

migos; las Direcciones, ante todo, sirven al potentado, al político y al rico.

Hay que ser audaz, aunque se sea tonto o pillo, el mundo es un teatro en donde los más ladinos, engañan a los tontos, y viven a costa de sus sacrificios.

Cuanto más ignorante es un individuo, es más atrevido, por eso hacen ellos del mundo un feudo, por cetro reinante tienen sus cabezas de pollinos, por espada su bolsa que domina hasta a lo infinito, pues cuando se mueren hasta la iglesia les tributa, porque pagan, sus mejores ritos.

Cuando vosotros vais a pie por esas calles, debeis ceder el camino al automovil o al coche del poderoso, que mira con desprecio a los que no supieron ser ricos, mientras vosotros os alucináis estudiando, el influyente o el político, en una jugada de bolsa, o en vender malo por fino, en embaucar a los necios con sueños de partidos, en negocios nada limpios, intrigan i porfian y logra el rico su proposito ladino, de acrecentar su poder,

Que mas, seamos claros, amigos, si nos ofrecen una miseria, hasta capaces seriamos de poner a nuestro libro o escrito, el nombre del Creso que pagara ese capricho, para darse importancia con un talento jamas tenido.

¿Os reis amigos?...

Hace muchos años que yo tambien me reia, pero ya lo veis, ahora no me rio; hoy conozco demasiado al mundo, por eso una risa franca desde entonces, jamas de mis labios ha salido, porque temo siempre que mi risa, sea como la del Histrion, su propio ludibrio.

Cuarto Poder, llaman a la Prensa, los ladinos.

Yo me rio de un poder que no puede nada para si mismo, porque no está unido, ya que todos vemos como es tan difícil que se una la prensa, como lo es el hacer que un cuerpo muerto se una al alma de otro vivo.

Hasta se da el caso, de no estar unidos los mismos compañeros de un diario mismo. ¿Como va haber esa union, entre los de diarios distintos, cuando el comerciantilismo es hoy en todo, el rey soberano que domina, todo lo digno?...

Todo, esta prostituido, el mundo camina a ciegas, no tiene orientaciones, es un ciego, que lleva a un pillo por lazarillo

Ja... ja... ¿Oye Mala Traza, tu nunca te has vendido?...

Tu lo dices amigo, si me hubiera vendido, no me llamarías ahora Mala Traza, tendría din y me llamarías don... hoyno hay nada que no se compre, ni nadie que no se venda, tal es la corrupcion humana.

Pero se compra lo que vale, es decir, al hombre que sirve para esclavo.

Eres un crítico acervo, rabioso Mala Traza.

Ni Dios ni el Diablo lo permitan, amigo, si al llamarme crítico me confundes con los que de tal se precian hoy, y sientan catedra de tales, desde las columnas de publicaciones vendidas de capitán a paje, al mejor postor, aunque ese haya sido emigrante de sentina, hoy mercader de conciencias, diplomático insípido, político de camarilla, pero eso si, con muchos pesos en la balanza pública,

Tales criticos son dignos siervos de semejantes amos; se conocen aun en la oscuridad de sus negras conciencias de seres leprosos por la hipocresia, la envidia, la docilidad de buéy uncido a la carreta de la adulacion al que le impone su capricho de objeto de mercado.

¡Criticos criticos!... los que tal se llaman, son alimañas, aves de rapiña, prontas a cebarse en el exfuerzo del bohemio caído, que solo vive de su trabajo, y que en medio de no pocas lagrimas y suspiros, de no pocas necesidades y hambres, de no pocas noches de angustias por el pan de los suyos, labora en la mina de su intelijencia, la novela o la obra teatral, que le proporcione, venciendo no pocas humillaciones, de empresarios o de editores materialistas, un mendrugo para su hogar.

Quizas venga el aplauso y la frase de aliento de los buenos... Sí es que los hay.

Para estos el critico es acervo, cruel... Para los ricos que escriben o discursen... las frases de miel... ¿y a esos llamas criticos?... ja... ja... Pobre del escritor bohemio... Que terrible desengaño, que puñalada cruel si no ha contado con el graznido lúgubre de los Gansos del Capitolio, que escudados tras las jaulas doradas del poder diarista, obtenidos a fuerza de arrastrarse, con sus destemplados gritos perturban la contemplación delicada del alma espiritual, que el pobre escritor, lleva a la voracidad del público.

Siendo docil instrumento de las empresas comerciales, es facil declararse Pontifice de la critica de las letras y del arte; esos ofician con descaro inau-

dito, para vergüenza de los nobles ideales artisticos, en el templo profanado de la critica maestra; escribas fariseos de un fanatismo doctrinario están bajo, la pasion de una venganza unipersonal la que es su única nórma.

Los rebeldes, somos nihilistas, ácratas si asi se nos quiere llamar; despreciamos lo que no nos hace falta, ya que el mejor critico es el público que paga, y compra lo que le agrada.

De mi se deciros, que jamas pagaré tributo caudino, a quien en el mejor de los casos, solo lo conceptuo como a un usurpador bilioso, tirano, rencoroso y como es natural impotente para ser lejítimo y verdadero critico, ave muy rara en vuestro pais... ¿verdad amigo?

Eres una mueca de ironia, amigo Mala Traza, un fondo de amargura...

No compañero, es que yo conozco a la Fiera, y ya no me engaña con sus llantos de Cocodrilo; cuando mas zalamera la veo, mas me prevengo de ella; vive solo de traiciones, atrae, seduce como serpiente al pajarillo, para engullirse mejor la presa, con el canto de sus risas Mefistofelicas.

Si no fuera por los tantos inocentes... Si los hay, que no lo sé, en este mundo, yo concebiría y me explicaría los goces incendiarios de Nerón, porque el mundo y la Sociedad entera, deberían caber en un puño, para que así más fácilmente, una granada al estallar, pudiese pulverizarlos.

Tienes enfermo el cerebro, compañero Mala Traza... lo que dices es inhumano, horrible... no se explica que tú, una alma de niño, en un corazón

de hombre, pueda maquinar tantas monstruosidades...

Esa es la muletilla de todos los egoistas, egolatrás del mundo social...

Nos llaman locos; también lo llamaron a los grandes y atrevidos reformadores, Galileo, Jesús, Copernico, Colón, don Quijote, todos los que con sus doctrinas produjeron una revolución social; así llaman los policías a los ácratas... es claro, os asustan las ideas grandes... ¿Si a esos y otros muchos hombres, grandes sociólogos, los apodaron así, que de particular tiene, que a nosotros, pobres diablos, se nos moteje con ese Inri, que pareciendo de ignominia para vosotros, no lo es para mí ni los míos, ya que el refran popular dice, que los niños y los locos que son otros niños, suelen decir la verdad, y como esta, siempre fué amarga, y tiene el poder de desenmascarar a los hipócritas, y perturbarles la digestión de sus maldades, golpeando en sus conciencias, con el Mane Thecel, Fhares. bíblico, nada de extraño tiene, que se nos ultraje?...

Já... já... No ves, ahora tú estás triste, y yo río... já... já...

También los locos, ríen, pero su risa hace daño a los malos...

Y Mala Traza, como un histérico, reía, pero su risa ponía espanto, porque tenía el eco de llantos, y congojas de agonía, lamentaciones de preso, protestas de inocente en su ajusticiamiento injusto.

Para el pobre, ni la mujer tiene ternuras... es también muy falsa, desleal... con facilidad nos engaña con otro... ¡Es tan difícil confiar en ella!...

aplaude al poeta desde lejos, pero es capaz de dormirse en los brazos de el amante, que con promesas de riqueza y bienestar sabe adularla . No confieis tampoco en ella... Cuando la veais más zalamera, es caando mejor os engaña, cuando os traiciona con más ironía... já... já...

Y la luz rojiza de la lamparilla eléctrica, sellaba el rostro de este Apóstol demoledor, con un tinte de hoguera inquisitorial... y su risa aterraba.

Como los judíos de la leyenda bíblica, bajaron del monte de las Calaveras diciendo, en verdad era hijo de Dios, Jesús, ante los trastornos de la naturaleza; así, esa noche, salieron a la calle los chicos de esa redacción murmurando entre ellos... ¡Tiene razón... durillo es el concepto, pero, la realidad triste y brutal, se impone en el cerebro de ese iluminado...

Las dentelladas de la Fiera como él decía, en sus horas de confesión, lo habían hecho más que excéptico, un misántropo, con una crueldad, pero inocente.

Era un ser original... ¡Cuántas noches de lluvia torrencial, y de un frío invernal de todos los diablos, caminando a altas horas camino de su casa, si tropezaba con un beodo, pobre, harapiento... o con una Mesalina de arrabal, a quienes los guardianes conducían presos a la Comisaría, exclamaba apretando los puños... ¡Por ser pobres os tratan como a malas bestias!... ¡Si os hubieseis emborrachado con champagne en el Club de la Unión, si arrastrarais las sedas en automóvil, estos policías, se apartarían a un lado, mirándoos con respeto... y los que hoy os desprecian, os dirían palmoteándoos el hombro...

¡Pero que gallo y que diablo eres!... y beberían a vuestra costa...

Si veía a una mujer flácida, macilenta, haraposa, carne ya desechada, dando calor a un niño escuálido, o a un músico ciego ambulante que sin temor a la lluvia, menos implacable que el hambre que atenazaba sus carnes tumefactas, arrancaba quejas y gemidos a su violín, en esas noches de crudo temporal de nieve y agua, los que arrimados al quicio de una puerta, o bajo el alero de una esquina, imploraban una limosna; el bohemio, rebuscaba en sus bolsillos raídos, y gozoso al hallar la mísera moneda de diez centavos, que había reservado para resguardarse en el tranvía, de la intemperie, al retirarse a su casa, la arrancaba de su sitio, y se la entregaba al pordiosero, diciéndoles entre dientes... ¡Comed hampa... quizás mañana, yo aumente vuestro oficio... aún me defiende de la fiera en el último reducto que a vosotros os arrebató!...

Y con las manos embutidas dentro de los bolsillos, ardiente el cerebro, sin parar mientes en la lluvia que lo mojaba y golpeaba con fuerza sobre sus carnes mal encubiertas, a pie, descendía Alameda abajo hacia su casa, sin paraguas y sin sobretodo, a la una de la noche, en pleno invierno, casi siempre lo mismo...

¡Pobre Maltrana! Indiano por sarcasmo... como otros, era bohemio en tierra extranjera, sufriendo el sinsabor del destierro, y de que no pocos ignorantes pedantes, sin más mérito que el estar en tierra propia, y gozar de un apellido ilustre en la genealogía de los colonos enriquecidos lo apodaran a

veces con el dictado de godo, que ellos en su pedantería ilustre, creyeran denigrante, cuando en realidad histórica, era un timbre de noble alcurnia...

¡América... América!... tierra de las grandes desilusiones, donde el ignorante oscuro, cuanto más ignorante, triunfa, y donde el de cuna ilustre y mejor educación, arrastra el grillete de la miseria!... exclamaba a veces, el pobre Maltrana... llamándose pingajo destrozado por los dientes voraces de la Fiera... la que para él era la Sociedad... y cuyos dientes, los formaban esos ricos de fortuna, tanto más potentes y dominadores, cuanto más ignorantes eran; esos, que poblaban ahora la América como emigrantes enriquecidos hoy, o como hijos herederos de los emigrantes de otra edad...





## Ño Clotildo

---

¿Y dices, que aún nos falta mucho para llegar?...  
Muy cerca de tres horas, de buen galopiar, mi patrón.

¿Pues a dónde está metido ese maldito fundo... hombre?...

Allá muy lejazos... pasaita aquella loma... no más...

Diantre, y con este sol que me fríe los sesos...

Si lo hubiera sabido, lo hubiésemos dejado para el caer de la tarde.

Lo que siento es la séd que me devora... Y no se vé un arroyo por estos sitios.

¿No habrá un rancho, en donde tomar un trago, y descansar hasta que baje el sol?

En caa de Ño Clotildo, hay un chacolo bien re-quetegüenazo, con que remojar el gargüero, mi patrón.

Vamos, vamos aprisa, guía.

Con tal de que no esté eso, también muy lejos.

No mi patrón... en esa hondoná no más... Cerquita.. Que casualiá, por ese atajo, vá en dirección de su rancho, el viejaño.

Y Jorge espoleando su cabalgadura con cierta rabia, seguido del huasito que lo acompañaba, continuó su marcha por ese camino polvoriento, abierto entre unos campos calvos de toda planta, y resquemados por un sol canicular de primeros días de Enero, que volcaba todo un brasero de fuego en completa ebullición, a esas horas del medío día.

Al subir una cuestecita, los viajeros se tropezaron con un viejecito; que a caballo en un mulato, descendía al camino, por un sendero cortado.

Se apartó a un lado, para que pasaran los galopadores, pero al reconocer a Filidor, se le puso al paso, y le preguntó.

¿A donde bueno Guayna?...

Hacia su rancho taitita, las envelamos... el caballero quiere beber un tragucho y escansar un rato, pus la solanera errite los cascos...

Al oirlo Jorge, volvió la cabeza, y miró al viejo.

Güen dar mi patroncito... son requetemuchazos los calores que están hiciendo. Solo por mucha necesidad, se pue andar a estas horas, por estos pagos.

Y pronto la montura del viejo se puso a la par, y a veces casi se adelantaba a los viajeros.

A Jorge le gustó el arresto del viejo... pues a su edad, mantenía el galope unas veces, y otras ponía al trote a su caballejo flaco pero resistente, como es el caballo chileno, por tanto tiempo como lo podía

hacer el más joven, y intrigado terció de esta manera, conversación con el abuelo.

¿Que hubo amigo, tendrá un trago fresco y sombra en su rancho?

Ande no más unos pasos mi patrón, y no solo un buen trago, sino que cabuseará si gusta de lo lindo, pús para eso, mi Rosario, ni pinta, de lo que saben preparar sus manos.

Rióse Jorge, y en dirección al rancho cercano, siguió al viejo, que ya les había ganado la delantera por un buen palmo.

Junto al varal de la puerta, echó pie a tierra, y mientras el mozo ponía a la sombra los caballos, bajo el magnífico emparrado que ofrecía una sombra fresca, el buen viejo, unas sillas y una mesa de bambú, ya les había preparado.

¿Qué va a ser, mi patrón?...

Exclamó una hermosa joven, que delante de él, saliendo de el rancho, mirándolo se le había quedado.

Jorge alzó la cabeza, y por largo rato quedóse mirando a la moza, hasta que al fin, la dijo.

Caramba, no sabía yo que por estos pagos se criaban tales rosas, que causan desmayo... Traígame mi preciosura, ante todo, un fresco trago... y despues hablaremos... Oiga bonita, dígale a su padre que me acompañe un rato, pues no está bien que un forastero, beba solo, sin nadie que lo acompañe...

Y mientras la chiquilla avispada se entró al rancho, el mozo que venía de arreglar los caballos, y que todo lo había escuchado, se le quedó mirando sonriente y malicioso.

¿Oye muchacho?... esa chica es buen bocado... ¿es hija del viejo?... ¿Que nó se ha casado?...

Y antes de que respondiera, ya había salido el viejaño, el que quitándose el poncho, y a Jorge acercándose, despues de sentarse a su lado, entre risueño y serio fué él, quien contestó, exclamando.

No todo mi patroncito ha de ser calor por estos laos, verá como tambien le sabe a gloria el trago de sangría con chacolí y laranja, que refresca al que está asao.

Y no había terminado la frase, cuando ya sobre la mesa, la moza había colocado un potrillo lleno de vino fresco y rodajas de naranja. que rebosaban por el vaso.

¿Que hay Ño Clotildo, y usted no bebe conmigo un trago?... pásele buena moza al amigo, y tambien a ese niñazo, otros vasos vengan.

Y esperó Jorge un poco rato, y cuando ya los tres a beber se disponían, él, con la chica encarándose, la dijo.

¿Y usted niña, no nos acompaña?... vaya, no me deje feo... no me haga asco, tráigase tambien para usted otro vaso...

Y la chica, mirando al viejo, pronto volvió con otro vaso.

Salud, por las buenas mozas... Asi me sabrá mas bueno este trago...

Todos bebieron, salud contestando.

La muchacha para adentro se entró al rancho, y Jorje mirando al viejo le dijo.

Hay que cuidarla amigo... su hija es un regalo... ¿Ya tendra novio?...

Y el viejo mirando hacia adentro, con frases entrecortadas, contestó.

Es para estos viejos... patroneito... el mejor encanto... Quiera la Virgen del Carmen, que tarde abandone el rancho... Porque aunque nosotros, hijos no hayamos tenido, como a una hija la hemos criado.

¿Que, acaso es de algun su hermano?...

No... la chica fue un hallazgo... entre pañales en vuelta la encontré una mañana al abrir la puerta del rancho... jamas supe de quien era y ni quien asi la habia dejado... y con nosotros creció y como a una hija la hemos criado.

¡Que raro!... Y habeis hecho bien... ella os dará algun dia un buen pago...

Habiendo ya el sol un poco bajado, Jorje de nuevo montó a caballo, pagó y continuó la marcha hacia el fundo cercano.

Cuando ya se perdía de vista el rancho, volvió la cabeza atras, y vio que la moza a la puerta de su casa, se habia asomado.

Pasaron años, y al terminar de un verano, en la terraza del club, comentaban con su amigo Roberto como esos meses se les habian pasado, cuando al oírle que de su fundo habia él dia antes llegado, y varias peripecias el uno al otro se iban contando, de pronto, entre los recuerdos, Jorje preguntó a su amigo.

¿Oye chico. Se casó la chiquilla de Ño Clotildo?... caramba que era buen bocado Ja... ja... Jorje cuando la quieras la tienes a mano.

¿Que dices hombre?... Explicate... sacame de la duda y del pantano...

Ah... es cierto... que no te he contado .. Lo de siempre hombre... El verano pasado, fué a un fundo cercano una familia de Santiago... con ellos iba Salustiano... ¿Te acuerdas?... si, hace poco que a Paris se ha marchado... Pues bien, él salia todos los dias por alli a caballó... conoció a la mocita, la cortejó y al fin se enamoraron... es decir, ella de él pues él solo queria pasar un rato... el resultado fué que la muchacha huyó de su rancho una noche, y con él se vino a Santiago... vivieron juntos pero escondidos hasta que él se marchó... y ahora ella parece que se metió, al verse sola y sin un cuarto, en casa non santa, es ahora fruta de mercado... noches pasadas la ví, está mas bonita que cuando era flor del campo... vale... vale la pena verla un rato...

Jorje quedó triste y pensando, y por último exclamó... ¿Y el viejo?... ¡Pobre Ño Clotildo!... de verdad que no era ese su pago... De pena murió la vieja... y el... el pobre hombre, arrastra su pena siempre metido en su rancho... pero si vieras... no la olvida... y dice aun; que si volviera, él la recibiria, y para ella seria cuanto tiene... ¡Pobre huaso...

---

Esto está como siempre, ahora recuerdo, aunque hace tantos años que por estos sitios no vengo.

Asi le decia Jorje a un huaso que lo acompañaba a su lado, galopando en direccion al antiguo fundo de su amigo, que él, por una de esas vueltas de la fortuna, ahora le ha comprado.

Si, aqui fue... ¿Oye? no es ese de Ño Clotildo, su rancho...

El mismo patroncito...

Y Jorje acercando su caballo, junto a la vara como la otra vez, echó a tierra el paso, del caballo apeandose, y cuando ya iba a entrar al rancho, a su encuentro salió un viejo apergaminado, que apoyaba su cuerpo encorvado, sobre un bastón, grueso como báculo.

¡Ño Clotildo!... ¡como le va amigo!... Aqui vengo despues de tantos años a visitarlo...

Y el viejo, después de un rato mirarlo como atontado, contestó.

¡Tantos años!... ¡tantos!... aqui está el viejo Ño Clotildo... pero se muere a pedazos; mi patroncito... entre y descansará un rato...

Y Jorje entró, se sentó un rato, y mientras le preparaban un trago, sobre esa habitacion hechó un vistazo.

Allá, de la oscuridad del rincon mas lejano, salian unas toses como desgarros, y alguien, se quejaba como de dolor aquejado.

Se acercó el viejo, en su mano llevaba el vaso temblando, y mientras Jorje bebia, se oía el ronco desgarrro.

¿Que Ño Clotildo, tiene enfermos en el rancho?...

Si, mi patroncito, es mi pobrecita niña... que se muere... es mi Rosario.

Entónces Jorje, se dió una palmada en la frente, y el viejo se le quedó mirando, mas al fin se resolvió, y fué preguntandole...

¿Como, es aquella niña tan hermosa... aquella, os

acordais, que me sirvió el vaso?... ¿Y de qué está enferma... es de catarro?... ¿quereis que la vea, yo soy médico, puedo para que le deis algo, recetaros?...

¿Sois médico, señor?... Venid a verla... aunque muchos médicos de Santiago ya la han desahuciado... que no tiene remedio... que la tisis la ha destrozado...

Y al claror de una vela que encendió el viejo temblando... Jorge vió en una cama, en el fondo, acostada, mas que a una mujer, a un esqueleto amarillento y huesoso; apenas si en los pomulos muy rojos, habia de sangre un gramo...

Los ojos hundidos, el rostro demacrado, el pelo, lacio por el sudor de la agonía, a la frente estaba pegado.

Al incorporarse un poco para dar a los accesos de horrible y cabernosa tos paso, vió Jorge con espanto que de esa belleza que la enfermedad habia destrozado no quedaba nada, ni un recuerdo vago.

Ella al mirarlo a la luz de la vela, fijó sus ojos en él, asombrados, mas de repente se dejó caer, y se cubrió con los harapos la cara, como si recordara, y se hubiera ruborizado.

El, volviose al viejo que lo miraba ansioso y asustado, y moviendo la cabeza le consoló, porque ya no habia remedio, estando en ese estado.

Y montó de nuevo a caballo, y despidiendose del buen viejo, se fué hacia el fundo alejandose, mientras pensaba con pena en esa tragedia que a una victima iba matando.

El mozo que lo acompañaba, al verlo tan cabizbajo se atrevió a decirle.

¿Que le parece patrón, como se muere Rosario?... el viejo fué a por ella y la trajo de Santiago, a donde estaba metida en una casa, de pecado, cuando supo que se moria y al hospital la habian de llevar aunque todos le dijimos la dejase, ya que ella tan mal le habia pagado, y que, que le importaba, si no era su hija, y a la vieja de pena y de verguenza la habia matado; él, con todos se peleó y a todos nos llamó malvados, y se empeñó, la sacó del Hospital, y la trajo a su rancho.

¡Lo que somos patroncito?... esa chica era la moza mas bonita, y le sobraban los hombres a puñados... era hermosa, blanca como la leche, colorada, gorda, alta y de talle graneado, apenas si tenia cuando huyó con aquel futre, unos diez y seis años... dicen que él, la abandonó, y despues ella, cuando aqui a todos los guainas habia despreciado hasta a los mas ricos, se entregó a todos, por el pecado!...

¡Pobre viejo, desde que se le fué la chiquilla, ya no hubo para él bueno, un rato!... antes, aunque viejo, era quien manejaba mejor el caballo, y jamas del varal otros mozos robustos nunca pudieron sacarlo, y cuando con su niña en las remoliendas del santo, bailaba una cueca, no habia quien le quitara el trago, cuando muchos pedian cansados, aro, él dale que dale, con que te la ago y te la pago!... ¡Pobre Ño Clotildo, en los rodeos, hasta ese entonces, no habia quien le mojara el pavo, requetegüenazo para los combos si ello venia a mano!... pero dende que la niñaza se alzó el trapo y murió la vieja, él, el pobre se está marchando... en su niña tenia los

ojos puestos. ¡Pobre taitita, el mas bueno de los huasos!...

A la mañana bien temprano, á Jorje ese huaso, vino a anunciarle, que la noche anterior se habia muerto la Rosario, y Ño Clotildo de pena, se habia puesto loco y guapo, y habia prendio fuego al rancho, y con el se habia abrasado, pues como no queria a nadie, y vivia lejos, nadie supo nada, y pudo ampararlo; hasta que de dia los escombros encontraron, y los cuerpos del viejo y de la tísica, enteramente carbonizados...

¡Para que queria el su vida y su único tesoro el rancho, si la muerte se llevó a su vieja y la desgracia le mató a su Rosario!

Por eso prendió fuego con él quiso que todo terminara, y así la memoria heroica de amor pagano, quedaria de Ño Clotildo entre los huesos.



## En la Trinchera

Já... já... que gracia... ¿Sabéis?... La señorita vá esta noche con su escuadrón de avanzada, y como jefe de retén... já... já... pobrecillo, que sustos va a pasar.

Y el rudo oficial, entró riéndose estrepitosamente, a la tienda, en donde se hallaban reunidos no pocos oficiales de las diversas armas de la división del ejército en campaña que allí vivaqueaba frente a la ciudad del enemigo, a quien sitiaba. ¡Hombre, no lo creas tan poca cosa, aunque es un niño!... repuso otro.

Y bien niño... já... já... figúrate, que yo lo hé visto anoche rezando el rosario, y me parece que esta mañana cuando se lavó, llevaba al cuello pendiente de una de cadena, además de un medallón, una medalla de oro, uno de esos fetiches de que usan y abusan los Romanos... claro, el condesito Gonzalo, aún echa de menos las caricias maternas de la Duquesa su madre, el confort del hogar señorial, la vi-

da patriarcal de su palacio, se acuerda de cuando era alumno de los Jesuitas, antes, de entrar en la Academia...

Lo que yo te sé decir es, que el muchacho es muy inteligente y estudioso, como que de su promoción era el más niño, y salió de oficial antes que muchos más antiguos y grandullones, que repetían los cursos... ya vés, apenas tiene veinte años... pudo muy bien quedar agregado al cuartel general, y sin embargo, él, me consta, que pidió ser incorporado a un escuadrón...

Natural mi amigo, que adelantará una promoción con sus influencias y siendo sobrino del general... es joven, bonito, noble, y tiene por parientes cercanos a los más altos jefes del ejército... hay que cubrir las apariencias, y los ascensos y las cruces militares, bien pronto serán la recompensa del valiente protegido... pero te aseguro, que a estas horas, estará de rodillas en un rincón de su tienda, rogando a Dios, que lo saque con bien de esta aventura... ¡pobre muchacho!... já... já... no debiera haber salido de la Corte... allí los tiros están largos.....

Caballero oficial, el Conde Gonzalo, subteniente del primer escuadrón de los Dragones de Alcántara, le probará a usted, que en un cuerpo niño cabe un corazón de guerrero, y que tan bien como su honor de militar le obliga a usted a cumplir ante el enemigo, así tan bien cumplirá él segundo teniente que le habla... dijo al que hablaba en el corro de oficiales, un alférez de caballería, que acababa de entrar; no sin antes permanecer a la puerta de la tienda un largo rato, escuchando de lo que de él decían.

El nuevo personaje era casi un niño, y con razón lo llamaban la señorita; pues su cuerpo era fino, delgado, alto y nervioso; su rostro era blanco y sonrosado ligeramente; sus ojos azules, de pestañas rubias; su cabello ensortijado y de color oro pálido; un pequenísimo bozo amarilleaba sobre sus labios rojos; sus manos eran finas y blancas, de uñas rosadas; vestía su uniforme de campaña con gentil elegancia; su habla era tranquila pero enérgica, y la mirada firme pero no provocativa; bebía con sobriedad, y fumaba cigarrillos muy suaves; más que de jaranas locas, le agradaba leer un libro a la puerta de su tienda, los escasos momentos libres, en esa campaña, que para él se iniciaba apenas.

De aristocrática familia, hijo de un general ya muerto, y sobrino de otro que tenía mando en activo, quizás el más joven de los oficiales del ejército en campaña, si tenía amigos, no le faltaban envidiosos que como el anterior, dudasen de las cualidades del mancebo.

Él lo sabía, y cuando alguien le advertía lo que de él murmuraban algunos, solo sonreía y contestaba con mesura... ¡Ya se desengañarán, si quieren!... No sabía yo, que para ser un buen militar, era preciso ser un envilecido y grosero, mal oliente, brusco y altanero... Yo creo que solo sobra y basta con amar a su patria, y no olvidar que la vida de uno, se debe al honor de su bandera; lo demás, el talento y el corazón deben hacerlo en la batalla, en donde se debe ser duro hasta vencer al enemigo, pero caballero y humanitario con el vencido... con ese le-

ma, vengo a cumplir como bueno, sin alarde ni palabrerías tontas, que nada valen en la lucha.....

Bravo, Teniente Gonzalo... bien dicho... el que se rece el rosario y se lleve al pecho una medalla o un escapulario, eso no quita, para que en la batalla se cumpla como un bravo... ¿Acaso los tercios de Flandes, nuestros heroicos conquistadores de América, los que para la patria conquistaron en todo el mundo tantos lauros, no vencieron con su espada al grito, de ¡A ellos, Santiago y cierra España! y en sus banderas gloriosas, no llevaban una imagen santa?... Así me gusta... amigo, que no seais hipócrita ni falso, porque el que tiene temor de que lo vean rezando, es porque es un cobarde; cada uno debe respetar los sentimientos de los demás..... lo cortés no quita lo valiente... ¿Verdad muchachos?...

¡Hurra, bebamos una copa por el teniente Gonzalo... que esta noche en la avanzada no olvide que descende de bravos, y mañana cuando vayamos al asalto, él sea uno de los primeros, en vencer al sitiado!.....

Y todos aquellos soldados, buenos muchachos, bromeaban con sus vidas como si fuese con dados, y al alzar sus copas para brindar por el recién llegado, el que antes, de Gonzalo tan mal se había expresado, adelantando un paso, díjole: No me guardes rencor muchacho, entre camaradas se puede uno en broma hacer todo el daño, pero te aseguro, que si en peligro te veo mañana en el asalto, seré el primero en prestarte la ayuda de mi brazo!... Todos se miraron, y bebiendo alegres, riendo acabaron.....

Ya no eran los disparos aislados de la noche anterior, ni los rubios fregonazos que entre la oscuridad salían culebreando. No. Ahora el estruendo horrísono de la gruesa artillería de sitio, y las granadas y skrapuels volando por el aire, y estallando sobre las murallas y trincheras que hacen saltar en pedazos, desgarran el horizonte, y hacen nacer la luz más aprisa, para que ilumine el espacio.

Una lluvia copiosa de proyectiles zumba en el aire, y arranca gemidos de dolor a los heridos; voces de mando, miles de cornetas tocando, las montañas repiqueteando entre sus hondonadas el ronco reventar de las granadas; miles y miles de hombres que corren al asalto como un huracán que descarga sus hinchazones sobre las derruidas murallas; esto se repite sin intermitencia, durante horas y horas; por los valles y cañadas y por los cerros bajando, en los ríos vadeando, todos a la cita con la muerte acuden con presteza, y sin el que menor retardo; y cuando una fila cae como trigo segado, ya en ese sitio otra y otra se levanta, como si eso fuera un encanto; pues también en el horror hay no poca hermosura y grandeza, y sobre todo, en un caso como este, de un ferroz asalto.

Allá, sobre las murallas y las trincheras, en lo alto, desde las torres que sus cúpulas clavau en el azul espacio, desde las casas, en sus tejados, en los fuertes y altozanos, cuales épicas figuras, luchan los bravos, rechazando al invasor que los está asaltando. Pero pobres defensores, ya muchos de sus cañones están silenciados; las brechas abiertas, son venas rotas por la que su vida se escapa a medida,

que por ellas viene el enemigo ya entrando; los cuerpos invasores, de muchas calles y plazas se han ya adueñado; y desde allí, adelantan sus cañones para ametrallarlos, si antes no se rinden, a los que libraron el feliz asalto.

Antes eran los soldados, en las murallas y reducidos, en los fosos y trincheras, en los cubos de las ya derruidas fortalezas, pero ahora es el aldeano, el obrero, el empleado, todo hombre joven o viejo si está sano, el que lucha con desnudo, y desde sus casas, subidos en el tejado, maltratan al invasor, y no dudan en rechazarlo. Feroz es la lucha, más que lo fué la otra, la de el vencido soldado, que huyó a campo atravesado, antes que rendirse, pero a quien la caballería persigue hasta dejarlo aniquilado, y entre muertos, heridos y prisioneros, ese ejército defensor huido, ha quedado por completo destrozado.

Cada casa es un fuerte, cada calle y cada plaza es un terreno enemigo que a punta de espada y fuego hay que conquistar; allí el hombre es una fiera, y la mujer un reto que lo anima briosa para que el enemigo no pueda acobardarlo, da horror el contemplar este cuadro; pues entre las llamas de los reducidos por los proyectiles quemados, asoman como unas furias, sus armas disparando, esos hombres que defienden su ciudad, aún, palmo a palmo; a torrentes va la sangre por las calles con rojos tintes manchando; entre montones de cadáveres, los invasores vivos van saltando, y sobre los heridos que caen, cruzan los vivos disparando; las puertas caen a culatazos, y por las ventanas cual si fuesen pingajos, caen muchos humanos cuerpos sangrando; las campanas

tocan a arrebató, los cañones siguen roncando, clarines por doquier tocan llamada al asalto; el rodar de la artillería sobre el empedrado acalla los lamentos de los que mueren gritando; el sol se oscurece con el humo de los fognazos, y cuando ya cierra la noche, se termina por fin el asalto, quedando los invasores, dueños, a costa de mucha sangre, de ese pueblo, con tantas vidas ganado.

Por una y otra parte, hazañas heroicas se han librado; pues si los invasores su fin alcanzaron, ello no fué, sino a costa, de todo un día peleando, y si vencidos los ciudadanos, quedaron, tampoco lo fué, sino porque con auxilio extraño, ellos, no contaron, y solos, con excasa guarnición, en la demanda entraron.

Un grueso grupo de enemigos que entre el sitiador se abre paso arrolla a una compañía, en su fuga, y de su furiosa venganza la hace pasto; en valde esta se defiende haciendo el cuadro; es mucho el número, y ellos de los demás combatientes imprudentemente se han alejado, las filas ralean y el cerco se va estrechando, el oficial que manda el cuadro, herido apenas sostiene la bandera en sus manos, de coraje llora, porque es un bravo, y ve que el va a ser presa para su vergüenza, de un enemigo derrotado.

Entre sus ojos, por la sangre de sus heridas nublados, de repente ve, que cual un alud de un cerro desplomado, un grupo de caballos, se precipita cerca de él, dando terribles sablazos, y ya se cree perdido, pues es caballería enemiga sin duda que viene a acabar de destrozarlo.

Se restriega sus ojos, arranca de ellos la sangre

que se ha coagulado, y con asombro suyo, ve al enemigo mermado, que lo abandona y huye enteramente derrotado, perseguido por esos caballos, que tras de un muy corto rato, vencieron al sitiador, y libertaron al sitiado.

Entonces, entre sus muertos y heridos saltando se da cuenta de que su bandera se la han llevado, y avergonzado lleno de rabia, quiere volver contra su espada, pues se halla deshonrado; pero en el mismo instante, un jinete de otros acompañado, se le acerca, y gritándole muy ufano le dice: Capitán Fernando, no os desesperéis, tomad vuestra bandera, esos pícaros os la habían arrancado, aquí la teneis, y también esta que era la de ellos, y que yo les he quitado, os defendisteis como un león, y si yo al veros apremiado no cargo con mi escuadrón, os hubiesen aprisionado, pero estais salvo!... A ver una ambulancia, que el capitán se ha desmayado... y lo colocaron en la camilla, y con otros heridos al hospital fué llevado, sirviéndole de escolta el escuadrón de Gonzalo, a quien el general en jefe en el parte del día, apellidó como un bravo, pues rescató una bandera, y al enemigo la suya le había quitado.

Días después, estando en el casino de oficiales del vivac, con otros muchos Gonzalo, entró ya restablecido de sus heridas el capitán Fernando, que a su batallón entonces se había incorporado, y al ver al teniente, a ese, a la señorita de quien él tanto antes se había mofado, corrió con los brazos abiertos hacía él, llorando el pobre veterano, y entre sollozos abrazándolo, delante de todos le decía; perdonadme amigo Gonzalo, no sólo mis amigos, este oficial fué un

bravo, sino que me salvó la honra, porque estando herido y acorralado, la bandera el enemigo me había quitado, y el la recuperó, y además la suya en la huida le dejó en sus manos; le debo la vida y mi honor de soldado... Desde ahora Gonzalo, seré con vos, cuando el rosario de vuestra madre vayais rezando, ya no sereis la señorita, sino que nuestro soldado más bravo...

Tambien con el lloraba Gonzalo, diciendo acongojado... ¡Picara guerra, que nos obliga a los buenos a ser tan malos!... Lloro este hombre como todos lloramos, al vernos en fieras transformados, matando a quienes no conocimos, y por lo tanto á los que jamás nos hicieron daño; que se defiendan, es justo, como nosotros por una obligacion, unas veces nos defendemos, y otras en mala hora atacamos... Por eso yo ruego a Dios, cuando rezo, que nos perdone el mal que sin quererlo nosotros a veces hacemos... y aun no terminaba la frase, cuando ya la corneta tocaba a arrebato, y de nuevo a la trinchera volvieron los bravos, a pelear dia y noche sin descanso, matando a otros, hasta morir matando; olvidando todo hombre, el que las madres lloran y maldicen a los que a sus hijos, estan asesinando.

Asi es la guerra, los corazones buenos dejan de ser blandos, y tanto mas ama la patria a sus hijos, y en su historia gloriosa los va adorando, cuanto mas cruel fué en la lucha horrenda, y a mas enemigos, una vida preciosa ha quitado.

Por eso el niño se hace hombre, y el hombre es solo una fiera, en la guerra peleando, y se olvida toda educacion, ante el cañon que está bramando.





## Caperucita Azul

---

¿Te has divertido mucho hija mía?...

Mucho mamaita mía....

Y la hermosa bebé, tendió sus bracitos de muñeca regalona, al cuello de la bella señora, saltando como un pajarillo en torno suyo.

La dama miraba complaciente a su hija, y sonreía de gusto, al verla tan contenta agregándole.

Eras la reinita de la fiesta... ¡y cuidado que había niños bonitos!... Como es temprano todavía, si te parece, iremos a dar una vuelta por el Buen Retiro, así veremos el Corso Blanco, y después tomaremos el tranvía de Alcalá, y a casita, pues como tu papá no ha llegado aun de su viaje, no conviene que de noche salgamos solas, en estos días de locura carnavalesca... Vamos, así lucirás tu traje... Y después de dejar a sus espaldas el teatro del Príncipe, atravesaron el paseo de Recoletos, el Prado y la Castellana,

amigo de casa, que no nos hace daño... anda, vete a jugar con esos niños, mientras yo aquí sentada con este caballero converso y te aguardo.

Entonces la mocita, colmó de besos a su madre, y tomó los regalos con cierto cuidado y un poco desganada, mirando recelosa al enmascarado; a jugar con los otros niños se fué, andando con paso tímido y pausado.

¿Qué te propones de mí, Armando?... Olvidas que soy casada, y que estás de esta manera de mi debilidad abusando... Me vas a obligar a que a mi esposo cuente lo que pasa, y él te arme un escándalo. Yo morí para tí desde el día que me he casado... Me debo a mi hija, y al hogar que es lo más sagrado... Y te ruego por favor, no vuelvas otra vez a fastidiarme... Aquello fué una locura que bien caro he pagado... Y no es justo lo que haces...

Siempre Amelia dices lo mismo... Es una lección que de memoria te sabes... También eras casada, y tu hija nacida estaba, aquel día... Te acuerdas... De tí depende la prudencia... Ya ves, nadie sabrá con quien hablas... Fuistes mi primer amor, y por una quimera tuya, me dejastes... quimera que bien cara pagas, como me decías antes... Para que finjes cuando bien claro me has dicho no eres feliz en tu matrimonio... tu esposo, anda siempre viajando, y contigo jamas sale... No te hagas ahora la santa... cuando tantas veces has pecado... Tu corazón me pertenece... aunque con otro te has desposado... ¿Sabes acaso, si esa niña... No es fruto de nuestro pecado?...

Así, al oído, muy bajito, decía el Pierrot enmascarado, a la dama que triste, medrosa y cabizbaja lo estaba escuchando.

Pero hombre del Diablo, como te se ocurre comprometerme así en la calle, ante todos los que pueden mirarnos..... Me tienes encadenada como a un esclavo, me faltan las fuerzas para romper tus lazos: Pero por piedad, guarda las apariencias... anda con mucho cuidado... me acongojas y horripilas con estos arrebatos, que comprometen mi honor, y que pueden hacer un hogar desgraciado..... Por piedad, retírate, puede mi hija escucharnos... replícale la dama al hombre enmascarado.

Me voy Amelia, pero con una condición... Que esta noche, después de las diez..... y en el oído de la dama, espiró el último bocablo.

¡Imposible!... no puedo Armando... en valde ella le contestó con semblante fatigado, suplicante, pero tímida, con hablar entrecortado, pues a una nueva frase que él resbaló a su lado... dobló la cabeza, le estrechó la mano, y con sus ojos más que con los labios, asintió a lo que él la había mandado.

Y se retiró el Pierrot, siempre riendo, siempre cascaveleando.....

La niña que movida a curiosidad, todo desde un árbol que había junto del banco lo estuvo escuchando, al ver alejarse a la máscara, y a su madre que parecía estar llorando, murmuró para sí... Que será lo que ese hombre a mi madre ha ordenado... Quién será él, para que así a ella la haya mandado... y esta noche... si, a las diez... ha dicho... me dormiré con cuidado... y corriendo y saltando, llegó hacia

su madre, la que al verla venir, de pronto se rió, y se fué serenando, y juntas de las manos echaron a andar hacia el Prado, mientras la niña a su madre decía jugueteando... Se fué el Pierrot... y no dijo nada... habrá ingrato... Es amigo de papá..... Jesús que miedo yo tenía al principio; creía que era un ladrón disfrazado... y la señora reía con deajo muy forzado, diciéndola... Es facil en estos días que anden sueltos los malvados, por eso no lo conocí, pero es un buen amigo... En fin, vamos a tomar el tranvía, que ya de noche va estando... y se alejaron Alcalá arriba, hacia su casa, en donde la sirviente ya las estaba con la cena aguardando.

Mucho le chocó a la niña que su madre apenas comiera, y que tras de algún rato, dijera que estaba cansada, que se fuera a acostar, porque ella tenía que escribir al papá, a ver si llegaba, y cuando.

Dióle un beso y un abrazo muy apretado, y se fué a su alcobita, se acostó y se quedó dormida pensando en lo que se había divertido en el baile infantil del teatro.

La orquesta escondida entre flores en un palco, preludiaba los valeses y las piezas más en boga cuando ella iba entrando; otros niños y niñas como ella, tambien preciosamente adornados, con trajes de fantasía, de un pueril reinado; al principio la miraron como a extraña, pero despues muchos se le fueron acercando; unos eran toreros, otros de estudiantes disfrazados, no faltaban los guerreros, los príncipes y artesanos, y entre las reinas y princesas, entre las manolas y campesinas, a cuales todas más bonitas y hermosas, ella, como una cenicienta,

de seda con su caperucita azul cubriendo el oro de su cabeza, todos la llamaron mi más bonita reina, y dulces y juguetes, los más hermosos, le ofrecieron sus parejas...

No hubiera querido que jamás se acabase esa fiesta, y cuando terminó la matinée, de allí salió con mucha pena... Se estaba tan bien, soñando con esa belleza.....

Pero en fin, se consolaba, porque con su mamá fue a pasear, y también con ella estaba contenta, hasta que entre su felicidad se interpuso la máscara aquella, que echó a perderlo todo, y que a su madre la dió pena..... ¡Que fastidio ese hombre!... ¿Por qué vendría cerca de ellas?... No le gustó, aunque tantos regalos la hiciera... y sobre todo . . . ¿Qué sería eso de las diez de la noche, y que su madre no quería?... ¡Porqué no estaría mi papá cerca.....

Y suspirando, entre murmullos, se acostó y durmió la hermosa nena.

De repente se despierta asustada..... ha oído ruido muy cerca... algo como rumores de gente que en silencio barbotea... que habla muy bajo... que ríe, y hasta solloza, y a veces pelea...

Se levanta de la cama, y a oscuras tentando por las paredes, hacia donde se oye la charla aquella, ella temblando, se acerca.

Tras la cortina de seda de la alcoba de su madre, se queda en pié, y saltándole el corazoncito escuchando con honda pena.

Al principio no entiende bien, pero le parece que alguien se queja; después, oye algo así como besos

y una voz que muy bajo dice... No me martirices más, huye para siempre, aléjate, antes que mi vida perezca... Ten piedad, solo por esa inocente... Pues si yo me matara, que sería de ella...

Horror, era de su madre la voz aquella, y un eco ronco le responde, si, es él, el de la máscara aquella de esa tarde, que la dice.

— Huyamos... ¿hasta cuando ocultas tu pena?... esa niña será mía, como lo es tuya... no temas... la haré feliz... nos marcharemos muy lejos... ¿Si te parece a América?... cuando tu marido venga... será tarde, no nos podrá seguir, y jamás sabrá quien fué tu pareja... ¡Anda, decidete... huyamos!.....

Y entre besos y gemidos, cesó un rato la conversación esa...

No pudo más la pequeña, y llorando acongojada, en la oscuridad no vió y tropezó con una mesa, haciendo no poco ruido, que asustó a la pareja, la que medrosa se puso en guardia, y por largo rato permaneció suspensa.

Clareaba ya el día, cuando a la cama de la señora, corriendo y dando gritos llegó su doncella; la que solo entre dientes alcanzaba a decir: ¡Señora, pronto, Laurita está muerta!.....

Como loca la madre corrió hacia su hija a verla, y la encontró desmayada, y en la frente una herida, al caer hecha.

Larga fué la enfermedad de la criatura aquella, y no pocas veces a la madre en duros aprietos puso, pues en su delirio, soñaba con la máscara de la tarde aquella, y dirigiéndose a su padre que la velaba

muy cerca, le decía asustada: ¡Papá, echa, si, echa a ese Pierrot, que me quiere robar a mi madre bella, Mirálo, ya se la lleva muy lejos, si a América... Má-talo, papá, pues nos roba a mamá y a mí, me deja huérfana...

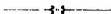
Ya convaleciente la niña, una tarde a solas con su madre, echándola los brazos al cuello, mimosa la dijo... ¡Mamá te acuerdas de la máscara aquella!..... Que miedo, quería llevarte con él... Era un ladrón... mamá... razón tenía yo para temerlo... Ahora papá dice que ya no se irá nunca más... que alegría, ahora estoy buena, pues me asustaba mucho esa careta... Y estando papá en casa, y con nosotros ¿Verdad mamá, que ya no vendrá a llevarte ese Pierrot y tú no me dejarás huérfana?... Para otra vez, iré con papá y contigo al baile, para no encontrarnos con máscaras, como esa...

Y al entrar su padre, la niña lo tomaba de la mano, y juntándolo a su madre le decía: ¡mira papá, estate con nosotras, pues si no, viene aquella máscara que se quería robar a mamá!... así tú, ¿verdad, le arrancarás la careta?...

Y el caballero riendo la contestaba... ¡Estate tranquila, hija mía, que estoy a tu lado; solo en carnaval, no es cuando los pillos usan careta, ahora, veremos si vuelve la máscara aquella, que venga por tu madre!... y veras como ella lo aleja, porque jamás querrá la buena madre, dejar a su caperucita azul, huérfana... y la besaba riendo, y la madre se aferraba a su muñeca, pues ese angel bueno de su hija, la dió valor para arrojar muy lejos, al ladrón de la honra de ella, y desde entonces fué esposa

buena, y madre tierna, la que hasta entonces, no se había quitado por falta de valor, la careta.

¡Cuantas como esta madre, no tienen valor en la sociedad en que viven, para ser madres buenas, y para vivir con sus esposos, tales como son, y no tenerlos engañados con el disfraz de una traidora careta que solo los hijos quitan, amparando con su inocente y santo amor a una mujer maldita.





## ¡Murió Soñando!...

---

¿Creeis vosotros que vendrá?...

¿Quien?...

Ella...

Y todos los amigos de Javier, nos miramos con esas miradas interrogadoras que son todo un poema de elocuencia, y que dicen mas, pero mucho mas que las palabras mas finas y espirituales, pues son toda una conversación del alma.

¡Ah!... ¿No la conoceis?...

Y el pobre soñador... el poeta de la vida, hundió su cabeza, sobre su pecho flacido, y se quedó pensativo, triste, como un sauce que inclina sus ramas de altivez en señal de palida melancolia; como una palmera, rendida al peso del infortunio, y de las tempestades de la contrariedad de la vida amarga, todo desengaño, todo desilusión, todo torpe avaricia, y en cuya vida no pueden vivir las almas altivas y

dignas, que repugnan el lódo, en donde se revuelca el egoismo humano y la hipocresia dura de corazon, molde hoy, en el que se vacia el moderno vivir.

En ese momento sublime de creacion heroica, apenas comprensible para las almas delicadas, un rayo de sol, asomando su faz risueña de chiquillo travieso por entre nubes de amaranto y amatista, colores de la agonía, vino a posar sobre la frente sudurosa y helada del poeta, que se iba a rejiones mas dignas de contemplacion, un nimbo santifical de gloria pura, de esencia deifica, haciendo que su rostro palido y marfilino como hampo de nieve nacida en cuna de nubes. y todavia no mancillada con el lodo de la tierra apareciese con la aureola de un martir, en su apoateosis de iluminacion espiritua-lísima.

Alzó al fin, tras de un corto rato, su cara, y mirandonos con una sonrisa apacible de santo, de padre todo induljencia, como un lamento dulce de paloma herida, nos dijo.

¡Perdonad!... ¡Crei que vosotros pensabais tambien en ella, al ver a vuestro pobre amigo!... Si, este que os dejara muy pronto, para ir al viaje eterno, del que no se vuelve...

¡Es tan bella ella!... Que yo creo una profanacion, el no ál conocerla!... os enfadarios si os hablo de ella... No... mejor será que os la pinte... ¿Quereis? Y el pobre... nos miraba suplicante, como niño que inplora... Nos dió mucha pena, y temimos sobreviniera la temible crisis que podria poner fin a sus dias, que apagaria esa lámpara que ya agonizaba... si lo contrariabamos seria peor... por eso, todos los

alli reunidos, a una, como si se nos hubiera aleccionado; contestamos.

Si no te fatigas mucho... bueno... pero mira, primero tú, y deja todo a un lado.

Una sonrisa pálida, rasgó la comisura de sus labios exangues, creimos que su nariz se aguzaba más, que su barba negra como maraña de bosque sacudido por un bendabal, temblaba; que podriamos ser expectadores de la gran tragedia... pero no, su rostro adquirió tonos de enerjia, sus ojos apagados y con ojeras sombrías como si fuesen sombras tenebrosas de bosques en noche oscura, de repente se iluminaron con destellos de astro en creciente; una corriente de vida roja, se estremeció por todo ese cuerpo débil y en ruinas, que la ingratitud de los suyos y los desengaños de todos, habian minado, hasta ponerlo en estado de aniquilamiento; y tomando en sus manos pálidas cual dos tulipanes mustios, surcados por vetas azules, la pluma, escribió sobre la página abierta, del papel imaculado, al tiempo que nos recitaba, este cuadro de belleza ideal; todo un testamento de su alma, de soñador; digo mal, mas que escribir, este pintor del alma, de mano maestra, pintó a su modelo, a la que tenia fija en la retina de su corazon, a la gran vision, culpa de su desventura.

¿Veis. Nos dijo. Ese rayo jugueton de sol que se oculta allá por el Oriente? Pues el es un envidioso del oio, del cabello de mi amada, y creedmelo, él me lo ha confidenciado en estas horas de soledad, se vá despechado, por no poderla vencer, pues es su única rival ella y solo ella.

La nieve de los Andes, sabeis porque va desapareciendo de las altas cumbres, yo os lo diré, porque ella, en las noches, ha golpeado en mi ventana, y me lo ha contado. Es porque se ve humillada por la blancura lilial de mi ingrata.

Veis como el cielo ahora empieza a envolverse en las gasas negras de la noche, como si se disfrazase para ocultar al mundo las grandes picardias nocturnales. Es porque llora de tristeza, al ver que no puede su azul diafano, rivalizar, ni igualar al ensoñador azul de los ojos, de mi mas hermosa amada.

Bajad al jardin mis amigos, y vereis a la rosa de bengala, abatir su corola y mostrarse desdeñosa a los humedos besos del rocío; ella tan arrogante, sabeis porque se humilla y muere pues el céfiro chismoso que sube por las noches a mi alcoba, a contar al pobre enfermo poeta, cosas de otras edades, me lo comunicó por lo bajo, y al oído. La rosa purpurina, reina de los harenes Bindues, desde que vio a mi niña, no tiene aliento para alzar su frente soberana, porque las mejillas de mi nena, son mas frescas y encarnadas que la seda de sus petalos.

Los pajarillos, cuando vienen en las mañanas a darme los buenos dias, me dicen, ¡ah picarillo! a veces nos equivocamos pensando que los labios de tu amada, son granada fresca y apetitosa, abierta a nuestra sed de amor, y si miramos sus dientes, picoteamos en su marfil, creyendolos granos de trigo en leche, y la muy coqueta, se rie de nosotros, al ver nuestro engaño.

Veis aquella palmera, pues desde el otro que dia, la Diosa, vino a verme, y que al despedirse, me dió

bajo esa sombra, un beso de despedida, la planta inclinó su tallo hasta entonces erguido, y resistiéndose a cuantos remedios le hace el jardinero, no ha vuelto a alzar gallarda su arrogancia, mas bien, languidece y se seca de puro despecho porque se vió menos gallarda que ella.

Su voz, mis amigos, es blanda cual un beso de anjeles; sus carnes son apretadas y de rosas y de leche hechas; Fidias, torneó sus brazos y erectó sus senos de diosa de abundancia; y modelo sus caderas y redondeó sus formas, de las que Milo copió su Venus... Verla es amarla, amarla es vivir en un infierno, pues los celos son quienes le forman su corte, porque es tan bella, que no habrá hombre de mujer nacido, que no pueda vivir al conocerla, sin amarla, y sin querer morir con ella, en una agonía de eterna y diabolica posesion.

Bella, bellísima es mi preciosa niña... Mujer alguna pudo igualarla jamás, ni la podrá igualar... para ella mi vida... para ella mi único suspiro al marchar... Y el pobre amigo, extendía sus brazos, mirando allá, muy lejos... pasado el mar.

Sus órbitas dilatadas, se perdían en la inmensidad; sus labios, entre dientes murmuraban una oración, plegaria cual no tuviera por sus ansias otra igual; sus mejillas, enrojecieron con una fiebre estival; por su frente aunque helada, sudaba todo un volcán; estaba hermoso el poeta, en su agonía mortal.

Los que callados, como en oración, bajo las bóvedas de una grandiosa catedral, estuviéramos interin el pintor de almas modelara a su modelo ideal, so-

brecojidos de compasión y amistad, le colmamos de consejos, para que hiciera lo posible, para su salud recobrar, y nos retiramos con pena, temiendo no pocos, no volverlo a hallar.

Trasponíamos ya todos, los umbrales de el Sanatorio de víctimas de la peste blanca, de esa harpia mortal, que sólo devora carnes jóvenes en su hambre jamás sin saciar; cuando el fresco de la noche, sacudiendo los abetos y encinares, a nuestros pies, echó no pocas hojas otoñales a volar.

Todos nos miramos como antes, cuando el pobre poeta había empezado a soñar, y sin abrir nuestros labios, nos pusimos a pensar lo poco que vale vivir una vida, que desde que empieza, para muchos, toda ella, es sólo una época otoñal de caída de ilusiones, de un eterno deshojar.

A los pocos días, volvimos algunos amigos a visitar al poeta, y cuando ya nos disponíamos a la celda del enfermo a entrar, una monja se interpuso, y nos dijo, a quien íbamos a buscar, y al contestarle nosotros, ella con tranquila suavidad dejó caer en nuestros oídos, como losa sepulcral, estas brevísimas frases, que nos hicieron temblar,

¡El poeta!... sí, ha aquel del ideal.... Se fué... ¿sabeis?... para no volver más....

¿Cómo... sería posible?... Milagro de la ciencia... ¿Habría sanado quizás?... Sí... respondió la religiosa... Sanó, para siempre ya... ¿Pues no lo sabeis?... A la hora de vosotros marchar... ¿os acordais? la última tarde... Un vómito de sangre... el último, el fatal... le sobrevino... y espiró cuando la noche estuvo al cerrar... Allá en el cementerio, enterrado su

cuerpo está... y la religiosa nos dejó, porque tenía un enfermo que cuidar...

El mismo coche que al Sanatorio nos trajo, el mismo al cementerio nos fué a llevar... queríamos sin pérdida de momento, al poeta muerto, no dejar de visitar, ya que al poeta vivo, no pudimos consolar.

Aunque muchachos alegres eramos todos, durante el camino, nadie osó hablar, todos, si no llorábamos, era porque en el fondo del alma llevábamos nuestro más grande pesar, y porque muchas veces, las lágrimas, niegan el consuelo ese del desahogo, a quien más suele amar.

Por entre los cipreses y sauces de rama caudal, como sombras de la muerte, paseábamos los amigos del poeta, en esa tarde funeral; y allá, bajo la sombra augusta de los árboles, lo volvimos a hallar; sobre el verde césped, una blanca losa sepulcral nos dijo, que allá en el seno de la madre tierra, dormía el poeta, su sueño eterno y letal; oramos por largo rato, pero como los poetas deben orar, entonando una estrofa al eterno ideal, y cuando ya nos despedíamos del buen amigo hasta la eternidad, una dama enlutada, como visión celestial, sin que nadie la sintiera llegar, inclinó su rostro sobre la tumba, posó sus labios de coral, y cual lluvia del cielo, con violetas frescas, expolvoreó la tumba del poeta, irguióse y desapareció por entre el boscoso sauzal.

Era joven, era bella, rubia, hechicera, ideal, todos la vimos con devoción al marchar. Era la modelo de ese poeta celestial, que mantenía en el templo de su

amado, su memoria, fuego sagrado de la más sagrada Vestal; dichoso él, que murió soñando, y que dejó encarnada en esa mujer, su alma libre ya de las miserias de este mundo fatal; esta fué de los amigos del poeta la oración, que como epitafio, aquella tarde entonamos al íntimo y amistoso de nuestros poetas y amigos como su mejor funeral....



¿Nos dejas ya... ..



induljente lector?... Perdona si el ágape de el alma que el autor y yo te ofrecimos al invitarte desde la portada de este libro, fué modesto pero ten la seguridad, de que es sano, con la sanidad de una alma buena cual corresponde a un poeta y a su Musa, los que a tu perdon se entregan... El autor como buen dueño de casa, te hizo los honores al entrar tu en las páginas aquestas... Muy justo considerarás que yo, la Musa inspiradora de ellas, ahora, al terminar este tu viaje de Imaginación plena, a despedirte venga, como de esta casa, la modesta Melina... El autor, a tu induljencia se entrega, y yo su Musa, al despedirme, un favor te ruega... No nos olvides lector benevoló, ten en cuenta, que en estas páginas, él y yo, solo quisimos alegrar un rato tu existencia, y llevar a tu alma el perfume de las almas santas y buenas... Si lo logramos, esa será nuestra mayor recompensa y si nó, se piadoso, valga en tí nuestra intención; disculpanos pero no nos castigues aún mas con tu condena... Adios amigo, con este final cierra la puerta de este libro. La Musa del poeta, está, tu humilde

SIRENA





## INDICE

---

	<u>Paj.</u>
Un sueño en la Alhambra. ....	5
Mimosa.....	13
Por una arruga.....	23
Las Amapolas.....	31
Desde las ventanas del alma.....	40
Bajo mi buardilla.....	53
El despertar de una loca.....	63
El Retrato de mi Musa.....	73
La Rebelde... ..	77
Los Salmos del mar.....	87
La Muñeca.....	101
La Fiera.....	115
Ño Clotildo... ..	129
En la trinchera... ..	139
Caperucita Azul.....	149
Murió Soñando.....	159





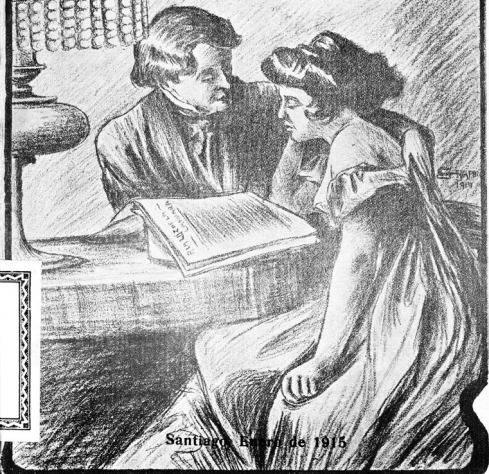
1-6075

# A LA LUZ DE LA LAMPARA

(NOVELAS CORTAS)

JAVIER FERNANDEZ PESQUERO

(BOABD L)



Santiago, Enero de 1915





## OBRAS PUBLICADAS POR EL AUTOR Y AGOTADAS

- Los Obispos de Granada (bibliografía histórica).  
Redención (novela).  
Cuentos y leyendas (literatura).  
Episodios militares (de la guerra hispano filipina).  
El martir del Corazón de Jesús (leyenda heroica).  
La ciencia en la educación (conferencias).  
El iberoamericanismo y su influencia en la grandeza de la raza latina.  
Los árabes, su civilización e influencia en el mundo.  
El Centenario del Pacífico y el canal de Panamá.  
El amor y la fé en la Patria.  
Energías de la raza española y la regeneración de España.  
Las sombras de la muerte.  
La confederación latina e ibero americana.  
La patria renace en sus héroes.  
Mancomunidad entre el alma literaria de España y la de la América latina.  
España en Chile (publicación conmemorativa).  
Política y Sociología (recopilación de artículos de prensa).  
Leyendas Granadinas (literatura)  
Monografía Estadística de la Colonia Española en Chile en 1909 (censo de los españoles que residen en Chile).  
De la colina roja al Huelén (leyenda).  
Las víctimas del fanatismo (novela).  
A la luz de la lámpara (novelas cortas).

### EN PRENSA

- Eva desnuda entre copihues rojos (novela).  
La patria del indiano (novela).  
Carne de pasión (novela).

### EN PREPARACION

- La América de ayer, de hoy y del mañana (crítica histórico descriptiva de la América latina).

---

**Precio: \$ 2.00 Ejemplar.**